Biblioteca de Patrística

GERMÁN DE CONSTANTINOPLA

homilías mariológicas

Ciudad Nueva

Germán de Constantinopla
HOMILÍAS MARIOLÓGICAS

Germán vivió aproximadamente entre los años 640 y 730. Conocemos su vida solamente a través de algunas circunstancias fundamentales, ligadas a las acciones político-religiosas de los emperadores bizantinos, en las cuales se encontró implicado después de haber sido elegido patriarca de Constantinopla el año 715.
La fama y la veneración que rodearon su nombre se deben a la firme postura que adoptó a favor del culto a las imágenes, durante el período iconoclasta.
Germán trabajó en diferentes campos de la literatura religiosa, es decir, en el teológico, histórico, litúrgico, homilético y finalmente en el epistolar. Escribió tratados, homilías y cartas dogmáticas, y también se le atribuyen muchos himnos.

Las *Homilías mariológicas* –que constituyen la parte principal de este volumen– representan testimonios decisivos sobre la existencia de culto a María y sobre las creencias referentes a Ella en la vida de la comunidad cristiana de entonces. Estas *Homilías* han sido incluidas varias veces por el Concilio Vaticano II entre las "fuentes" de sus declaraciones doctrinales, en el capítulo VIII de la *Lumen gentium*.
Podemos decir que en las afirmaciones mariológicas del Vaticano II volvemos a encontrar todas las funciones y la misión que Germán atribuye a María en la economía de la salvación.

Las *Cartas sobre las sagradas imágenes*, escritas por Germán durante las primeras manifestaciones iconoclastas bizantinas, constituyen uno de los pocos documentos directos de aquella larga lucha, que dio lugar a tantas persecuciones. En ellas, Germán confirma los temas ya tratados en las *Homilías* y subraya que los iconos encuentran su razón de ser en la realidad cristiana de la Encarnación, y en la elevada dignidad religiosa de la Madre de Dios.

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

13

Director de la colección
MARCELO MERINO RODRIGUEZ

El volumen contiene las obras:
— *Homilías mariológicas*
— *Cartas acerca de las sagradas imágenes*

Germán de Constantinopla

HOMILÍAS MARIOLÓGICAS

Introducción y notas de Vittorio Fazzo
Traducción del griego de Guillermo Pons

UNIVERSIDAD COMILLAS
RESIDENCIA DE PROFESORES
MADRID

Ciudad Nueva
Madrid - Bogotá - Buenos Aires - México - Montevideo - Santiago

Segunda edición: marzo 2001

© 1991, Editorial Ciudad Nueva
Andrés Tamayo 4 - 28028 Madrid

ISBN: 84-89651-98-1
Depósito Legal: M-10292-2001

Impreso en España - Printed in Spain

Preimpresión: MCF Textos - Madrid
Imprime: Artes Gráficas Cuesta - Madrid

INTRODUCCIÓN

La vida de Germán de Constantinopla

Germán de Constantinopla, autor de los escritos traducidos en este volumen, vivió alrededor de los años 640 al 730[1] o sea en un período del que las fuentes históricas a nuestra disposición son escasas. Como consecuencia de esto, los acontecimientos de la vida de Germán son conocidos por nosotros sólo en algunos momentos fundamentales; y éstos –dada la naturaleza de nuestras fuentes más fiables– en su mayoría están unidos a la vida política del Imperio Bizantino, especialmente en lo que se refiere a la sucesiva alternancia de los emperadores en el trono de Constantinopla y a sus intervenciones en el campo religioso-doctrinal[2]. Fueron las décadas en las que el antiguo Imperio romano de Oriente sufrió por parte de los musulmanes la trágica pérdida de sus florecientes dependencias en África y en Asia, desde Egipto a

1. La iglesia católica honra también a otros con el nombre de Germán; entre éstos, el más conocido tal vez sea el que fuera obispo de París en el siglo VI.

2. Entre las fuentes históricas más cercanas a Germán, las noticias más numerosas nos llegan a través del historiador Teófanes y del Patriarca Nicéforo de Constantinopla, que escribieron alrededor de setenta u ochenta años después de la muerte de Germán; sin embargo, según modernos estudios, la más antigua *Vida* de Germán que ha llegado hasta nosotros no se remonta más allá del siglo IX y, por consiguiente, es poco válida como fuente autónoma.

Palestina y Siria, ricas en fermentos espirituales y recursos materiales, y se redujo en Oriente a la península de Anatolia, estando obligado a confrontarse continuamente con la amenaza musulmana para su propia supervivencia. Y muchas de las crisis internas a las que Germán asiste y de las que sufre sus consecuencias más o menos directamente, tuvieron su raíz precisamente en esta nueva situación, a la que el Imperio tuvo que ajustarse gradualmente y con notable esfuerzo.

Germán nació en Constantinopla o en sus inmediatas cercanías en una fecha que es imposible precisar, pero que, sin dudas, podemos situar entre el 634 y los veinte años siguientes. No sabemos el nombre de su madre ni el de su familia; tampoco sabemos si tuvo hermanos o hermanas. Nació, casi con certeza, en el seno de una familia noble que posiblemente estuvo emparentada con la familia Imperial descendiente de Justiniano I. Algún estudioso ha planteado la hipótesis de que el abuelo de Germán, que tenía su mismo nombre, hubiese sido elevado a la dignidad de César junto al futuro emperador Mauricio (582-602) por el emperador Tiberio. El padre de Germán, cuyo nombre era Justiniano, poseía el título de patricio, que en aquella época se asignaba a las personas más importantes en el campo civil o militar y, durante el gobierno de Heraclio (610-641), quizás desempeñó algún papel significativo, pero que no podemos precisar. Seguidamente se vio envuelto en el complot que acabó con el desequilibrado e inepto gobierno del emperador Constantino III (conocido también como Constante II). No sabemos en qué medida participó, pero de todas maneras sufrió consecuencias negativas, ya que el sucesor e hijo del emperador depuesto, Constantino IV, ordenó su decapitación. Además, su posición debió de ser muy relevante, dado que el nuevo soberano consideró oportuno zaherir también

a su descendencia. Por eso, su hijo Germán, del que nos ocupamos, sufrió la dura condena de castración, para ser después incorporado al clero de la «Gran Iglesia», o sea, de la grandiosa Santa Sofía, construida por Justiniano en Constantinopla.

Este cruel episodio tuvo lugar en el 668, año de la subida al trono del nuevo emperador, o inmediatamente después. La siguiente noticia segura sobre Germán es que el emperador Justiniano II, durante la segunda etapa de su gobierno después del exilio, y por consiguiente entre los años 705 y 711, lo nombró obispo de Cycico, metrópoli de la provincia eclesiástica del Helesponto. Por tanto, Germán fue clérigo de Santa Sofía durante cerca de cuarenta años, un amplio espacio de tiempo, en el que la Iglesia se vio gravemente turbada por la acción que el poder imperial desarrolló en favor de la herejía monotelita. El VI Concilio Ecuménico (IV Constantinopolitano) del 681 y el siguiente Concilio Quinisexto del 692 pusieron oficialmente fin a la controversia, confirmando la presencia en Cristo de las dos voluntades –humana y divina–; pero la crisis, calmada por el momento, tenía que volver a emerger una vez más precisamente a la muerte del emperador que había hecho elevar a Germán a la sede episcopal. Por lo que se refiere a la vida de Germán en este arco de tiempo –que tuvo que comprender también los años decisivos de su maduración cultural-espiritual–, no sabemos casi nada. Una fuente apócrifa afirma que se encontraba entre aquellos que fueron enviados por el emperador Constantino IV a Roma para la preparación del Concilio Ecuménico del 680. La tardía *Vida* de Germán habla de su progreso en la virtud, en doctrina y en sabiduría, y del honor y amor del que se veía rodeado, mientras que otras fuentes más cercanas a su tiempo nos dicen que fue nombrado obispo «por su vida agradable a Dios», y porque «era muy

versado en las Escrituras inspiradas por Dios». No poseemos otros elementos directos para poder aceptar estas noticias, pero por otra parte podemos decir también que éstas no son inverosímiles. En efecto, en lo que atañe a la primera noticia, puede decirse que el clero de Santa Sofía, al que Germán se había incorporado, era el más influyente en la capital, y además, algunos momentos de la sucesiva vida de Germán nos lo muestran dotado de una excelente capacidad diplomática. Y en relación con sus progresos espirituales, puede decirse que no se encerró en un estéril lamento por la cruel condena que le llegó en edad juvenil, sino que logró superarla e injertarse progresivamente en la nueva situación. Los escritos que de él nos han llegado nos indican que su autor había alcanzado un alto grado de espiritualidad pastoral y, dentro del cuadro cultural de su tiempo, había recibido una buena instrucción y la había asimilado hasta el punto de poder hacer sus propias aportaciones[3]: son metas que no se alcanzan en poco tiempo y que dan, al menos, una prueba de la serenidad con la que Germán condujo su vida de clérigo de la «Gran Iglesia».

Llamado a regir una de las más importantes sedes episcopales del Imperio, Germán se encontró bien pronto envuelto directamente en la intrincada acción político-religiosa de los emperadores bizantinos. En el 712, como metropolita, participó en el Sínodo que el emperador Filípico Bardane, deseoso de alcanzar la unión religiosa con los armenios, reunió para borrar las decisiones del Concilio del 680 contra el monotelismo. No podemos afirmar con certeza si este Sínodo pronunció un so-

3. A este respecto, es particularmente significativa la actividad de Germán como compositor de himnos litúrgicos.

lemne «anatema», o sea una directa y explícita condena oficial del Concilio del 680, o bien trató de marginar y vaciar sus afirmaciones de otro modo; de todas formas, es seguro que trabajó para anular su validez. Junto con la gran mayoría de los participantes, también Germán suscribió las decisiones que impulsó el emperador y que después, en su tratado *Sobre los santos sínodos y las herejías* él mismo incluyó entre las manifestaciones de la herejía monotelita apoyadas por el poder imperial. Y ya que en este acto de sumisión Germán tuvo como compañeros también al patriarca Juan de Constantinopla y al futuro san Andrés de Creta, y que más tarde –como veremos– él se mostró intrépido defensor de la ortodoxia frente al emperador León III, los estudiosos modernos se han asombrado por esta forma de rendirse y han tratado de encontrar los motivos. Y siguiendo las huellas que dejan algunas fuentes, la opinión general sostiene que Germán y los que en un intento sincero se comportaron como él, en realidad se vieron empujados por un criterio de oportunidad[4], o sea por la preocupación de evitar males mayores, que se habrían producido con una oposición abierta por parte de ellos[5].

De todas maneras, todos están de acuerdo en reconocer que se trató de un momento de debilidad. Y nosotros nos permitimos añadir que el recuerdo de esta dolorosa experiencia no tuvo que ser ajeno a las motivaciones que más tarde indujeron a Germán en su firme resistencia a las innovaciones iconoclastas de León III.

4. *Oikonomia* es la palabra usada por nuestras fuentes para expresar este pensamiento.

5. Esta opinión está confirmada por una carta que el Patriarca Juan escribió al Papa Constantino V para justificarse, indicando que, en realidad, se había tratado de una concesión de palabras y no de contenido sustancial.

En el 715, el emperador Anastasio, que había destronado a Filípico en el segundo año de su gobierno, llamó a Germán para que ocupase la cátedra, entonces vacante, del patriarcado de Constantinopla. Y aunque el trasladar a un obispo de una sede a otra fuese una práctica común en el Imperio Bizantino, era contrario a los cánones eclesiásticos. Probablemente por este motivo, las fuentes ponen su acento en el consenso unánime que acompañó la elección de Germán como patriarca, con la adhesión, incluso, del representante del Papa en Constantinopla. Además, la *Vida* se detiene mucho en la fuerte insistencia que hubo de ejercerse en Germán para que aceptase este traslado, aunque constituyese para él la mayor promoción posible. En conjunto, y por todas las informaciones que han llegado hasta nosotros, nos parece que Germán era un personaje relevante que gozaba de amplia estima, tanto en los ambientes de la corte como en los religiosos.

En el puesto de mayor autoridad religiosa del Imperio, Germán empleó enseguida, con buenos fines, toda su influencia y su capacidad mediadora para limitar las consecuencias dolorosas de dos insurrecciones anti-imperiales que se verificaron poco después de su elección y para agilizar la transmisión del poder entre la parte perdedora y la victoriosa (Teodosio III, en el 716 y León III, en el 717). Y parece ser que en este período fue también mediador en un tratado de paz entre bizantinos y búlgaros. Esta actividad diplomática con el fin de llegar a la pacificación, puede muy bien ser considerada como un componente de su compromiso pastoral que le llevaba a contribuir a la tutela del pueblo cristiano. Además, por lo que se refiere a la acción directa en el campo más específicamente eclesial y a la cura de almas, las fuentes más fiables nos proporcionan sólo algunos indicios para conocer la preocupación de Germán por la unidad del

«pueblo de Cristo» y su intervención directa en la administración de los sacramentos[6]. Y, a pesar de todo, nos parece que estas pocas indicaciones esporádicas encuentran una válida verificación y una ampliación en el testimonio que nos proporcionan los escritos que han quedado de Germán, pues demuestran, por una parte, que dedicó mucha atención al problema de las divisiones internas de la Iglesia suscitadas por los errores doctrinales y, por otra, que cuidó atentamente la predicación y tuvo un gran sentido de la importancia de la vida litúrgica y sacramental, a la cual –como él mismo escribió con un acertado lenguaje bíblico– el pueblo cristiano se acerca «como un ciervo sediento a la fuente de las aguas».

Pero la fama de Germán y la veneración que rodeó enseguida su nombre en la tradición greco-bizantina están unidas principalmente a la postura firme que asumió durante el primer período de la Iconoclastia bizantina. Por lo que sabemos, los primeros años de gobierno del emperador León III, que subió al trono en el 717, transcurrieron sin contrastes entre el patriarca y el emperador, que no dio el menor signo de querer instaurar ninguna novedad en la vida religiosa del Imperio. En otras ocasiones hemos indicado las dificultades que los estudiosos modernos han tenido para descubrir las primeras trazas de la lucha por las imágenes cristianas que sacudió durante muchos años a toda la cristiandad bizantina[7]. Sin repetirnos inútilmente, por lo que se refiere

6. Estas noticias se refieren al compromiso de Germán para restablecer la unión eclesial con los armenios, y a algunos momentos del bautismo del niño Esteban, futuro mártir de la Iconoclastia, por parte de Germán. La expresión «pueblo de Cristo» aparece frecuentemente en sus escritos.

7. Cf. más recientemente la breve exposición de esta lucha hasta su conclusión en la Introducción del volumen 36 de la Colección ita-

a Germán podemos afirmar que, a pesar de su edad avanzada, él fue el alma de la resistencia y que, cuando desaparece de la escena, la acción imperial se desarrolló sin titubeos y sin velos, con toda su fuerza.

A las primeras insinuaciones de la nueva política religiosa del emperador hubo revueltas armadas, pero puede considerarse con buen fundamento que Germán permaneció ajeno, tanto porque las fuentes no dicen nada de cualquier apoyo suyo, como porque –de lo contrario– el emperador hubiese hecho todo lo posible por desembarazarse enseguida del incómodo patriarca.

Por el contrario, sabemos con certeza que Germán intervino enseguida en el campo propiamente eclesiástico nada más tener noticias de que algún obispo trabajaba para introducir novedades contra las imágenes cristianas. Y como testimonio inmediato tenemos sus tres *Cartas*, de las que hablaremos más adelante. Una huella de la reprobación de Germán hacia las nueva intenciones del emperador nos la proporciona también la homilía pronunciada por el patriarca con motivo de la celebración del décimo aniversario de la liberación de Constantinopla del asedio árabe; él, agradeciendo a la Virgen su protección a la capital en aquella ocasión, no hace mención alguna de la acción del emperador, que también había conducido a las tropas a la victoriosa defensa.

Por su parte, León III, después de la experiencia de la primera revuelta, actuó gradualmente y con circunspección trabajando también para aislar progresivamente a sus opositores más válidos y para disminuir el radio de

liana «Collana di testi patristici»: Giovanni Damasceno, *Difesa delle inmmagini sacre*, Città Nuova, Roma 1983 (que reúne la traducción y el comentario de los tres discursos de Juan Damasceno, *Contra los que calumnian las santas imágenes*).

influencia. De esta forma, Germán padeció también el dolor de verse abandonado por un cercano colaborador que había sido discípulo suyo, Anastasio, a quien el emperador había prometido la sucesión de la sede patriarcal en lugar del propio Germán. A pesar de ello, él permaneció firme en su abierta oposición, y tenemos incluso noticias de un encuentro-choque suyo con el emperador en el que parece ser que tuvo la firmeza de advertir al soberano que si seguía por ese camino, se convertiría en el precursor del Anticristo profetizado por las Escrituras. Por fin, constatada la imposibilidad de doblegar al indómito anciano, León III recurrió a la fuerza. A principios del 730, reunió un Silention, o sea, una reunión de los más altos dignatarios que constituían una especie de Consejo de Estado, que obligó a Germán a intervenir imponiéndosele que suscribiese un decreto contra las imágenes cristianas. En contra de ello, el viejo patriarca repitió sus razones y su profesión de fe y –según el historiador más cercano a su época– se despojó de las insignias de su dignidad patriarcal, mientras pronunciaba la digna afirmación, destinada a tener amplia fama en la tradición oriental: «Si soy Jonás, arrojadme al mar[8]; pero sin un concilio ecuménico, oh soberano mío, no me es posible establecer una nueva doctrina». Y, por consiguiente, se retiró a sus posesiones familiares de Platanion, cerca de Constantinopla, donde transcurrió la última etapa de su vida y escribió –según sus recuerdos de estudios y vida, pero sin poder consultar ni archivos ni bibliotecas– un pequeño tratado histórico sobre las herejías que habían agitado a la Iglesia, hasta la más reciente

8. O sea, si consideras que yo soy el obstáculo de tu camino, puedes desembarazarte de mí, como hicieron los marineros con Jonás, que era obstáculo para su navegación.

de los iconoclastas. Las fechas que se proponen más frecuentemente como las de su muerte oscilan entre el 730 y el 733; el día del año pudo haber sido el 12 de mayo, en el que se celebra su recuerdo eclesial desde las primeras noticias que han llegado a nosotros de su inclusión en la liturgia de la Iglesia.

La renuncia de Germán al Patriarcado, tal como se produjo, puede considerarse perfectamente como una destitución forzosa más que como una dimisión. El historiador que hemos citado no habla de las violencias corporales sufridas por Germán durante los últimos acontecimientos. Sin embargo, muy pronto se difundió la noticia de los golpes que recibió de los soldados de la escolta, e incluso del mismo emperador; testigo de ello es Juan Damasceno quien, escribiendo poco tiempo después de estos acontecimientos, haba de Germán «golpeado y exiliado»[9]. De todas formas, sea o no cierto esto último, lo que es indudable es que la violencia moral a la que fue sometido Germán resultó muy fuerte, prolongándose por lo menos durante cinco años. Y considerando también su avanzada edad –por lo menos ochenta años, e incluso cerca de noventa–, hay que reconocer que, con razón, su acción de aquellos años ha quedado en la tradición como un heroico ejemplo de firmeza frente a la arbitraria intervención del poder imperial en la vida religiosa[10].

9. Discurso II, 12 (*op. cit.* pág. 104). Por el contrario, ha de rechazarse sin la menor duda la noticia también posterior de su muerte violenta por ahogamiento.

10. Puede recordarse que el insigne estudioso del Cristianismo antiguo y de la historia del dogma. A. Harnack, de tendencia protestante liberal y, por consiguiente, ajena al culto de las imágenes cristianas, llegó a afirmar que la resistencia contra los iconoclastas fue también «una lucha por la libertad de la Iglesia».

El alejamiento del patriarca abrió las puertas al pleno despliegue de la política iconoclasta. Por el momento, Germán fue un vencido. Parece aceptable la noticia de que sus escritos fueron quemados por orden del emperador (más tarde, a su vez, los defensores de las imágenes hicieron lo propio con los escritos de los iconoclastas). Es cierto que sobre su nombre recayó bien pronto la acusación de herejía, como confirmó el Sínodo iconoclasta de Hiera, que fue convocado en el 754 por Constantino, hijo y sucesor de León III, y pronunció el anatema no sólo contra Germán, sino también contra Juan Damasceno y Jorge de Chipre. Sin embargo, el VII Concilio Ecuménico del 887 (II Concilio de Nicea), que volvió a establecer el culto a las imágenes cristianas, rehabilitó la memoria de Germán como campeón de la ortodoxia. Las actas del Concilio nos proporcionan también el primer testimonio histórico sobre la veneración hacia él; y ésta adquirió mayor impulso después del final de la segunda fase de la Iconoclastia, con el restablecimiento definitivo de los iconos en el Concilio del 843 y la proclamación de la fiesta de la Ortodoxia. La imagen más antigua que tenemos de Germán nos la ofrece un mosaico de Santa Sofía, en Constantinopla, que se remonta al siglo IX.

Los escritos de Germán

Los conocimientos actuales sobre la producción literaria de Germán nos permiten afirmar que trabajó en varios campos de la literatura religiosa; en el teológico, en el histórico, en el litúrgico, en el homilético y, finalmente, en el epistolar, unido a su función de patriarca. Pero puede también decirse con certeza que una parte de sus escritos es todavía desconocida por nosotros, o

porque se ha perdido definitivamente[11], o porque aún no ha sido reconocida dentro de todo el patrimonio literario bizantino editado o inédito que hoy se encuentra a disposición de los estudiosos. Indicaremos brevemente las obras que hoy se consideran verdaderamente suyas.

En el campo teológico nos encontramos un breve tratado suyo, en forma de diálogo, *Sobre el final de la vida*, que a pesar de la dificultad del tema es fácil de leer. Afronta la relación entre la muerte del hombre y la providencia divina. Sabemos también con certeza que escribió otro pequeño tratado –actualmente perdido– para rechazar la atribución a Gregorio de Nisa de la doctrina origeniana de *apocatástasis*, o sea, de la recapitulación de todo el universo y de la consiguiente temporalidad de las penas del infierno. Finalmente, se refieren a discusiones teológicas las cuatro *Cartas*, ciertamente suyas, que nos han llegado: las tres *Cartas* sobre el culto de las imágenes cristianas, que se hallan traducidas en este volumen, y a las que nos referiremos más adelante, y una *A los armenios*, que ha llegado hasta nosotros en su traducción armenia. Esta última se propone llevar a los armenios a su unión con la Iglesia Católica; éstos no aceptaban las decisiones del Concilio de Calcedonia sobre las relaciones entre la naturaleza divina y la naturaleza humana en el Verbo de Dios encarnado; como consecuencia, Germán se preocupa de explicar estas decisiones y, simultáneamente, de rechazar la herejía monofisita (prevalencia, en Cristo, de la naturaleza divina sobre la humana). Al parecer, esta *Carta* tuvo una buena acogida y gracias a

11. Entre otras cosas, se recuerda la noticia, que ya hemos indicado anteriormente, sobre la condena a la destrucción, que emanó de León III, contra todos los escritos de Germán.

ella comenzó un movimiento de unión que, sin embargo, no duró mucho.

En el campo histórico-religioso, durante el último período de su vida, Germán escribió una breve reseña sobre *Los santos sínodos y las herejías*, que presenta sintéticamente una sucesión de herejías que sacudieron a la Iglesia, con sus promotores, sus adversarios y los Concilios que las condenaron. Comenzaba por Simón Mago y los maniqueos y llegaba hasta los comienzos de los iconoclastas, de los que Germán poseía un conocimiento directo en los momentos en que escribía. Es un obra que presenta también errores y lagunas, que en parte fueron causados por el aislamiento de Germán y, por consiguiente, por la dificultad de tener que escribir sólo a base de recuerdos de estudios y de su experiencia personal. A pesar de ello, muchos estudiosos modernos la califican de «pequeña joya», como la consideró hacia la mitad del siglo pasado un insigne estudioso de la antigüedad, como fue el cardenal Angelo Mai.

En lo referente a la homilética, consideramos que pueden ser atribuidas con seguridad a Germán las siete *Homilías* de contenido mariano, de las que hablaremos más adelante de manera particular; pero no hay duda de que él compuso muchas más, y los estudiosos han localizado ya algunas otras que se atribuyen a Germán y que con toda probabilidad son suyas.

En el campo litúrgico, la intervención literaria de Germán se aplicó en las dos direcciones de la poesía y de los tratados, pero también aquí estamos aún en los límites de un conocimiento incompleto. De hecho, en lo que se refiere a la poesía litúrgica, sabemos con seguridad que Germán se dedicó mucho a ésta y con buenos resultados; de todas formas, comúnmente se reconoce que las composiciones atribuidas, por ahora, a él (un centenar de *Sticari* y veinticuatro *Cánones litúrgicos*) constituyen

sólo una parte, y posiblemente no sea la mayor, de su producción en este campo. En el caso de los tratados litúrgicos, en la tradición manuscrita, el nombre de Germán va unido muchas veces a la *Historia eclesiástica y teoría mística*, la cual, con un título bastante impropio, contiene un comentario con explicaciones mítico-alegóricas de las misas de san Basilio, de san Juan Crisóstomo y de los Presantificados, y constituye un documento muy relevante para la historia de la liturgia. Y aunque aún no esté aclarado el problema de la formación del texto actual, parece seguro que Germán intervino en ello, aunque hoy por hoy no pueda precisarse la medida de su aportación. En conjunto, se revela que esta obra se preocupa por poner al nivel de los fieles una explicación espiritual y doctrinal de los símbolos litúrgicos y del misterio eucarístico y, por consiguiente, también por esta inspiración suya corresponde a la misma espiritualidad pastoral que veremos emerger en las Homilías y Cartas de Germán.

Las Homilías mariológicas de Germán y su referencia a los apócrifos

En la tradición manuscrita que ha llegado hasta nosotros las Homilías mariológicas de Germán son siete: dos celebran la fiesta de la Presentación de María en el templo[12]; una, la Fiesta de la Anunciación del ángel a María[13]; tres, la fiesta de la Asunción de María al cielo[14];

12. *Para el ingreso de la Santísima Madre de Dios*, I y II.

13. *Para la anunciación de la Santísima Madre de Dios*

14. Con pequeñas variaciones entre los tres títulos, *Sobre la veneradísima Dormición de la Santa Madre de Dios* I, II y III: sin em-

una, la celebración anual de la Dedicación del Templo consagrado a María en Constantinopla, en donde se creía que estaba custodiado el cinturón de la Virgen y los pañales con los que envolvió a su divino Hijo[15].

Enseguida puede verse que, entre estas Homilías, sólo una, la de la Anunciación, se refiere directamente a un hecho narrado en los Evangelios (Marcos y Lucas), mientras que otra –la de la Dedicación– se refiere a un episodio verificado históricamente en la comunidad cristiana en tiempos relativamente recientes. Por el contrario, las otras cinco se refieren a momentos de la vida de María de los que no se encuentra la menor referencia en los textos sagrados; en realidad, las fiestas celebradas por ellos se habían ido afirmando a lo largo de los siglos sobre la base de la tradición, considerada oficialmente por la Iglesia como auténtica y divinamente inspirada.

A pesar de todo esto, estas fiestas se habían convertido en fiestas plenamente reconocidas, y cuando Germán escribió sus Homilías, éstas constituían ya desde hacía tiempo parte integrante de la liturgia de la Iglesia grecobizantina. Estas celebraciones –excluida la fiesta de la Dedicación, que tenía un motivo exclusivamente constantinopolitano– se afirmaron también en el Occidente latino, aunque la de la Presentación fue la más tardía, y su reconocimiento tuvo también algunas dificultades en el curso del movimiento reordenador promovido en Occidente por el Concilio de Trento en el siglo XVI. El día

bargo, hay que precisar que, en la redacción de Germán, la I y la II constituían una sola Homilía.

15. *Para la Dedicación del venerado templo de la sumamente Santa nuestra Señora Madre de Dios, y por los Santos Pañales de Nuestro Señor Jesucristo* (pero se celebra también el cíngulo de la Virgen, del que no habla el título).

de estas celebraciones es idéntico tanto en Oriente como en Occidente: la Presentación de María en el templo, el 21 de noviembre; la Anunciación, el 25 de marzo; la Asunción al cielo, el 15 de agosto; la Dedicación de la Iglesia en la que se hallaban custodiados el cinturón de María y los pañales de Jesús se conmemoraba en Constantinopla el 18 de diciembre.

Las dos Homilías para la Presentación, la de la Anunciación y la tercera de las de la Asunción, se alargaron en buena parte con momentos y episodios de la vida de María que no se narran ni en los Evangelios ni en ningún otro escrito del Nuevo Testamento. Por otra parte, tampoco puede decirse que se los imaginó Germán. En realidad, él los tomó de algunos de los escritos que hoy los estudiosos engloban entre los denominados *Apócrifos* y que fueron escritos en épocas diferentes a partir de la mitad del siglo II, casi siempre por uno de estos dos motivos: o para salir al encuentro del deseo espontáneo de los fieles de estar más informados de algunos períodos de la vida de Jesús, de María y de algunos de los apóstoles, o bien para dar fundamento a interpretaciones particulares del mensaje cristiano (apócrifos con tendencias heréticas). Sólo algunos entre los más antiguos presentan ciertas noticias que pueden ser consideradas históricamente aceptables o verosímiles, pero en general, éstos no ofrecen la menor garantía de credibilidad de los acontecimientos que narran.

A pesar de todo, estos escritos son históricamente importantes, aunque no lo sean por la veracidad de sus narraciones. De hecho –aparte los detalles y el desarrollo de los acontecimientos narrados– éstos son un testimonio de fe y de espiritualidad. Por una parte, testimonian la creencia en los puntos fundamentales de la fe cristiana en los que se inspiran. Por otra, con su difusión e influencia en los escritores posteriores, no sólo reflejan la

persistencia de dicha fe, sino que testimonian también algunas formas con las que esta fe se ha sentido y articulado en ciertos períodos históricos y en círculos más o menos amplios de las distintas comunidades cristianas. Además, algunos de ellos han sido, a su vez, también hacedores de historia, pues han contribuido a la persistencia y difusión de las tradiciones –digámoslo así– extrahistóricas de las que son testigos. Por dar aunque sólo sea dos ejemplos, piénsese en la gruta de la Navidad o en la figura de san José con barba de persona anciana y con un largo bastón en su mano; ambas se derivan precisamente de un antiquísimo apócrifo conocido hoy como el *Protoevangelio de Santiago*, a pesar de que todos sabemos bien con qué intensidad han estado presentes en el sentimiento y en la actividad artística del pueblo cristiano hasta hoy.

Actualmente, los apócrifos a los cuales se refieren una buena parte de las *Homilías mariológicas* de Germán son tres: el *Protoevangelio de Santiago*, el *Tránsito de María*, falsamente atribuido a Melitón de Sardes, y la *Dormición de Nuestra Señora, la Madre de Dios y siempre Virgen María*, del Arzobispo Juan de Tesalónica. Y es necesario que sinteticemos aquí brevemente su narración, pues de lo contrario, sin este presupuesto, la lectura de las *Homilías* de Germán quedarían mutiladas e incluso indescifrables; además, sin el conocimiento de estos antecedentes literarios y culturales no se entendería la manera con la que Germán se integra en la tradición y la utiliza para influir en el espíritu religioso de sus oyentes.

El *Protoevangelio de Santiago* introduce al lector directamente en el desarrollo de los acontecimientos y enseguida presenta al matrimonio de *Joaquín y Ana*, que sufren a causa de la esterilidad de su unión y también por las manifestaciones de deshonor de que son objeto

por parte de los demás israelitas (que consideraban la falta de hijos como un castigo o una maldición provenientes directamente de Dios). Joaquín se retira al desierto, transcurriendo allí cuarenta días de ayuno y oración para implorarle a Dios el don de un hijo. También Ana, que se queda en casa, eleva continuos lamentos y oraciones por el mismo motivo, hasta que un ángel le anuncia que ha terminado su esterilidad; como agradecimiento, ella promete que consagrará su futura prole al Señor para que le sirva durante toda su vida. Llega entonces el nacimiento de María, y cuando cumple tres años, sus padres la llevan al templo para cumplir dicha promesa. María transcurre su niñez en el templo, sin alejarse nunca de él, siendo alimentada misteriosamente por un ángel. Cuando cumple los doce años, los sacerdotes consideran necesario alejarla del templo, y su jefe Zacarías, después de haberle pedido inspiración a Dios, ordena que los «viudos del pueblo» se reúnan trayendo cada uno una vara. Después de la bendición, José recibe en último lugar su vara y sobre ésta se posa una paloma. Por consiguiente, y a pesar de su perplejidad –que él manifiesta en virtud de su avanzada edad– se le confía la custodia de María para que conserve su ser Inmaculado en su casa. Pero, mientras José está ausente a causa de su trabajo como carpintero, un ángel se le aparece a María, que está también trabajando en la confección de un velo que le han encargado los sacerdotes del templo, y le anuncia que concebirá un hijo. María manifiesta al principio, su sorpresa y su miedo, pero después acepta humildemente la voluntad del Señor. Entonces va a casa de su prima Isabel y se queda con ella tres meses, pero se va de allí y se retira en su casa para esconder la evidencia de su embarazo. Pero José, a su vuelta, no puede ignorar el estado de María. Después del disgusto inicial y de los primeros reproches, acepta las palabras de discul-

pa de María aunque, por otra parte, se preocupa por las reacciones de los demás israelitas cuando conozcan la verdad y lo consideren a él y a María culpables de haber quebrantado la consigna que les habían hecho los sacerdotes. En realidad sucede así y, para verificar la sinceridad de las disculpas de María y José, los sacerdotes les someten a la prueba del agua[16]; pero una vez superada ésta, los mandan libres a su casa.

Después se describen las circunstancias que rodearon el nacimiento de Jesús. Con ocasión del empadronamiento ordenado por César Augusto, José emprende viaje a Belén con María y con los hijos de su primer matrimonio. Durante el viaje, le llega a María el tiempo de dar a luz y, para esto, ella se retira a una gruta, en donde da a luz a un niño, siendo asistida por una comadrona que se presenta ocasionalmente y que es testigo de su perpetua virginidad. Y mientras la Santa Familia se dispone a proseguir el viaje hacia Belén, llegan a la gruta los magos, que vienen a adorar al niño. Pero, el rey Herodes, advertido del nacimiento en Belén del futuro rey de los judíos, ordena la matanza de todos los recién nacidos hasta la edad de dos años. María, para salvar a su hijo, se aleja del lugar en el que ha dado a luz, y también Isabel logra salvar milagrosamente a su hijo Juan. Pero el padre de éste, Zacarías, es asesinado como castigo, por haber hecho que su hijo escapase de la matanza. Y con su martirio se cierra la narración, mientras el autor se da a conocer como Santiago, que se ha retirado al desierto hasta el final del desconcierto provocado por el feroz edicto de Herodes, y allí escribe su narración.

No nos vamos a detener aquí en subrayar los añadidos o las divergencias respecto a la narración evangélica,

16. Cf. Nm 5, 11ss.

pero queremos señalar que este escrito se remonta –por lo menos en buena parte– a la mitad del siglo II y fue conocido también por Orígenes, el mayor escritor y hombre de cultura de la cristiandad en la época de las persecuciones.

A su vez, en lo que se refiere a los dos apócrifos sobre la muerte de María, será suficiente detenerse en la *Dormición*, escrita por Juan de Tesalónica, por ser el más amplio, y en la que parece que Germán se basó más a menudo. Respecto a la Anunciación, narrada en el *Protoevangelio de Santiago*, aquí el relato de las circunstancias que acompañaron a la muerte de María es menos complejo. El hecho se desarrolla de manera más lineal. El «gran ángel» se acerca a María para preanunciarle su próxima muerte y para entregarle una palma que ella deberá dar a los apóstoles para que con ella acompañen su funeral. Después de haber ido al Monte de los Olivos, donde tendrá un coloquio con el ángel, María vuelve a casa y allí reza al Señor para que en la hora de la muerte la proteja de los espíritus malignos y venga Él mismo a tomar su alma. Luego llama a sus parientes y conocidos y les informa del mensaje del ángel, pidiéndoles que le hagan compañía durante los siguientes tres días en oración, cantos y palabras de alabanza a Dios. Mientras están en ello, llegan primero los once apóstoles que quedaron tras la traición de Judas y el apóstol Pablo, precedidos por un «trueno tremendo» y siendo transportados hasta allí cada uno en una nube. Juan, que –al llegar primero– ha sido informado por María, lo comunica a sus compañeros, y a la mañana siguiente se reúnen con María y pasan así el día. Transcurrida la noche –que en la narración está ocupada por una larga predicación de Pedro–, a la aurora siguiente, María se acuesta en su cama rodeada por los apóstoles. Hacia las nueve, precedido por un fuerte trueno y

acompañado por un intenso perfume que hace que se duerman todos excepto María, los apóstoles y las tres vírgenes presentes, el Señor viene al encuentro de su Madre y lleva su alma al cielo.

Pedro, los apóstoles y las tres vírgenes preparan el cuerpo de María para los funerales e inician el cortejo fúnebre. Pero éste es interrumpido por el asalto de un grupo de judíos guiados por uno de sus sacerdotes. Los asaltantes son afectados por una ceguera total, mientras que el sacerdote, que llega con sus manos hasta el féretro para tirarlo, ve que sus manos quedan pegadas a éste y separadas del resto del cuerpo, junto al antebrazo. Ante su dolor y su miedo, Pedro logra obtener de él una sincera profesión de fe en Cristo, y lo sana. Y después lo envía a sanar también, mediante una parte de la palma, a los otros judíos cegados que manifiestan su arrepentimiento y, persuadidos por sus palabras, profesan su fe en Cristo. Por su parte, los apóstoles, siguiendo las indicaciones del Señor, depositan el cuerpo de María en un sepulcro nuevo, a las afueras de la ciudad, y allí se quedan custodiándolo durante tres días. Al final del tercer día vuelven a abrir el sepulcro para realizar un acto de veneración de los restos, pero se dan cuenta de que en el sepulcro sólo han quedado las sábanas, mientras el cuerpo de María, «había sido transportado por Cristo Dios, encarnado en ella, a la herencia eterna».

Ésta es la secuencia de los acontecimientos narrados sobre los últimos días de María. Pero para comprender la utilización de esta fuente por Germán, hay que añadir que en la narración se incluyen una serie frecuente de invocaciones y oraciones, o de diálogos, provocados por los distintos momentos del relato (María y el ángel, María y los apóstoles entre ellos, María y el Señor, Pedro y el sacerdote judío). Y son estos elementos los que dan a la narración un ambiente espiritual y elevan la materia-

lidad de los acontecimientos a un nivel maravilloso-sobrenatural, en el que –a través y por méritos de María– entre el cielo y la tierra no existe división ni oposición, sino que se lleva a cabo un cambio de la Madre de Dios[17] consolador y tranquilizador para los fieles.

La teología y la espiritualidad de las Homilías mariológicas

Las Homilías de Germán tienen una gran importancia en la historia de la teología y de la espiritualidad mariana.

Tanto en la Iglesia Católica como en las Iglesias greco-orientales que no están en plena comunión con ella, se sabe que la mariología puede utilizar sólo unas pocas indicaciones explícitas de las Escrituras y, por consiguiente, antes de que algunos puntos referentes a María fuesen oficialmente definidos por la fe del pueblo de Dios, ha sido necesaria, a través de los siglos, su sedimentación y su persistencia en la vida litúrgica y en la doctrina comúnmente afirmada por los Padres. Así es en el caso de la plena maternidad de María del Verbo

17. La narración presentada del *Tránsito de María* es más breve. La única diferencia relevante es que el descendimiento de Jesús se coloca no delante de la presencia de María, aún viva, sino ante su sepulcro, después del descendimiento. Aquí, Jesús celebra consejo con sus discípulos para pedirles su parecer sobre la suerte que ha de correr el cuerpo de su Madre (conviene recordar que éstos habían recibido de el Él la promesa de sentarse a juzgar a las doce tribus de Israel). Los apóstoles responden que es justo que, al igual que Él ha triunfado de la muerte, su Madre no debe sufrir la corrupción del cuerpo en el sepulcro; y, por consiguiente, Él asume consigo en el cielo tanto el alma como el cuerpo de María.

de Dios encarnado (y por tanto, la denominación de María como Madre de Dios) que fue reconocida por el Concilio Ecuménico de Éfeso, en el 431, después de trabajosas vicisitudes que ni siquiera terminaron a la conclusión del Concilio (a este problema puede unirse el aún más decisivo de la presencia de la plena divinidad y la plena humanidad en la persona del Verbo encarnado). Y tuvieron que pasar más de mil años antes de que en 1854 la Iglesia Católica proclamase con una definición dogmática la Inmaculada Concepción de María (o sea, su inmunidad del pecado original) y, en 1950, su Asunción al cielo en cuerpo y alma después de su muerte.

A lo largo de este desarrollo doctrinal-religioso, las *Homilías* de Germán ocuparon el lugar de testimonios decisivos para la existencia del culto y para las creencias sobre María en la vida de la comunidad cristiana. A más de doce siglos de su muerte fueron citadas más de una vez en el Concilio Vaticano II entre las «fuentes» de sus afirmaciones doctrinales en el capítulo VIII[18], que concluye la constitución dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia. Los puntos específicos por los que se cita a Germán explícitamente son la inmunidad de María de toda mancha de pecado[19], su Asunción a los cielos[20] y su constante intercesión[21]. Pero podemos también decir

18. Éste se titula «La santísima Virgen María, Madre de Dios, en el misterio de Cristo y de la Iglesia».

19. Cf. *Lumen gentium* VIII, 56: la inmunidad de María del pecado original, siendo Ella «como plasmada y hecha una nueva criatura por el Espíritu Santo».

20. Cf. Ibid. VIII, 59: la Asunción después de la muerte «en cuerpo y alma a la gloria celestial ».

21. Cf. Ibid. VIII, 62: la intercesión por la que Ella «continúa obteniéndonos los dones de la salvación eterna».

que en las afirmaciones mariológicas del Vaticano II encontramos toda la función y la posición que Germán indica para María en la economía de la salvación. Y tanto para el simple fiel como para el estudioso de la historia religiosa, es interesante comprobar cómo un punto doctrinal puede seguir nutriendo el culto, la fe y la sensibilidad del pueblo de Dios, mientras que se dejan a un lado incrustaciones legendarias, manifestaciones externas y categorías expositivas, que están cronológicamente condicionadas y, por el contrario, el núcleo fundamental sigue viviendo, a través del tiempo, en la conciencia cristiana.

Por lo que se refiere a la inspiración básica de la que cobran vida las afirmaciones de Germán sobre María, se nota que todas se centran en la maternidad divina de María, partiendo de ella y refiriéndose constantemente a ella. En Germán encuentran poco eco las ásperas luchas que en la primera mitad del siglo V se centraron en la posibilidad de asignar a María el calificativo de *Theotókos*, Madre de Dios. Este término forma parte del aire mismo que los cristianos respiraban, y éste constituye no un punto de llegada de una demostración teológica sino que, por el contrario, representa el punto de referencia para justificar otras afirmaciones, para que ciertas comparaciones puedan ser aceptadas y determinadas leyendas puedan encontrar carta de ciudadanía o, por lo menos, puedan ser escuchadas. Y, además, con la maternidad divina de María se relaciona directamente su virginidad, como dicen los teólogos occidentales, *ante partum, in partu, post partum*. En las Homilías de Germán, el calificativo de *Aeipárthenos*, «siempre virgen», es frecuente, solo o junto al de Madre de Dios, pero, más allá de la expresión materialmente empleada, para él, maternidad divina y constante virginidad de María constituyen un único concepto compuesto por

dos miembros que se relacionan recíprocamente con conexiones directas[22].

Pero en las *Homilías* de Germán, el calificativo de «siempre virgen Madre de Dios» no queda aislado. Alrededor de éste giran, y a éste están conectadas en estrecha derivación otras prerrogativas, entre las cuales las más importantes son las que hemos indicado en relación con el Vaticano II: la inmunidad de María del pecado original, su Asunción al cielo y su papel de mediadora. Bastará algún ejemplo para comprender el punto de vista desde el que Germán la presenta a su auditorio.

Por lo que se refiere a la primera, Germán sólo raramente y de paso toca este tema con una perspectiva negativa, subrayando que el pecado no afecta a María, ni siquiera en su forma de pecado transmitido hereditariamente a los hijos de Adán de generación en generación. La afirmación dominante es la positiva, o sea, la exaltación de lo extraordinario de María, de su pureza de cualquier defecto moral, de su ser inmaculada, de su superioridad y de su excepcionalidad entre todas las criaturas. Esta firme convicción es expresada continuamente con una serie de adjetivos y de imágenes que ahora sería superfluo repetir, pero de los que es importante subrayar la tendencia hacia la totalidad y hacia lo absoluto. Así como en el momento de la Anunciación Ger-

22. Aunque los Evangelios afirmen explícitamente sólo la concepción virginal de Jesús por parte de María, la persuasión de que Ella permaneció virgen el resto de su vida se afirmó muy pronto en la sensibilidad cristiana. El *Protoevangelio de Santiago* –como hemos visto– es un antiguo testimonio de ello, con el relieve que, en un determinado momento de la narración, da a la figura de la comadrona (Germán, aunque se refiere a este escrito en su Homilía sobre la Anunciación, omite delicadamente este episodio, pero no por ello renuncia a la convicción que constituye el fundamento de éste).

mán afirma que el ángel encuentra a María «totalmente entera, toda pura e intachable», así en la Homilía que encontramos al final existe casi el sello pero también el criterio inspirador de todo aquello que él afirma sobre lo excepcional de María respecto a las otras criaturas: «Oh Madre de Dios, todo lo que se refiere a ti es extraordinario, todo está por encima de la naturaleza, todo sobrepasa nuestro lenguaje y nuestras fuerzas».

Como es sabido, la Escritura nada dice sobre la vida de María después de la venida del Espíritu Santo, el día de Pentecostés. A pesar de ello, junto a la afirmación de la plena calificación de Madre de Dios, en la conciencia cristiana comenzó a surgir también la reflexión sobre la conclusión de su vida terrena. ¿Sufrió ella la muerte de la misma manera que todos los demás hombres? ¿O acaso su prerrogativa de Madre del Redentor y, por consiguiente, su papel de mediadora en el acercamiento entre el mundo divino y el mundo terrenal, la había hecho inmune de lo que es siempre una ruptura violenta entre los dos órdenes de realidades?[23]. La respuesta que prevaleció progresivamente fue la de que no anuló completamente la muerte de María, sino que le quitó su carácter de ruptura violenta. El término que prevaleció fue el de «dormición», en el sentido de que María la había sufrido como el paso de un día a otro, a través del descanso del sueño, siendo trasladada del mundo terreno al de las realidades divinas tanto con el alma como con el cuerpo.

23. Uno de los testimonios más claros de esta reflexión nos llega del siglo IV, a través del obispo Epifanio de Salamina, antes aún de que el Concilio de Éfeso (431) reconociese solemnemente a María su maternidad divina; además, en este testimonio se descubre el eco de discusiones anteriores, con lo que es fácil comprender que se hablaba ya de este problema desde hacía tiempo (*Panarión* 78, 10-11).

Ella fue depositada también en el sepulcro, pero su cuerpo no fue sometido a la corrupción de la carne, porque su divino Hijo la había elevado inmediatamente a sí en toda su integridad física y espiritual.

Nosotros vemos esta tradición plenamente afirmada por Germán. Desde el punto de vista lógico, la inmunidad de María de la corrupción de la muerte puede ser considerada como una consecuencia directa de su inmunidad del pecado original, dado que en la visión bíblica del destino humano la muerte ha sido introducida en el mundo terrenal como sufrimiento y ruptura propia de las consecuencias del pecado de nuestros progenitores. Y esta motivación se halla presente en Germán; de todas formas, él prefiere poner el acento de su alabanza a María en otro punto, que corresponde a su tendencia hacia las indicaciones de carácter positivo en lo referente a Ella. En él, el motivo principal se deriva de que María es Madre de Dios. En consideración a esta calificación de María, su cuerpo ni siquiera había tenido que descender al sepulcro. Y si esto sucedió, fue para demostrar la completa presencia de todas las características y propiedades humanas en el misterio de la Encarnación[24]. Pero, por otra parte, no era posible que la muerte tuviese poder alguno sobre la que había sido la madre de la Vida. Al haber acogido en Ella la divinidad, el Hijo de Dios, su cuerpo había sido «morada», «habitación» y

24. Con experta sutileza, contraída a causa de las seculares disputas teológicas sobre la Encarnación del Verbo de Dios, Germán revela que la muerte de María impide una eventual hipótesis herética, por la que Ella no fuese plenamente partícipe de la naturaleza humana y, por consiguiente, que también la naturaleza humana del Verbo encarnado en Ella no fuese igual a la de todos los demás hombres (cf. más adelante la Homilía I sobre la Dormición, en la p. 119.

«vaso de Dios», y por consiguiente «no era posible que fuese poseído por el sepulcro, compañero de la muerte, la que era vaso que contuvo a Dios y animado Templo de la Santísima divinidad del Unigénito»[25].

Finalmente, el otro punto de teología mariana que sobresale en las *Homilías* de Germán es el de María, mediadora de todas las gracias. Aunque aún no hubiera sido sancionado como dogma, en la Iglesia Católica y en las Iglesias Orientales esto constituía un principio presente en la sensibilidad religiosa común y en la teología más especializada. Ambos aspectos aparecen en Germán, pero el primero –el de la religiosidad popular– prevalece ampliamente. De hecho, el fundamento se lo da el vivísimo sentido de María como madre espiritual de todos los hombres. Como consecuencia de las palabras que Jesús le dirigió desde la cruz, Ella adquirió la maternidad de todo el género humano. Parece como si a Germán no le bastasen las palabras, las imágenes y las analogías para elevar su himno a esta relación entre María y los demás seres humanos. Es una relación que no se ha acabado con la muerte de María, porque si así fuese, las palabras de Jesús hubiesen tenido poco sentido. Y por ello, Germán hace brotar la afirmación radical de que María es el canal de todas las gracias que Dios concede a los hombres[26].

25. Cf. más adelante la p. 120.

26. El pasaje más sugestivo en su elocuencia nada engorrosa nos parece presente en la Homilía II sobre la Dormición: «El hombre, efectivamente, se volvió espiritual cuanto Tú, ¡oh Madre de Dios!, quedaste constituida como morada del Espíritu Santo (14). De no ser por ti, ¡oh Santísima!, nadie estaría lleno del conocimiento de Dios; nadie está a salvo, si no es por ti, ¡oh Madre de Dios!; nadie se encuentra libre de peligros sin tu ayuda, oh Madre de Dios!; nadie ha sido socorrido misericordiosamente, si no es por medio de ti, que eres Madre de Dios» (p. 124).

Así pues, si nos preguntamos por la espiritualidad de estas *Homilías*, está claro que muchos elementos surgen de lo que ya hemos visto sobre las perspectivas con las que Germán presenta sus convicciones más específicamente doctrinales. Además, es justo indicar que esta espiritualidad se mueve en tres direcciones: por una parte, la excelencia y el carácter extraordinario de María; por otra, la insuficiencia y las necesidades del hombre; y finalmente, como conexión entre los dos polos, la constante atención de María hacia los hombres. Y, dentro de este ámbito, lo legendario, lo maravilloso –que ocupa buena parte del conjunto de los textos– desarrolla una función especial. No hay duda de que esto corresponde al placer de narrar y al deseo de impresionar la emotividad del auditorio. Pero hay que destacar también que esta narración prodigioso-legendaria se injerta en lo que es ya extraordinario por su propia naturaleza, o sea, en el papel único y sobrehumano de María, en el misterio de la Encarnación, en el misterio de la economía divina de la redención. Y, por consiguiente, ésta da como resultado el ampliar en la mente de sus oyentes el espacio dentro del cual pueden abrirse paso sus consideraciones sobre lo excepcional de María con respecto a toda la historia humana.

Estas Homilías están llenas de la sublimidad y de la grandeza del mundo divino y de todo lo que tiene relación con él. Pero, por otra parte, éste no está sumergido en su perfección, lejana en su extrema superioridad. María constituye el canal a través del cual el cielo se acerca a la tierra y Dios se inclina sobre el hombre para elevarlo hasta Él. Y además, una fuerte aportación a estas líneas de fondo viene de la continua referencia a la Biblia, a través de la cual Germán se mueve. Sus *Homilías*, por así decirlo, respiran de la Biblia. En gran parte de ellas no hay pasaje en el que no haya reminiscencias bíblicas,

por las imágenes, por las citas textuales o por el simple vocabulario, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento. E incluso los personajes introducidos, siguiendo las huellas de los apócrifos, son todos del ambiente bíblico y se mueven en una atmósfera bíblica. El auditorio se encuentra injertado en una línea que, aunque tenga como centro a María, sin solución de continuidad, lo conecta constantemente con el plan divino de la salvación, del cual resultan componentes no sólo lo que se narra en los libros sagrados –desde los primeros de la creación y del género humano hasta la Anunciación, la Encarnación y la Resurrección– sino también toda la vida de María hasta su Asunción a los Cielos y hasta la constante oración que aún ahora Ella dirige a su Hijo por las necesidades continuas de la humanidad. No es que se hayan eliminado los males de la historia pasada y presente, las insidias del demonio, las debilidades morales, las enfermedades, los males sociales, como la guerra, y las herejías y otros, sino que las intensas referencias bíblicas de estas Homilías hacen posible que los oyentes de Germán, incluso en sus días, sean partícipes de una historia sagrada que prosigue la de la descendencia de Abraham, con la única diferencia fundamental de que el hombre tiene ya la esperanza de la resurrección y a través de María –canal elegido por Dios en su inescrutable designio– se alimenta continuamente de la cercanía de lo divino y de su apertura hacia sus necesidades.

Con un punto de vista algo diferente y más sintéticamente, podría decirse también que la inspiración básica de la mariología de Germán es ésta: un sentido de la vida que, aunque advierte las fatigas de ésta, está también dispuesto a acoger en ella las huellas de lo divino y de la intervención de Dios en la historia y, a la inversa, tiende ansiosamente a elevarla a la esfera más cercana a Él. Y aunque esta inspiración se manifiesta de una manera que no está

en consonancia con nuestra época, que ha experimentado la desaparición de lo sagrado y la aparición de la muerte de Dios, sin embargo es digna de reflexión y de consideración porque, además, generaciones enteras se han nutrido de ella a través de largos siglos de historia cristiana.

Las Cartas de Germán sobre las imágenes cristianas

Como hemos ya insinuado, de Germán han quedado tres *Cartas*, que escribió durante las primeras manifestaciones de la iconoclastia bizantina. Éstas son muy importantes también, porque constituyen uno de los pocos documentos directos de aquella lucha que después se alargó tanto y se llenó de asperezas; una carta a Juan, Obispo de Sinada, otra a Constantino, obispo de Nicolia y una más a Tomás, obispo de Claudiópolis.

Las dos primeras tienen relación entre sí, mientras que la tercera no hace referencia alguna a éstas, aunque trate el mismo tema.

La Carta I se refiere a un encuentro celebrado en Constantinopla entre el patriarca Germán y el obispo Constantino de Nicolia. Éste le había planteado a Germán algunas dudas sobre la legitimidad del culto a los iconos[27]. Germán le había respondido ilustrando los motivos que dan fundamento a estas imágenes y Constantino se había convencido. Y ahora Germán informa de todo ello al superior eclesiástico de Constantino, o sea, a Juan de Sinada, a través de esta carta que él le envía precisamente a través de Constantino.

27. Para indicar las imágenes cristianas, Germán habla siempre de eikónes sin otra especificación, añadiéndole a menudo –aunque no siempre– el adjetivo «sagradas».

Sin embargo, éste, de vuelta a su diócesis, no entregó a su superior la carta de Germán. De ahí el origen de la breve Carta II de Germán, dirigida precisamente a Constantino. En ella, el patriarca reprocha al obispo su deslealtad y, recomendándole que se comporte obedientemente y con respeto hacia su superior, le ordena que entregue en seguida la carta que le había confiado: hasta que no lo haga, no podrá participar en ninguna función propia de su dignidad eclesiástica.

La Carta III, dirigida al obispo Tomás, de Claudiópolis, comienza con un reproche a éste, porque en su diócesis ha tomado ya algunas decisiones contra los iconos, aunque en su reciente permanencia en Constantinopla no hubiese nunca hablado de este tema con el patriarca Germán. Y éste se preocupa ahora de explicarle los distintos motivos por los cuales los iconos tienen pleno derecho de estar en la vida del «pueblo de Cristo»; estamos ante una Carta de considerable amplitud que –a nuestro modo de ver– por su valor literario y espiritual ha de situarse entre las mejores piezas de la producción iconófila bizantina.

Si echamos una mirada global a esta Carta, de ella se desprende que la argumentación planteada –por lo menos inicialmente– por los primeros adversarios de los iconos se basaba exclusivamente en las Escrituras y, dentro de este ámbito, especialmente en algunos puntos determinados del Antiguo Testamento: los iconos incumplen el mandamiento –contenido en el Decálogo y en otras partes del Antiguo Testamento– de no construir ninguna imagen de los seres existentes en la tierra y de no venerar a éstas, ni, en general, a ninguna otra cosa que haya sido hecha por mano de hombres; y por consiguiente, se incumple también la advertencia de no dar culto a la criatura en lugar de al Creador, (y aquí está casi seguro, la reminiscencia paulina de la *Carta a los Romanos* 1, 25).

La respuesta de Germán se halla en la siguiente línea. La prohibición del Antiguo Testamento sobre la veneración y construcción de imágenes se refiere a las imágenes que pretendían reproducir o representar la divinidad, la cual –por el contrario– es, por naturaleza, inmaterial, irrepresentable, ilimitada, etc. Por el contrario, los iconos se refieren al Verbo de Dios que se ha hecho hombre y se ha hecho similar a los demás hombres en todo, excepto en el pecado, o a su Madre y a los santos, que han vivido materialmente en medio de la comunidad de todo el género humano. Los cristianos son muy distintos de los judíos, que en cambio han traicionado a su Dios, se han vuelto a los ídolos como si éstos fuesen dioses y han trasladado el culto debido a Dios a cosas construidas por la mano del hombre o a otras cosas materiales. En realidad, los cristianos no han incurrido nunca en estas desviaciones, sino que dirigen su culto sólo al Dios de su fe, y lo concretan en la regeneración del Espíritu «realizada por medio del divino bautismo en el nombre de estas tres Personas supremamente divinas», en el «sacrificio de alabanza, que se eleva por medio de Cristo, a Dios Padre» y en la «divinísima tradición expresada en los misterios vivificantes[28].

Con esta referencia constante, la veneración prestada a la Madre de Dios y a los hombres que se han distinguido por su santidad no pretende sustituir el culto al único verdadero Dios, de la misma manera que en el Antiguo Testamento encontramos varios ejemplos de una veneración dirigida a algunos hombres por su privilegiada posición, y no como si fuesen dioses. De la misma manera, tampoco los iconos tienen como finalidad ser venerados en la materia que los constituye, ni de

28. Cf. más adelante, la *Carta a Tomás* de Claudiópolis.

prestar un servicio a la criatura en lugar de al Creador. Éstos tienen una función múltiple, y sus elementos se influyen recíprocamente: de recuerdo, de enseñanza doctrinal, de edificación moral-espiritual, de manifestación de afecto y también de veneración; pero de una veneración que no sustituya a la que le debemos a Dios, sino que sea proporcionada al lugar que corresponde a la persona representada en la perspectiva de su relación con Dios. Además, dado que el hombre está constituido por alma y cuerpo, todas las formas de culto cristiano, aunque se refieran en última instancia al supremo y único Dios, absolutamente inmaterial, están sin embargo constituidas tanto por elementos espirituales como por elementos materiales. Y, por consiguiente, los iconos, si son entendidos en el sentido que indica Germán, se encuentran perfectamente integrados en este cuadro, así como también en el culto indicado en el Antiguo Testamento estaban integrados objetos materiales y también representaciones que habían sido prescritas directamente por Dios al legislador judío.

Germán presenta estos puntos en defensa de los iconos con una línea temática diferente a la que nosotros hemos seguido ahora para una síntesis resumida. En las siguientes páginas podrá verse directamente como él los articula a través de una variedad de ilustraciones que logran encuadrar el problema de los iconos en plena consonancia con la vida de fe y el culto del pueblo cristiano. Pero querríamos poner de relieve aquí dos inspiraciones básicas, que pueden también estar unidas para confirmación e integración, con lo que hemos podido indicar en la espiritualidad de las *Homilías Marianas*, ante todo, la base bíblica de estas Cartas, y después, su sentido pastoral eclesial.

Como ya hemos visto en las Homilías, también aquí el tema de Germán está totalmente impregnado de Bi-

blia, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, ya sea para las citas textuales como para las expresiones o para cada uno de los vocablos de clara derivación bíblica[29]. Mientras los adversarios de los iconos se referían fundamentalmente a algunos pasajes del Antiguo Testamento, en su respuesta, Germán se sitúa en el mismo terreno e incluso lo amplía, logrando que en su presentación los iconos se encuentren integrados en un cuadro unitario que engloba en sí mismo al Antiguo y al Nuevo Testamento. Y, por consiguiente, éstos –aunque tienen su razón de ser en las realidades cristianas de la Encarnación y de la elevada dignidad religiosa de la Madre de Dios y de las otras santas personas –no resultan ni desentonados ni tampoco ajenos a la Antigua Ley (de la que, sin embargo, –según Germán– se han alejado precisamente los judíos cada vez que han traicionado a su Dios y se han entregado a cultos idólatras). Por lo que se refiere a la Pastoral eclesial, podemos decir que después de algunas insinuaciones en la Carta I, la tercera está totalmente llena de ella. Advertimos que el sentimiento dominante de Germán viene de su vivo sentido de Iglesia, que se manifiesta en tres direcciones: la defensa de la Iglesia de sus enemigos; la certeza de que, por la perenne asistencia prometida por su fundador, ésta está destinada a permanecer sin mancha y sin arrugas en la posesión de la verdad, incluso a través de los innumerables acontecimientos de la historia humana; la preocupación por la vida de fe y de culto del pueblo de Cristo, que

29. Para un análisis más articulado de los diferentes argumentos presentados por Germán en defensa de los iconos, cf. «Agli inizi dell'Iconoclasmo. Argomentazione scritturistica e difesa delle icone presso il patriarca G. di C.», en *Parola e Spirito. Studi in On. di S. Cipriani*. Vittorio Fazzo, Brescia 1981, pp. 809-832.

sólo en la Iglesia encuentra el alimento de la única fe verdadera y la manifestación del verdadero culto «en espíritu y en verdad».

En realidad, son precisamente estos dos elementos de la Biblia y de la Pastoral los que elevan la defensa de los iconos en la Carta III a ese elevado nivel literario y espiritual al que nos referimos antes, y hacen de ella un precioso documento de la ortodoxia procedente de los primeros días de una tempestad, cuya gravedad –más allá de las primeras manifestaciones externas– Germán parece haber intuido enseguida con su inteligencia iluminada por la fe y su conciencia de pastor.

NOTA: La presente traducción se ha realizado con el texto del Minge, Patrologia Graeca, 98, Paris 1865, col. 291-293 para las Homilías Marianas, y col. 156-158 para las Cartas sobre el culto a los iconos. Para las *Homilías sobre la Anunciación,* hemos realizado también la importante integración presentada por D. Fecioru sobre la base de un manuscrito descubierto en la Biblioteca Ortodoxa Romana 64 (1946), pp. 60-92, 180-193, 386, 397 (breve introducción, texto en griego de toda la Homilía y traducción al rumano).

Germán de Constantinopla

HOMILIAS MARIOLÓGICAS

HOMILÍA I

DE NUESTRO PADRE SAN GERMÁN, ARZOBISPO DE CONSTANTINOPLA, SOBRE LA ENTRADA DE LA SANTÍSIMA MADRE DE DIOS

1. Todas las sagradas festividades, dondequiera que se celebren, llenan a los participantes de un gozo espiritual que tiene su origen en los tesoros celestiales y en las fuentes divinas. Sin embargo la fiesta que ahora solemnizamos ocupa un lugar primordial[1] y sobrepasa a todas en esplendor y alegría, en la medida en que la Hija de Dios va por delante de todos y aventaja a todo el mundo. Al acudir cada año a ese sacratísimo convite[2], es necesario que quienes participen de él estén limpios de toda maldad.

Si es de vuestro agrado, venid, pues, conmigo con el espíritu alegre, con el alma bien limpia y con espléndidas vestiduras[3]. Vayamos juntos a recoger las apreciadísimas flores del jardín de la Madre de Dios, aspirando el suave

1. La Presentación de María en el templo viene a ser como el episodio inicial de una consagración personal a Dios y un preámbulo del misterio de la Encarnación. Por eso, según manifiesta Germán, puede considerársele como fuente de todos los *misterios*, es decir de los ritos consecratorios propios de la religión cristiana.

2. Alude a la celebración eucarística, que Germán presenta siempre como elemento central de las festividades cristianas.

3. La Cristiandad oriental atribuye mucha importancia al esplendor de las celebraciones litúrgicas, porque éstas representan un tránsito desde las realidades terrenas hacia el ámbito de lo divino y lo eterno.

olor que, a modo de incienso, se eleva desde los cálices de color de rosa, como bellamente lo expresa Salomón en los Cánticos, diciendo: *¿Quién es ésta que sube del desierto como columna de humo formada de perfumes de mirra y de incienso y de toda especie de aromas?*[4]. Y también: *Ven del Líbano, esposa mía, ven del Líbano*[5]. Exhortémonos mutuamente a dirigirnos con presteza y diligencia a celebrar la festividad de la Madre de Dios, que ha de resultar provechosa para todos y obtenernos la salvación. Al postrarnos en el santuario, contemplemos a la niña que avanza hacia la segunda cortina[6], a María, la Virgen purísima y Madre de Dios, que ha extinguido la infecundidad de una mujer estéril[7] y que, con la gracia de su nacimiento, ha puesto fin a las sombras de la letra de la Ley[8].

2. Hoy se destaca una niña de tres años, que es consagrada al servicio del templo de la Ley[9], siendo ella el

4. Ct 3, 6. Se ha de advertir que, para el Antiguo Testamento, Germán asume siempre el texto griego de los Setenta.

5. Ct 4, 8.

6. En el tabernáculo o tienda sagrada, que Dios mandó hacer a Moisés (Ex 25ss.), había una cortina a la entrada y otra en el interior, que separaba la parte más santa en que estaba el Arca de la Alianza (Ex 26, 31ss.).

7. El nacimiento de María acabó con la esterilidad material de su madre y con la esterilidad moral o espiritual del género humano.

8. Cf. Rm 2, 29; 2 Co 3, 6; Hb 10, 1. Refiriéndose a María, encontramos aquí, por primera vez, la constante tendencia de Germán a expresar las alabanzas por medio de contraposiciones. En las presentes se pone de relieve, por una parte la materialidad, la incertidumbre y la provisionalidad de la ley hebraica y, por otra la espiritualiad de las prerrogativas de María, así como el puesto que ella ocupa y las funciones que desarrolla en la historia de la salvación.

9. En realidad entre los hebreos, en el Antiguo Testamento, no existía la costumbre de ofrecer los hijos para el servicio del templo,

templo excelso e incontaminado del Señor[10], pontífice supremo y príncipe de todos los sacerdotes. Ella, envuelta de un fulgor divino y resplandeciente de luz, acaba con las sombras de la letra de la Ley. Hoy es presentada al sacerdote una niña, que, a su vez, presentará un infante de cuarenta días, que es el mismo Dios y Sumo Sacerdote[11], hecho niño por nosotros, según la carne; ella lo lleva en brazos, a pesar de que no puede ser abarcado en lugar alguno, lo cual supera toda nuestra capacidad de compresión[12]. Hoy, de acuerdo con la Ley, es consagrado con bendiciones y es ofrecido como un don de gratitud un libro del todo nuevo y purísimo y en el que no hay mancha alguna, que no será escrito por mano del hombre, sino que, por obra del Espíritu, quedará guarnecido de oro[13].

Hoy Joaquín, liberado del oprobio de la esterilidad[14], avanza feliz por las calles mostrando a su hija y se mani-

aunque muchos autores cristianos así lo creyeran por influjo del *Protoevangelio de Santiago* y por el episodio de la infancia de Samuel (1 S 1, 14ss.). La noticia relativa a los tres años de edad de María hay que relacionarla con la sacralidad de este número y con la costumbre del final de la lactancia. (cf. n. 5 de esta homilía).

10. Germán contrapone aquí el templo material de los judíos con el único y verdadero templo de Dios que es María, pues, al llevar en su seno a Cristo, ha albergado realmente la divinidad.

11. Cf. Lc 1, 22ss.

12. Encontramos también con frecuencia esta otra especie de contraposición que se establece entre la limitación material de María y la excelencia infinita de su Hijo, que a través de ella ha venido para realizar su misión redentora.

13. Germán se refiere aquí al «libro de la Alianza», en el que Moisés escribió las palabras de la Ley, que había escuchado directamente de Dios (Ex 24, 4ss.).

14. Estos episodios, que aparecen en ésta y en las siguientes homilías, y los sentimientos de los santos esposos Joaquín y Ana guardan estrecha relación con el *Protoevangelio de Santiago*. El nombre

fiesta de nuevo como exacto cumplidor de las sagradas observancias de la Ley. Hoy Ana[15], que al dar a luz felizmente a su hija ha puesto fin a su prolongada infecundidad, la lleva con inmenso gozo, anunciando que va a dar fruto en beneficio de todos los confines de la tierra[16], y estrecha sobre su pecho a la que sobrepujará en capacidad a los mismos cielos[17]. Hoy se abren las puertas del templo de Dios para recibir a la que es la puerta oriental sellada del Emmanuel[18]. Hoy comienza a resplandecer la sagrada mesa del templo al unirse en dulce abrazo con la mesa divina que sostiene el pan celestial, que es alimento del alma, con lo cual se abre el camino hacia el sacrificio incruento. Hoy es instalada en el propiciatorio[19] aquella que, para los hombres arrastrados por la corriente del pecado, vino a ser el nuevo propiciatorio íntimamente vinculado con Dios, no fabricado por mano de hombre[20], y capaz de purificar a los pecadores. La que

de Joaquín, que viene a significar: Yahveh establece o eleva, aparece varias veces en el Antiguo Testamento (Eliacim) y en los Evangelios, al establecerse la genealogía de Jesús (Mt 1, 13; Lc 3, 30).

15. Tres mujeres aparecen en la Sagrada Escritura con el nombre de Ana: dos en el Antiguo Testamento (1 S 1, 20; Tb 7, 2) y en el Nuevo la profetisa que asiste a la presentación de Jesús en el templo (Lc 2, 36ss.).

16. Típica exposición del A. T., que aparece también en el N. T. (Cf. Sal 19 (18), 4; Rm 10, 18).

17. Este nuevo tipo de contraposición resalta la distancia que hay entre la pequeñez de María, por su naturaleza, y la sublime grandeza con que ha sido enaltecida por su categoría de Madre de Dios.

18. Cf. Ez 44, 1-3.

19. Cf. Ex 25, 17ss; 37, 6ss.

20. Cf. Hb 9, 11-24. Así como en el A. T. son frecuentes los reproches a los paganos que ponen su confianza en los ídolos «hechos por la mano del hombre», así entre los cristianos, desde los primeros tiempos, se prodiga la contraposición de la materialidad del culto he-

un día albergará dentro de sí al Santo de los Santos, siendo una niña inocente y preservada de todo mal, es hoy introducida en el Santo de los Santos, es consagrada de un modo más excelente[21] por la santificación del Espíritu y es colocada por encima de la gloria de los querubines[22].

3. Hoy nos sentimos impulsados a prorrumpir en alabanzas a María, pero, por más que la ensalcemos, no alcanzaremos la meta deseada, y nuestros pensamientos y palabras serán incapaces de expresar su hermosura. La gota celestial que de ella ha dimanado atestigua que sus excelencias son como un mar inmenso[23]. Por eso en ella existen unas riquezas inconmensurables y de ella proviene una felicidad que no tiene fin[24]. En otras cosas se llega a la saciedad, pero los himnos y alabanzas a María son un convite tan suave y agradable que nunca cansa ni empalaga. No se agotan los argumentos ni los motivos de este enaltecimiento, siendo como una fuente cuyo caudal no disminuye cuando de ella se saca agua[25], sino que sigue manando cien y mil veces más, de modo que nunca se acaba por más que se siga extrayendo el líquido que brota del manantial. Se manifiesta, pues, el misterio de

braico y la espiritualidad del culto cristiano, no vinculado a lugares ni a otras circunstancias materiales.

21. Cf., por ejemplo, Ex 26, 33s.; 1 R 6, 16.

22. La especial referencia a los querubines depende de las figuras de tales seres existentes en el templo judío: Cf Ex 25, 18.

23. Al ensalzar a María, Germán hace constantes referencias a Cristo como causa y fundamento de la excelencia de su madre y de las alabanzas que a ella dirigimos.

24. Germán pone de manifiesto la superioridad y lo perdurable del gozo que proviene de María, en comparación con los goces del paraíso terrenal, que no persistieron. Cf. Gn 3, 23s.

25. Cf. Jn 4, 14 (el diálogo de Jesús con la samaritana).

una suma generosidad[26], que supera la compresión de los espíritus que están fuera de la materia y cuánto más de los que están sujetos a ella. ¡Oh cuán bienaventurada y pura es esta doncella!

4. Al cumplir esta niña los tres años, sus padres la ofrecen al Señor. ¡Oh cuán excelso y venerable es el número ternario[27] y cuánta fuerza tiene para afirmar la verdad! Con tres piedras de hondero fue David a atacar al malvado Goliat[28]. Elías Tesbita dispuso que por tres veces se llevara a cabo lo que había de ser preparación de la fe en el prodigio de la llama del fuego del cielo, que prendió sobre el agua[29]. Tres días estuvo Jonás en las entrañas del monstruo marino, viniendo a ser figura del mismo Dios que gobernaba el cetáceo[30]. Tres fueron los jóvenes metidos en el horno, los cuales, confortados con un rocío celestial[31], paseaban por dentro de él alegremente. Después de tres décadas de su vida[32], Jesús, mi Señor, me limpió de la mancha del pecado y durante tres

26. Cf., por ejemplo, 1 Co 2, 7; Ef 3, 9; Col 1, 29.

27. En la historia de las religiones y de la filosofía nos encontramos con que al número tres se le asigna un fuerte indicio de sacralidad y de perfección. Entre los hebreos hubo otros números que se consideraron de gran importancia, pero entre los cristianos fue adquiriendo relevancia el ternario, por efecto de la doctrina acerca de la unidad y trinidad de Dios. Germán incurre en alguna inexactitud, como en el caso de las piedras de David.

28. Cf. 1 S 17, 40ss.

29. Cf. 1 R 18, 34ss. El milagro de Elías es para demostrar a los israelitas la unidad de Dios y por eso dice Germán que es garantía de fe y preparación para creer.

30. Explicación de Mt 12, 40, refiriéndose a Jon 2, 1ss.

31. Cf. Dn 3, 49s.

32. En la base de este dato, que Germán acomoda a su explicaciones simbólicas, está la indicación de Lucas acerca de la edad en que Jesús inicia su vida pública (Lc 3, 23).

años[33] recorrió el país curando toda enfermedad y dolencia. Subió al monte también con tres discípulos para manifestarles el misterio de su propia gloria[34]. En el día tercero[35] fue asimismo cuando liberó a las almas que, desde siglos atrás, estaban encarceladas en los infiernos. ¿Qué más? Observa cómo el número ternario aparece en el vértice de la majestad suprema, en la divinidad, que es la causa primera y el origen de todo misterio. Dios es, en efecto, tres veces santo, triple es su impronta y triple la realidad de las personas divinas, aunque sea única la sustancia que profesamos por la fe y que subsiste en la Trinidad, sin mezcla ni confusión alguna. No se debe, por tanto, disminuir el honor de Dios negando la realidad de las personas divinas ni imaginando una pluralidad de esencias. Esto es lo que nos enseña el muy venerable y excelso teólogo Gregorio[36].

Puesto que la segunda persona de la santísima y eterna Trinidad, de muy buen grado, con el beneplácito del Padre y por obra del Espíritu Santo se disponía ya a entrar en el seno de la Virgen Madre[37], era conveniente que ella fuera consagrada con la gloria y el esplendor de este número. Así pues, a los tres años de edad es presentada

33. La duración de tres años de la predicación y vida pública de Jesús tiene como base bíblica los datos del Evangelio de Juan acerca de las diversas fiestas de Pascua celebradas por Jesús. Es una convicción que sólo en tiempos modernos se ha pretendido revisar.

34. Se refiere a la transfiguración. Cf. Mt 17, 1 y lugares paralelos.

35. Con la resurrección al tercer día a partir de la crucifixión. Mt 28, 1ss. y lugares paralelos.

36. Breve ilustración teológica acerca de la unidad y trinidad de Dios. Gregorio Nacianceno, entre los greco-bizantinos, era considerado como el teólogo por excelencia.

37. Explicación sintética acerca de la participación de las tres divinas personas en el misterio de la Encarnación, con referencia a Ef 1, 5 y Lc 1, 35.

en el templo, gracias a una firme y segura disposición del que es a la vez su creador y su Hijo.

5. Después de haber sido amamantada la que nos proporciona el alimento para nuestra vida, sus padres en el tiempo prefijado cumplieron el voto que acerca de ella habían emitido. Se dice que convocaron a las doncellas de los alrededores para que la precedieran con lámparas encendidas y ella las fuera siguiendo como la última del cortejo y, alegre con el resplandor de las luces, caminara sin volver la vista atrás.

Adelantándose Ana[38], antes estéril e infecunda, elevó su mano hacia Dios y con distinta y clara voz exclamó: «Venid vosotros todos los que os reunisteis en ocasión de mi alumbramiento y alegraos conmigo más todavía, ahora que ofrezco al Señor el fruto de mis entrañas, como don sagrado y resplandeciente de divino fulgor. Venid, maestros de coro y, junto con los cantores y las tocadoras de tímpanos, iniciad alegremente un cántico nuevo, no bajo la dirección de María la hermana de Moisés[39], sino teniendo por guía a la que de mí ha nacido.

»Todos vosotros, tanto los de cerca como los de lejos, venid junto a mí, que doy gracias a Dios por la gran felicidad de ser madre y, con gran afecto de piedad, ofrezco al templo santo el fruto de mis entrañas; venid y entonad cánticos divinamente inspirados. Venid también en comitiva, vosotros, oh profetas, e instruyendo a la escogida asamblea con las espléndidas alabanzas que pro-

38. Recuérdese que también Ana, la madre de Samuel, igualmente estéril durante largo tiempo, entonó un cántico de alabanza a Dios en el momento de presentar a su hijo en el santuario (1 S 2, 1-10).

39. Cf. Ex 15, 20-21. La hermana de Moisés es la única persona del A. T. que lleva el nombre de María, nombre que, sin embargo aparece muy divulgado en tiempos de Jesús.

vienen del Espíritu de Dios, entonad vuestro cántico; donde resuena, en efecto, la palabra profética, se apagan las voces ignominiosas de los adversarios.

6. »Ven también tú, oh David, antepasado de esta niña y progenitor de Dios[40], y, pulsando armoniosamente el arpa[41], haz que resuenen en ella los más suaves arpegios del Espíritu y, con tu palabra inspirada por Dios, presentamos el anuncio de un coro de muchachas: *las vírgenes sus compañeras, que, siguiéndole a ella, serán presentadas al Rey*[42]. Mira el coro de las jóvenes que avanza por las plazas y observa cómo la hija del Rey es conducida hacia los atrios sagrados del templo santo con gozo y alegría, a fin de que tenga cumplimiento lo que tú habías anunciado, a esta hija mía de regia dignidad tú la llamas hija tuya. Tú dijiste: *Toda la gloria de la hija del Rey está en su interior y aparece adornada con franjas de oro*[43]. Efectivamente, está revestida de la más pura e incontaminada virginidad y adornada con la más incomparable y resplandeciente hermosura[44]. Presta asimismo atención, tú el que naciste de David: *¿Quién es ésta que va subiendo como aurora naciente, bella como la luna y escogida como el sol?*[45]. *¡Que bella y encanta-*

40. La ascendencia davídica de Jesús aparece en los Evangelios en relación con su padre legal san José (Mt 1, 1-17; Lc 3, 23-38). En la tradición cristiana muy pronto se afianzó la pertenencia de María a la casa real de David.

41. Cf. 1 S 16, 23.

42. Sal 45 (44), 15.

43. Ibid. 14.

44. Aquí se alude a Salomón, tenido como autor del libro de los Cánticos, aunque en el texto de Germán parece mencionarse sólo a David, quizá por algún error del copista. Ct 6, 10. Alegóricamente el *Cantar de los Cantares* se aplicó a la Iglesia y luego también a María.

45. Ct 7, 1.

dora eres![46]. Tú estarás revestida de sol y obrarás una maravilla nunca vista debajo el sol.

»Preséntate, oh Ezequiel, tú, que hablas en voz alta y que, por voluntad de Dios, sostienes el libro del Espíritu vivificante. Tú proclamas las alabanzas de la puerta sellada que mira al Oriente y que da paso a Dios[47]. Si hay algunos más del escogido y sagrado orden de los profetas, o de entre los restantes videntes, levantad también la voz con júbilo, viendo cómo se cumplen vuestras profecías. ¿Y qué más? Vosotros, oh primeros padres, al comprobar que vais a ser liberados de la maldición y admitidos de nuevo al lugar de delicias de donde fuisteis expulsados[48], ¿acaso no vais a tributar las debidas alabanzas y grandes aclamaciones a la que es causa de vuestra salvación? ¿por ventura a vosotros, junto conmigo y con todas las creaturas, no os corresponde proferir gritos de entusiasmo y de alegría?[49]».

7. La piadosa Ana iba meditando estas cosas y, como es natural, caminaba midiendo sus pasos[50], junto con su amable esposo y con la comitiva de doncellas que les acompañaban con lámparas encendidas. Conduciendo a su hija, llegan al templo y sus puertas se abren para recibir a la que es la puerta espiritual de Dios, el Emmanuel[51], y el umbral queda santificado por las huellas de María. El templo brilla por la luz de las lámparas, pero resplandece mucho más por el fulgor de esta luz singu-

46. Ibid. 7, 7.
47. Cf. Ez 7, 9 y 40, 5ss.
48. Cf. Gn 3, 23.
49. Cf. Rm 8, 19-22.
50. Para acomodarse al andar de la niña María.
51. Cf. Is 7, 14. Emmanuel significa «Dios con nosotros», lo cual resulta muy apropiado al asunto de esta homilía.

lar[52] y, al entrar ella, la belleza del templo se acrecienta de un modo extraordinario. Las colgaduras de los ángulos del altar[53] son ya de púrpura en razón del vestido purpúreo y virginal de María. Se goza Zacarías[54] al corresponderle el honor de recibir a la Madre de Dios. Se alegra Joaquín que, al presentar su ofrenda, pone de manifiesto que se han cumplido los vaticinios. Se llena de júbilo Ana con la consagración de su hija[55]. Saltan de gozo los primeros padres al verse libres de la sentencia de condenación[56]. Exultan los profetas y, junto con ellos, todas las generaciones, al recibir la gracia, sienten una alegría desbordante.

8. De este modo la hija de Dios es introducida y está de pie junto a los ángulos del altar, mientras sus padres concluyen su oración y el sacerdote se dispone a bendecirla. De nuevo los padres se dirigen al sacerdote exclamando: Recibe a la que está destinada a recibir un fuego espiritual y misterioso[57]; recibe a la que ha de ser albergue del Hijo y Verbo del Padre, y único Dios; recibe a la que nos ha liberado del oprobio de ser estériles e infe-

52. Esta luz esplendorosa es María.

53. Cf. Ex 27, 2 y 30, 2. El altar de los holocaustos y el del incienso.

54. La siguiente homilía de la Presentación pone de relieve que se trata de Zacarías, el esposo de Isabel y futuro padre de Juan Bautista. (Lc 1, 8ss.).

55. No sólo Ana, sino todos los que participan en la Presentación de María, aunque en distinta medida, se sienten inspirados por Dios y conocen la fecundidad salvífica del acontecimiento.

56. Efectivamente, la Presentación de María indica que ya está cercana la redención del género humano y, por tanto, la liberación de la condena del pecado original.

57. Contraposición con el fuego del altar de los holocaustos del AT: Lv 1, 6.

cundos; conduce al altar a la que nos ha de introducir en los prados del antiguo paraíso; toma bajo tu dominio a la que, con su parto, ha de sujetar el poder de la muerte que nos atemoriza y la tiranía del infierno[58]; guarda bajo tu protección a la que ha de proteger nuestra naturaleza, que en el Edén fue despojada de sus bienes[59], toma de la mano a la que envolverá en pañales a Aquel que pondrá freno a nuestra mano intemperante y violenta, la cual se ha alzado con gran arrogancia y orgullo[60]; consagra a Dios a ésta por la que seremos nosotros consagrados y en la cual, por disposición divina, están puestas nuestras esperanzas.

Vuelve a nosotros tus ojos, Señor, toma a la que tú nos diste; recibe a la que nos otorgaste; acoge a la que nos concediste para poner fin a nuestra esterilidad[61]. Tú que, por medio de ella, condenas la infecundidad de la Ley, a través de ella también nos has liberado del pavor perpetuo. Recibe a ésta, con la que tan acertadamente nos has favorecido. Atrae hacia ti a la que tú mismo has elegido, has predestinado y has santificado; a la que se apoya firmemente en ti y se siente atraída por tu fragancia; a la que, como lirio entre espinas[62], escogiste de entre nosotros, que somos tan indignos. Recibe en tus brazos a ésta que con ánimo alegre te hemos ofrecido. He aquí que te la ofrecemos al propio tiempo que nosotros mismos nos consagramos a ti.

58. Cf. 1 Co 15, 55s.

59. Cf. Gn 3, 7.

60. La mano por la que se llevó a efecto la orgullosa desobediencia en el paraíso terrenal (Gn 3, 1ss.), de lo cual procede todo el orgullo y violencia que hay en la historia de la humanidad.

61. Reaparece el paralelismo entre esterilidad material e infecundidad moral y espiritual.

62. Cf. Gn 3, 18.

9. Así resonaron las voces concordes de los justos[63] y las aclamaciones de los piadosos cónyuges; así fue preparada dignamente esta ofrenda de los progenitores de Dios. Zacarías, habiendo recibido a la niña, se dirigió primero a los padres, según podemos suponer[64], con estas palabras: ¿Qué os diré, oh autores de nuestra salvación? ¿Cómo podré designaros? Estoy asombrado al contemplar este fruto singular que habéis producido. Se trata, en efecto, de la que, con su pureza, atraerá a Dios a habitar en ella[65]. No ha habido ni habrá jamás ninguna que resplandezca con tanta hermosura. Vosotros aparecéis como los ríos caudalosos que proceden del paraíso[66]; vosotros sois los portadores de una lámpara más excelente que el oro y las piedras preciosas, la cual ilumina toda la tierra con la belleza de su inmaculada virginidad y con el esplendor de su fecundo rocío; vosotros sois reconocidos como astros luminosos que estáis como prendidos en el firmamento[67] y los dos iluminái serenamente las tinieblas de la oscura letra y de la Ley proclamada en medio de la tempestad[68], guiando así acertadamente a los que creen en Cristo, a fin de que sin tropiezo lleguen a la reciente gracia de la nueva luz.

63. La expresión «justos» aparece en el N. T., pero toma su origen del A. T. y tiene un significado preciso de fidelidad a la Ley y al querer de Dios.

64. Resulta evidente que Germán amplía con sus propias aportaciones el contenido de las fuentes que utiliza.

65. Este fruto es María, la pura y bella por excelencia.

66. Cf. Gn 2, 10-15. Los ríos del paraíso son como un símbolo de la vida que dimana de Dios. En el Génesis se habla de uno o de cuatro, pero Germán los toma como figura de los progenitores de María, la cual nos proporciona el agua de la vida espiritual.

67. Cf. Gn 1, 6ss.

68. Cf. Rm 2, 29; 2 Co 3, 5.

Vosotros figuráis como los resplandecientes ángulos del altar del templo espiritual de la Nueva Alianza, al llevar en vuestras entrañas el altar santo, espiritualísimo y consagrado a Dios en el que se ofrece la sagrada víctima[69]. Aunque sea con bastante anticipación, diré que vosotros, al tener cuidado del Pontífice que gobierna todo el mundo[70], aparecéis místicamente como los querubines que rodean el propiciatorio[71]. Más que el oro trabajado por los artífices del que antiguamente estaba recubierta el arca[72], vosotros recubrís el arca espiritual y divina de la Nueva Alianza que alberga a Aquel que en la cruz ha firmado nuestra liberación. Vuestro gozo es el contento de todo el mundo y vuestra gloria se proclama como la alegría del universo entero.

Bienaventurados vosotros que habéis sido los padres de una hija tan excelsa. Benditos vosotros que habéis ofrecido al Señor un don tan colmado de bendiciones. Bienaventurados los pechos que criaron a esta niña y el vientre que la llevó[73].

10. Ven también tú, pequeña, la más excelsa de los cielos. Ven tú, que apareces como una niña, pero que eres reconocida en verdad como taller divino[74]. Ven aquí y santifica tú los umbrales del santuario, pues, para de-

69. Germán presenta a María como altar, no porque sobre esta ara se haya sacrificado a Jesús, sino por haberlo albergado en su seno materno.

70. Cristo, sumo sacerdote, que, por nacer María, se puede decir que los padres de ella también lo cuidaron y protegieron.

71. Cf. Ex 25, 18ss.

72. Cf. Ex 25, 10; 37, 1ss.

73. Esta exclamación deriva de Lc 11, 27.

74. Entre muchas comparaciones de gran delicadeza aparece ésta un tanto material de «taller», o sea, donde se ha realizado el inicio de la existencia terrenal del Hombre-Dios.

cirlo con pocas palabras, no eres santificada por el lugar sagrado, sino que éste es plenamente santificado por ti.

Ven y penetra en el atrio y en la celda que infunde temor[75], tú que has de ser el tesoro inmenso e inescrutable. Entra en el vestíbulo del santuario, tú que has de quebrantar las puertas de la muerte. Mira lo que queda detrás de la cortina[76], ya que tu resplandor ilumina a los que se han vuelto ciegos a causa de sus aficiones perniciosas[77]. Dame la mano a mí que te estoy guiando como a una niña, robustece mis manos y condúceme a la vida, pues estoy cansado y envejecido y, actuando en contra de los mandamientos, me aficioné a las cosas de la tierra. He aquí que tú eres como el báculo de mi ancianidad y el reparo de la naturaleza debilitada por la caída[78]. He aquí que contemplo que tú serás el apoyo de quienes están sometidos a la muerte. Ven a postrarte ante la mesa del altar, puesto que, a través de muchas figuras, está anunciado que tú has de ser la mesa espiritual e incontaminada[79]. Muévete por el interior de la mansión del altar del incienso, ya que de ti emana la fragancia de este perfume[80], siendo para todos el más suave aroma, y los profetas, inspirados por el Espíritu divino, con razón te han llamado incensario.

75. Se refiere el Santo de los santos, donde Dios hacía sentir su presencia y en el cual sólo podía entrar el sumo sacerdote. Germán, en contra de su costumbre, emplea, refiriéndose al templo de los judíos, algunos términos generalmente usados al tratar de los templos paganos.

76. Cf. Ex 26, 31ss.

77. Es decir: relacionadas con las pasiones y malos deseos.

78. Se refiere al pecado original.

79. María puede ser simbolizada por la mesa del templo de los judíos porque lleva consigo la ofrenda del sacrificio de la Nueva Alianza.

80. Cf. Ex 30, 1ss.

Sube la escalinata del templo santo, tú a quien las hijas de Jerusalén, atraídas por tu belleza, entonan alegres cánticos y a quien los reyes de la tierra proclaman bienaventurada. Sube, tú que eres reconocida como sagrado fundamento y has sido mostrada al gran patriarca Jacob, que con gozo te contempló como escalera divinamente afianzada[81]. Ven, oh Señora, pues te corresponde estar sobre este excelso pedestal, ya que eres reina y tu gloria sobrepasa la de todos los reinos de la tierra. Es propio de tu dignidad el habitar en este lugar sagrado, puesto que eres un trono más excelente que los querubines. He aquí que, como es de razón, yo te ofrezco la sede principal como reina que eres del universo, y tú conduces hacia lo alto a quienes se hallan postrados en el suelo. Ahora, junto con David, me dirijo a ti, exclamando: *Escucha, hija, mira, inclina el oído y olvida tu pueblo y la casa paterna y el Rey quedará prendado de tu hermosura*[82].

11. Así habló el anciano, y habría deseado proseguir aún en sus alabanzas. Las padres se retiraron y la niña, consagrada a Dios, se quedó allí. Los ángeles la servían con reverencia[83] y ella recibía un alimento, material o espiritual, a través de estos seres incorpóreos. Se realizó así con el favor de Dios su iniciación sagrada, y la niña

81. Cf. Gn 28, 12ss. La escalera del sueño de Jacob fue interpretada de diversos modos por los Santos Padres, antes de que apareciese esta interpretación mariana. Por ejemplo, se la tuvo como símbolo de la Providencia de Dios o de la Encarnación del Verbo, que unió la tierra con el cielo.

82. Sal 45 (44), 11s.

83. Se aplica a María, para un tiempo más prolongado, lo que dice el Evangelio acerca de unos ángeles que sirvieron a Jesús en el desierto. (Mt 4, 11; Mc 1, 12).

crecía y se fortalecía, mientras que iba perdiendo su fuerza aquella maldición que en el Edén se nos había infligido[84].

12. Tened buen ánimo, pues, quienes os habéis reunido en el amor de Dios, para unánimamente aclamar a la Virgen con el «Ave»[85]. Nuestra mente es como la de los niños[86] y nos resulta imposible celebrar debidamente esta fiesta, pero no esforzamos en superar nuestra pequeñez, ya que ha de resultar agradable a Dios lo que se haga de acuerdo a la propia capacidad. Supera, en efecto, toda compresión el que se pueda ser a la vez virgen y madre[87], porque ¿quién, siendo virgen, ha concebido y, siendo madre, ha conservado su virginidad, sino únicamente tú, oh doncella bienaventurada, que, sin pérdida de tu integridad virginal, has dado a luz por nosotros al Dios encarnado?

13. Salve, oh Esposa de Dios, que hoy, al entrar en el Santo de los santos con un indumento glorioso y no fabricado por mano de hombre[88], nos has revestido de púrpura a nosotros que en el Edén, a causa de la comida mortífera y que abrasa las almas, fuimos desnudados y quedamos postrados en el fango, y has puesto sobre nosotros el manto divino del perdón de los pecados[89].

84. Cf. Gn 3, 16ss.

85. Cf. Lc 1, 28ss.

86. Frente al misterio excelso de la Encarnación, el pensamiento humano resulta totalmente desproporcionado, como el de un niño frente a la realidad que lo circunda.

87. Como tal aparece en el momento de la Anunciación.

88. Cf. Gn 3, 17. El vestido que cubría a nuestros progenitores antes del pecado original, que era el don de la gracia.

89. Cf. Ef 1, 7.

Salve, tú que hoy, al llevarse a cabo tu gloriosa y venerada Presentación, congregas a toda la asamblea de los profetas que, con armoniosos instrumentos musicales y con sonoros timbales, entonan sus himnos divinos y danzan en alegres coros espirituales.

14. Salve, tú, que, con el ritmo cadencioso de tus pasos, has pisoteado al diablo, serpiente de mente tenebrosa y enemigo de todo bien, que para mí ha sido un nefasto guía que me ha conducido a la desobediencia[90]. Salve, tú que tomaste de la mano a la naturaleza corruptible y frágil y la condujiste de nuevo al tabernáculo espiritual y santo que nunca envejece[91]. Salve, oh María, admirable sobremanera, que con las lámparas de tu presentación has hecho que resplandeciera un día de gozo y exultación[92] para quienes se hallaban inmersos en las sombras de la muerte y en el abismo de la impotencia y has atestiguado que, por medio de ti, Dios había dispuesto que desaparecieran las tinieblas.

Salve, oh nube luminosa[93] que derramas sobre nosotros el rocío espiritual y divino[94] y que, al entrar hoy en el Santo de los santos, has hecho que saliera un sol resplandeciente sobre los que yacían sin fuerzas bajo las sombras de la muerte. Salve, oh fuente llena de los dones de Dios de donde dimanan los ríos del conocimiento di-

90. Cf. Gn 3, 1-13.

91. Es evidente que Germán atribuye la renovación de la naturaleza humana a María sólo de un modo indirecto, por haberse servido Dios de ella. Al Señor se debe, en efecto, la obra de la redención del hombre.

92. Cf. Sal 45 (44), 15.

93. La imagen de la nube se refiere a una manifestación activa de Dios, como la del Sinaí. Cf. Ex 19, 16.

94. Parece referirse especialmente al maná. Ex 16, 13.

vino, que llevan el agua pura y cristalina de la ortodoxia y destruyen todas las herejías.

15. Salve, oh ameno y espiritual paraíso de Dios, plantado hoy al Oriente por su diestra todopoderosa[95] y en el cual germinan el suave lirio y la rosa inmarcesible para remedio de quienes, vueltos hacia el Occidente, bebieron el amargo y pestilencial brebaje de la muerte destructora de las almas; en este jardín es donde florece el árbol de la vida[96] que proporciona el conocimiento de la verdad, y los que comen de su fruto se vuelven inmortales. Salve, oh palacio sagrado, inmaculado y purísimo del Señor, Rey del universo. Tú estás toda rodeada de su magnificencia y a todos acoges y llenas de gozo espiritual. Tú ahora estableces tu morada en la casa del Señor, en el templo santo. En ti se halla el tálamo del esposo espiritual[97], no fabricado por mano de hombres y decorado espléndidamente. En ti el Verbo, al querer atraer a los extraviados, se desposó con la carne para reconciliar con Dios[98] a los que, por su propia voluntad, se habían alejado de Él.

16. Salve, oh nueva Sión y divina Jerusalén, *ciudad de Dios, Rey grande en cuyas moradas el Señor es reconocido*[99]. Él hace que los reyes se inclinen para venerar

95. Sobre el jardín plantado por Dios en el Edén, al Oriente, cf. Gn 2, 8. Germán interpreta el Oriente como símbolo de una realidad positiva, y el Occidente, en cambio, como expresión de algo negativo o poco valioso. Lo mismo aparece en otras tradiciones religiosas.

96. Se refiere a Cristo, que, al revés del árbol del pecado original, ofrece la verdad que da la vida a quienes la deseen. Cf. Gn 2, 9.

97. Cf. Sal 19 (18), 6.

98. Rm 5, 10; 2 Co 5, 18ss.

99. Sal 48 (47), 3s.

tu gloria y que todo el mundo se regocije y se disponga para celebrar la fiesta de tu Presentación. Tú eres, en verdad, el candelabro de siete luces[100], áureo y resplandeciente, encendido en la llama que nunca se apaga, alimentado con el óleo de la inocencia y que garantiza que va a salir el sol que ha de iluminar a los que están sumidos en las tinieblas[101] de la culpa. Salve, monte de Dios fertilísimo y umbroso[102] donde se ha criado el cordero espiritual que ha tomado sobre sí nuestros pecados y enfermedades; monte del cual, sin intervención humana, se ha desprendido la roca que ha quebrantado las aras de los ídolos[103] y que ha venido a ser a piedra angular, admirable a nuestros ojos[104].

17. Salve, oh trono santo de Dios[105], ofrenda divina, casa de gloria, ornamento precioso, joya escogida, propiciatorio universal[106], *cielo que proclama la gloria de Dios*[107], oriente que hace brillar la luz inextinguible que procede de lo más alto del cielo y de cuyo calor[108], o sea, de su providencia, nadie jamás se substrae. Salve, tú que, al nacer, rompiste las ataduras de la esterilidad, aniquilaste el oprobio de la infecundidad, sumergiste en las profundidades la maldición de la Ley[109] e hiciste florecer la bendición de la gracia. Con tu ingreso en el Santo de

100. Cf. Ex 25, 31ss.
101. Cf. 2 P 2, 4.17.
102. Cf. Sal 68 (67), 16 y Ha 3, 3.
103. Cf. Dn 2, 34.
104. Sal 118 (117), 22s.
105. Cf., por ejemplo, Sal 45 (44), 6; Mt 5, 34 y 23, 22.
106. Cf. Ex 25, 16ss.
107. Sal 19 (18), 2.
108. *Ibid.* 7.
109. Cf. Ga 3, 13.

los santos diste cima al voto de tus padres, pusiste el fundamento de nuestra absolución y llevaste a plenitud nuestra alegría, puesto que abriste paso al que es el principio de la gracia.

18. Ave María, llena de gracia[110], más santa que los santos, más excelsa que los cielos[111] más gloriosa que los querubines, más honorable que los serafines y más venerables que todas las creaturas. Salve, oh paloma que, con tu gloriosa y resplandeciente Presentación, nos traes el brote de olivo que nos salva del diluvio espiritual[112]; que nos anuncia el puerto de salvación y que tienes *las alas plateadas y la espalda de color de oro*[113], pues en ti aparecen los destellos del Espíritu Santísimo e iluminador. Salve, oh urna toda de oro[114] que contienes la mayor dulzura y suavidad para nuestras almas, el verdadero maná que es Cristo.

19. Oh toda pura y digna de gran veneración y alabanza, ofrenda consagrada a Dios y superior a todo lo creado. Oh tierra no labrada, vid frondosísima[115], copa que proporciona una suma felicidad, fuente que mana sin cesar[116], virgen fecunda y madre intacta, joya de pureza y ornamento de santidad, mediante tus preces materiales y siempre bien acogidas y persuasivas, dirigidas al hijo que de ti ha nacido sin concurso de varón y que es

110. Cf. Lc 1, 28.
111. Cf. Hb 7, 26.
112. Cf. Gn 8, 11. Se trata de la paloma que llevó a Noé la señal de que había terminado el diluvio.
113. Sal 68 (67), 14.
114. Cf. Ex 16, 33ss. Se refiere a la urna que contenía maná.
115. Cf. Ez 19, 10.
116. Cf. Ex 17, 6.

Dios y creador de todas las cosas, cuida de regir el timón de la Iglesia y condúcela hacia el puerto seguro que se halla preservado de las agitaciones de herejías y escándalos[117]. Reviste a los sacerdotes con el esplendor de la justicia y del gozo[118] de una fe probada, incontaminada y esclarecida. Conduce en paz y seguridad el gobierno de los emperadores ortodoxos, que, por encima de todo color de púrpura y oro y de las perlas y piedras preciosas, han conseguido tenerte a ti por diadema, manto, adorno y amparo de su reino. Haz que queden sometidos y se postren a los pies de estos soberanos los malvados pueblos bárbaros que blasfeman contra ti y contra Dios, que nació de ti. Socorre en tiempo de guerra al ejército que siempre se apoya en tu auxilio. Confirma a los súbditos en la obediencia ordenada por Dios y en la dócil observancia de la disciplina.

Concede la corona triunfal de la victoria y rodea con la fuerza de tu protección a esta ciudad tuya, que te considera como su torre[119] y fundamento. Conserva siempre el decoro del templo, que es morada de Dios[120]. Libra de todo peligro y de toda angustia del espíritu a quienes proclaman tus alabanzas. Otorga la redención a los cautivos. Muéstrate como alivio de los peregrinos que se encuentran sin techo y sin defensa. Extiende tu mano protectora en favor de todo el mundo, a fin de que podamos

117. Esta primera súplica de Germán a la Virgen en favor de la paz de la Iglesia y sobre todo de su preservación de toda clase de herejías y escándalos, es una clara muestra del celo y de las preocupaciones pastorales del santo. Esta plegaria a la Madre de Dios, aunque en algunos puntos esté lejos de la sensibilidad actual, representa un ferviente anhelo del bien del pueblo cristiano.

118. Cf. Sal 132 (131), 9.

119. Cf. Sal 61 (60), 4.

120. Cf. 1 R 8, 30 y Cro 6, 21.

celebrar con gozo y exultación tus festividades, como lo hacemos ahora esplendorosamente en Cristo Jesús, Rey del universo, nuestro verdadero Dios, al cual se tributen la gloria y el poder[121], junto con el Padre santo y principio de la vida y con el Espíritu coeterno, consustancial y correinante[122], ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

121. Cf. 1 P 5, 11 y Judas 25.

122. Literalmente dice: «que tiene el mismo trono». San Basilio *Del Espíritu Santo* VI, 15.

HOMILÍA II

DE NUESTRO PADRE SAN GERMÁN ARZOBISPO DE CONSTANTINOPLA, PANEGÍRICO EN HONOR DE LA SANTA MADRE DE DIOS DE CUANDO, A LA EDAD DE TRES AÑOS, FUE PRESENTADA EN EL TEMPLO POR SUS PADRES

He aquí otra solemne celebración y espléndida festividad de la Madre del Señor. He aquí que avanza la esposa sin mancilla[1]. He aquí el primer séquito de la reina, el signo seguro de su gloria futura, el preludio de la gracia divina que ha de cubrirla con su sombra[2], la señal luminosa de su pureza extraordinaria. Donde el sacerdote no entraba a menudo, sino una sola vez al año[3] para realizar un acto de culto lleno de misterio[4], allí es conducida María por sus padres para su continua permanencia en el santuario de la gracia. ¿Quién ha conocido jamás algo semejante? ¿Quién ha visto y oído, ahora o en el pasado, que una mujer fuera conducida al interior del Santo de los santos, casi inaccesible incluso para los varones[5], y

1. Cf. 2 P 3, 14.
2. Cf. Lc 1, 35.
3. Cf. Lv 16, 1.34.
4. Literalmente dice «culto místico», que en el lenguaje litúrgico de Germán indica la presencia real y misteriosa de Dios, que santifica. Véase la Homilía I.
5. Solamente podía entrar el sumo sacerdote en ocasión de una determinada festividad.

que allí tuviera ella su morada y allí fuera alimentada? ¿Acaso no era ésta una clara prueba de las obras insólitas y admirables que en relación a ella se habían de realizar?[6] ¿No es éste un signo manifiesto? ¿No es un testimonio evidente?[7].

Que aquellos que mueven sus lenguas en contra de ella y ven como si no vieran[8], nos digan si jamás han visto en alguna parte cosas semejantes. ¿Ha sucedido alguna vez que una niña, y por añadidura de tres años de edad, haya sido ofrecida por voto[9] como don incontaminado para habitar constantemente tras el tercer velo, presentándole sus súplicas los notables del pueblo[10], acompañándola las vírgenes, conduciéndola entre lámparas encendidas y recibiéndola los sacerdotes y profetas con las manos vueltas hacia arriba? ¿Cómo es que no quisieron entender? ¿Por qué, habiendo contemplado lo que acaeció primero, no prestaron fe a lo que ocurrió después?[11]. ¿Por qué, habiendo visto unas cosas extraordinarias y admirables, que se referían a ella, presentaron oposición a lo que sucedió posteriormente? En efecto, los primeros acontecimientos concernientes a ella no fueron casuales e independientes, sino que todo fue un anuncio anticipado de los hechos que más adelante ocu-

6. Alusión al «Magnificat». Lc 1, 49.

7. Germán presta entera fe a los relatos del *Protoevangelio de Santiago* que hablan de la permanencia de María en el templo durante su niñez, lo cual no tiene base en la tradición judía.

8. Cf. Mt 13, 13.

9. Se refiere al voto hecho por los padres de María, según la tradición.

10. Cf. Sal 45 (44), 13.

11. Es decir: no prestaron fe al mensaje divino que se manifestó después y en estrecha relación con los acontecimientos de la vida de María.

rrieron. Que quienes vanamente se tienen a sí mismos por sabios nos digan cómo es que, habiendo otras mujeres estériles que dieron a luz, no hay entre ellas ninguna cuya hija haya sido conducida al Santo de los santos y acogida por los profetas. Los que vieron tales y tan grandes cosas con razón hubieran podido decir lo mismo que después exclamaron los que presenciaron unas maravillas semejantes en la persona de su Hijo: *¿Qué será, pues, este niño?*[12]. Así es ciertamente.

Los que piensan equivocadamente van por el camino de la perdición[13] y caen en la fosa que ellos mismos excavaron; pero nosotros, el pueblo escogido de Dios[14], sacerdotes y gobernantes, seglares y monjes, esclavos y libres, artesanos y agricultores, hortelanos y pescadores, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, acerquémonos con buena voluntad a la Madre de Dios y contemplemos los misterios que, desde un principio, por disposición divina, se realizaron en ella[15]; veamos cómo esta sacratísima virgen es hoy presentada en el templo por sus padres, por ministerio de los sacerdotes; cómo el templo viviente del Señor[16] es ofrecido en el templo inanimado; cómo el profeta la recibe en sus manos y la introduce en el santuario

12. Palabras que fueron pronunciadas acerca de Juan Bautista. Lc 1, 66.

13. Cf. Mt 7, 13.

14. Cf. Dt 7, 6; Am 3, 2; 1 P 2, 10.

15. La presente homilía, en comparación con la anterior, está en un nivel de mayor simplicidad y adaptación a la gente humilde del pueblo. Por eso Germán hace alusión a la diversidad de oyentes y se detiene en relatar los pormenores de la Presentación de María.

16. El autor contrapone el templo de Jerusalén a María, templo del Señor, porque lo ha llevado en su seno; pero también ha de tenerse presente que, según el pensamiento cristiano, toda persona puede ser considerada como un templo de Dios por llevar en sí la imagen divina, mediante la gracia.

sin disgusto alguno y no dice a los padres: Yo no quiero prestarme a tal novedad e instalar a una niña en el Santo de los santos, para habitar y permanecer en este lugar donde a mí sólo me es lícito entrar una vez al año.

Nada de esto manifestó el profeta[17] sino que, previendo el futuro gracias al don profético que poseía, acogió sin reservas a la niña para que se quedara allí, del mismo modo que más adelante Simeón recibió con gozo al Hijo de ella[18].

Después de abrazar a la niña, tomándola de la mano, habló a su madre, quizá con estas palabras[19]: ¿Cuál es tu linaje, oh mujer? ¿Cuáles son tus sentimientos y cuál es la meta que, con tu acción, te propones alcanzar? No teniendo ningún precedente o modelo que imitar, ¿cómo has tomado por ti misma esta nueva e inaudita resolución de presentar una niña para que habite en el santuario? Dime cuál es esa motivación y cuál es tu nombre.

Ana, cuyo nombre significa «gracia»[20], respondió al profeta, diciendo: Yo he nacido de linaje sacerdotal y de la descendencia de Aarón[21]; soy de estirpe regia y profética, pues David, Salomón y sus sucesores son antepasados míos[22]; también soy parienta de tu mujer Isabel. Después de unirme a mi esposo según la ley del Señor,

17. Zacarías es el sacerdote que acoge a María, según la Homilía I, 7.

18. Cf. Lc 2, 22s.

19. Esta expresión da a conocer que también en esta Homilía Germán añade algo de su propia cosecha a los datos de la fuente de que se sirve.

20. Este significado etimológico del nombre de Ana es aceptado en la actualidad.

21. Cf. Ex 28, 1ss.

22. Se insiste en una doble ascendencia de Ana, con lo cual María queda enlazada con los dos linajes más importantes de la tradición hebrea: el sacerdotal de Aarón y el regio de David.

descubrí que yo era estéril y no tuve hijos durante el tiempo apto para la maternidad. No hallando remedio alguno para mi desdicha, acudí a Dios, el único poderoso y que pone remedio a cuantos se hallan en las más difíciles situaciones; imploré su ayuda ferviente con lágrimas y gemidos[23], diciendo: Oh Señor, Señor, que atiendes sin demora a quienes tienen su alma angustiada, ¿por qué has querido que yo poseyera una naturaleza diversa de la de mis mayores? ¿Por qué me has puesto como objeto de los comentarios de mis parientes y como motivo para que bajen la cabeza[24] mis vecinos? ¿Por qué me has hecho partícipe de las maldiciones de los profetas a causa de mi vientre estéril y de mis pechos resecos?[25] ¿Por qué permitiste que fueran rechazadas mis ofrendas a causa de mi esterilidad? ¿Por qué consentiste que yo viniera a ser la burla de mis amigos, la risa de mis subordinados[26] y el oprobio de mis vecinos? Mírame, Señor, y escúchame; ten piedad de mí, tú que eres el Santo. Hazme semejante a las aves del cielo, a las bestias de la tierra, a los peces del mar, pues todos son fecundos en tu presencia, Señor. Que no aparezca como inferior a los animales[27], oh Altísimo, la que ha sido creada a tu imagen y semejanza[28].

23. También, Ana, la madre de Samuel, acude al Señor llena de dolor a fin de que la libre de la esterilidad (cf. 1 S 1, 10). Este vocabulario del libro de Samuel es el que Germán aplica a la madre de María.

24. Se trata de un signo de compasión, pero también de duda y de sospecha, pues, según la mentalidad hebrea, la esterilidad de los esposos podía ser consecuencia de alguna culpa de ellos y un castigo de Dios.

25. Se refiere a la maldición lanzada por el profeta Oseas contra el pueblo hebreo por su infidelidad a Dios (cf. Os 9, 14).

26. Cf. Sal 79 (78), 4.

27. Ser como los animales irracionales es una expresión bíblica que tiene el sentido de vivir según los instintos y sin control moral. Cf. Sal 49 (48), 13-15 y 2 P 2, 12.

28. Cf. Gn 1, 26.

Después de decir esto y otras cosas semejantes añadí: Oh Señor, si me concedes un hijo, te lo consagraré como don de agradecimiento, a fin de que esté permanentemente en tu santuario, como ofrenda sagrada y don preciosísimo, recibido de ti, generosísimo dispensador de dones perfectos.

Estas cosas las dije estando al aire libre, en mi jardín, levantando los ojos al cielo y dándome golpes de pecho, al tiempo que clamaba a Dios, que habita en los cielos. Mi esposo, por su parte, que estaba solo en el monte practicando un ayuno de cuarenta días[29], pedía con insistencia a Dios las mismas cosas. Entonces el Señor, que ama a las almas y está siempre dispuesto a compadecerse, atendiendo las plegarias de ambos, envió su ángel para anunciarnos la concepción de esta hija mía[30]. Al punto mi naturaleza, obedeciendo la orden de Dios, acogió el feto, a pesar de que antes de la gracia divina nunca había osado recibirlo. Al llegar éste, el vientre que estaba cerrado abrió sus puertas y, habiendo aceptado lo que provenía de Dios, lo custodió hasta que, por voluntad del Señor, llegó el tiempo del alumbramiento.

Después de haber amamantado a la niña[31], *cumplo ante Dios los votos que pronunciaron mis labios y que salieron de mi boca cuando me hallaba en la aflicción*[32].

29. El retiro y ayuno de cuarenta días proviene de la tradición del A. T. y está también en relación con Jesús. Cf. Mt 4, 1ss. y lugares paralelos.

30. Las semejanzas de los nacimientos de Juan y de Jesús, y también del de María, ponen de relieve la importancia que ya la fuente usada por Germán concede a la Virgen en el desarrollo de la historia de la salvación.

31. La Homilía anterior puntualiza que la Presentación tiene lugar a los tres años de edad de la niña.

32. Sal 66 (65), 13s.

Por eso reuní este grupo de vírgenes portadoras de lámparas, convoqué a los sacerdotes, congregué a mis parientes, diciendo a todos: Congratulaos conmigo, porque hoy aparezco como madre y como oferente[33], no para presentar a mi hija a un rey de la tierra, lo cual no sería conveniente, sino al Rey celestial, como don suyo que es. Por eso, oh profeta, recibe ya a la hija que me fue dada por Dios, introdúcela y trasplántala en el lugar de la santificación[34], en la morada dispuesta por Dios[35] sin injerirte, en modo alguno, en el desarrollo de su existencia hasta que Dios, que la ha llamado, disponga el cumplimiento de lo que a ella concierne.

Al escuchar estas palabras, Zacarías respondió a Ana diciendo: «Bendita tu estirpe, oh mujer digna de suma veneración; glorificado sea tu seno, oh mujer amada de tu esposo; gloriosísima es tu Presentación, oh amada de Dios». Tomando después gozosamente a la niña, con gran devoción la condujo al Santo de los santos, diciéndole, quizá, estas palabras: «Ven, oh plenitud de mi profecía[36] y cumplimiento de las disposiciones del Señor; ven, o sello de su alianza y realización de sus designios; ven, oh manifestación de sus misterios y meta anhelada de todos los profetas; ven, tú que pones de acuerdo a los que tristemente se hallan divididos[37] y juntas a los que desde tiempo atrás están separados; ven, oh don singularísimo y divino, oh Señora

33. La ofrenda de su hija al templo y por lo tanto a Dios.

34. Cf. Esd 9, 8.

35. Cf. Sal 33 (32), 14.

36. Con evidente anacronismo se atribuyen a Zacarías, el padre de Juan Bautista, las profecías mesiánicas del profeta del mismo nombre que pertenece al siglo VI a. de C. y en cuyo libro se incorporaron otros materiales del siglo IV a. de Cristo.

37. Se alude a la acción benéfica de María en favor de los hombres.

de todos, y entra en la gloria de tu Señor[38], la que ahora está aquí abajo y puede ser hollada, hasta que pronto llegues a la que está arriba y es inaccesible para los hombres».

Así debió hablar, sin duda, el sacerdote a la niña, y después la condujo al lugar conveniente y designado de antemano. Ella, exultante de gozo, se movía por dentro del templo de Dios como si fuera su propia cámara, siendo niña de tres años por lo que toca a la edad, pero estando muy por encima de la niñez por lo que a la gracia divina[39] se refiere, puesto que había sido previamente conocida, predestinada[40] y elegida por Dios, que todo lo dirige.

Permaneció ella en el lugar más recóndito del Santo de los santos, recibiendo por medio de un ángel una comida de la celestial ambrosía y una bebida de néctar divino hasta su segundo cambio de edad[41]. Entonces, por disposición de Dios y por voluntad de los sacerdotes, se echaron suertes en relación a ella[42]. José, el justo, se vio favorecido y, por designio de la Providencia, recibió a esta virgen de mano de los sacerdotes, en el templo, para confundir a la antigua serpiente, autora del mal, a fin de que no atacara a la inocente muchacha por ser

38. Es decir: la parte más santa e interna del templo, en donde se manifestaba la gloria de Dios.

39. Cf. Lc 2, 40.52.

40. Cf. Rm 8, 29.

41. Es decir: los cambios de la pubertad, que en el ambiente de entonces se situaban alrededor de los doce años, y que aconsejaban que, de acuerdo con las prescripciones legales, la joven ya no permaneciera en el templo (cf. Lv 15, 19-33).

42. Según el *Protoevangelio*, se echaron suertes para ver quién había de tomar por esposa a María, si bien sólo para custodiarla y debiendo permanecer virgen.

virgen, sino que la dejara de lado, como ya desposada. Por eso la Virgen purísima habitó en la casa de José el artesano[43], custodiada por Dios, el artífice primero y universal, hasta que se realizara en ella el misterio divino, mantenido en secreto desde antes de todos los siglos[44], y en ella Dios se hiciera semejante a los hombres. Pero este asunto reclama un desarrollo especial que reservamos para otra ocasión oportuna[45]; por lo cual, volvamos al objeto que nos habíamos propuesto y celebremos festivamente, en el día de hoy, la solemnidad de la Presentación.

Entra, pues, Señora y Madre de Dios; entra en tu heredad y avanza exultante y gozosa por los atrios del Señor. Tú, lozana y bien criada, manténte de día en día a la espera de la venida del Espíritu Santísimo sobre ti, de la virtud del Altísimo[46], que te cubrirá con su sombra, y de la concepción de tu Hijo, conforme te lo ha manifestado Gabriel. Presta tu auxilio a quienes celebran tu fiesta; dales tu protección, defensa y patrocinio; por tu constante intercesión, líbralos de toda necesidad y peligro, de todas las desdichas y graves dolencias y de las justas amenazas de tu Hijo, que podrían sobrevenirles. Tú, como Madre del Señor, colócalos en el lugar de delicias en donde se encuentra la luz y la paz, y concédeles la realización de todos sus anhelos. *Enmudezcan los la-*

43. La tradición antiquísima señala el oficio de carpintero como el propio José (*tékton*: cf. Mt 13, 55). En la traducción adoptamos el término «artesano» con el fin de acomodarnos al paralelismo que establece Germán, que designa a Dios como *architekton*, o primer artífice.

44. Cf. Rm 16, 25.

45. De aquí se desprende que las homilías de la Presentación son anteriores a la de la Anunciación del mismo Germán.

46. Cf. Lc 1, 26ss.

bios mentirosos que profieren iniquidades, con soberbia y desprecio, contra ti que eres justa[47]. Que la imagen de estos malvados sea despreciada en tu ciudad[48], que ellos queden avergonzados y confundidos, que vengan a parar en la ruina y conozcan que tu nombre es el de Señora[49]. En efecto, tú sola eres la Madre de Dios, excelsa sobre toda la tierra. Nosotros, oh Esposa divina, con fe te bendecimos, con gran celo te honramos y con sumo respeto te veneramos, ensalzándote siempre y proclamándote bienaventurada[50]. Venturoso entre los hombres es, ciertamente, tu padre y dichosa tu madre entre las mujeres[51]; dichosa tu casa, dichosos tus conocidos, dichosos quienes te sirvieron, dichosos los lugares por donde anduviste, dichoso el templo en el que fuiste presentada, dichoso Zacarías que te tomó en brazos, dichoso José que se desposó contigo, dichoso tu féretro, dichoso tu sepulcro. Tú eres la honra suprema, la recompensa más excelsa, la altura más encumbrada.

Oh Señora mía, solamente tú eres el encanto de mi alma, que dimana de Dios, el rocío que me refresca en el ardor[52], la gota de agua que el Señor hace correr sobre mi corazón árido y reseco[53], la lámpara luminosa que disipa las tinieblas de mi alma, la guía de mi peregrinación, la fuerza de mi debilidad, el recubrimiento de mi desnu-

47. Cf. Sal 31 (30), 19.
48. Cf. Sal 73 (72), 20.
49. Sal 83 (82), 18s.
50. Cf. Lc 1, 49.
51. Influjo de Lc 11, 27s.
52. Cf., por ejemplo, Gn 27, 28; Si 18, 16. Esta plegaria de carácter personal distingue esta homilía respecto de la anterior, pero adviértase que Germán suplica en primer lugar por las necesidades del pueblo que le ha sido confiado.
53. Cf. Sb 11, 22.

dez, el enriquecimiento de mi pobreza, el remedio de mis heridas incurables, la extinción de mis lágrimas, el fin de mis gemidos, la transformación de mis desdichas, el alivio de mis dolores, la liberación de mis cadenas, la esperanza de mi salvación[54]. Escucha, pues, mis súplicas, compadécete de mis quejidos, atiende a mis lamentos.

Presta atención a mis lágrimas y ten piedad de mí; muéstrame tu gran compasión, puesto que eres la Madre de Dios, que es benigno y misericordioso con los hombres. Dirige tu mirada hacia mis súplicas, dando cumplimiento a los ardientes deseos de mi alma, y reúneme con mi consanguínea y consierva[55] en la tierra de los pacíficos[56], en las tiendas de los justos[57], en el país de los santos, Tú que para todos eres defensa, contento del alma y radiante gozo, concédeme que pueda participar, junto con ella, de la felicidad verdaderamente indescriptible que el Dios y Rey que de ti ha nacido nos ofrece en la sala del banquete de las bodas eternas[58] con unas delicias que no se acaban ni causan tedio, dentro de su reino que no tiene límite ni conoce el ocaso. Tú, en verdad, para mí eres Señora, refugio, vida, amparo[59], armadura, honra, esperanza y fortaleza. Concédeme gozar, junto con mi allegada, de los dones incomprensibles e inefables de tu Hijo en la mansión del cielo. Yo sé, en efecto, que tu poder y tu voluntad van a la par, como madre que eres

54. Cf. 1 Ts 5, 8.

55. No sabemos quién era esta mujer, parienta de Germán, a quien él se refiere. Ciertamente debió estar consagrada al servicio de Dios y sin duda era muy apreciada por el santo.

56. Cf. Sal 118 (117), 15.

57. Cf. Sal 116 (115), 9.

58. Acerca del gozo y de las bodas cf., por ejemplo, Mt 25, 21 y 9, 15.

59. Cf. Si 51, 10.

del Altísimo y, por ello, no me faltan ni la audacia ni la confianza. Así pues, oh purísima Señora, que yo no quede defraudado en mi esperanza[60], sino que obtenga lo que estoy aguardando, oh divina Esposa, que, de un modo inescrutable, diste a luz al que es la esperanza de todos, nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y Señor, al cual corresponde toda gloria, honor y adoración junto con el Padre eterno y el Espíritu vivificante, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

60. Cf. Sal 119 (118), 116; Ga 6, 4.

HOMILÍA III

DEL MISMO SAN GERMÁN DE CONSTANTINOPLA, EN LA FIESTA DE LA ANUNCIACIÓN DE LA SANTÍSIMA MADRE DE DIOS

Para esta majestuosa y regia celebración[1] y a la vez espléndida y gloriosísima memoria, concurren pueblos, tribus y lenguas, se reúnen personas de toda categoría y dignidad y acuden gentes de todas partes[2] con ánimo festivo. Alegrémonos, pues, y festejemos espiritualmente con piadosos cánticos a la reina de la estirpe de David. Aprestémonos para esta gran festividad de la primavera, para esta solemnidad de las solemnidades de nuestra esperanza, *en el día favorable de nuestra fiesta*[3]. Efectivamente, en este día las virtudes espirituales de los cielos[4] se inclinan desde lo alto y participan en esta celebración con nosotros los habitantes de la tierra.

Hoy[5] se cumple la profecía de David, que dice: *Alé-*

1. El término griego usado es el de *sinaxis*, que equivale a reunión y prevaleció en las Iglesias de lengua griega para designar la celebración eucarística, reunión específica y fundamental para la comunidad cristiana.

2. Este pueblo que se reúne desde todos los lugares es el «pueblo escogido». Cf. 1 P 2, 9.

3. Sal 81 (80), 3.

4. Espirituales, *noerói* en griego, indica la pertenencia a un orden superior a lo material y terreno.

5. Aquí se inicia un fragmento del discurso que no aparece en la edición de Migne, sino en la de Fecioru, y se prolonga hasta el párra-

grense los cielos y exulte la tierra[6], puesto que cielo y tierra, en verdad, han quedado repletos de gozo. Hoy la multitud de los santos, amantes de la fiesta, se cubre de blancas vestiduras. Hoy el verano hace su aparición con gran magnificencia, dejando atrás el gélido invierno, y el sol, brillando como el oro, se levanta, mostrándosenos más agradable y hermoso que de costumbre. Hoy se abre el Edén plantado por Dios y, por el bondadoso amor divino hacia los hombres, Adán, el que fue formado por el Señor, se afinca de nuevo, como ciudadano, en este paraíso[7]. Hoy se disipa la heredada condena del dolor; hoy acaba el odioso desprecio[8] de la madre común y su penoso castigo. Hoy los gremios celestiales se aproximan a los terrenales y, mediante la cuadrangular asamblea[9] que ahora formamos, todo el universo aparece espléndidamente iluminado. Hoy la Iglesia Inmaculada de Cristo ha sido enaltecida y se muestra resplandeciente, como si estuviera adornada con franjas de oro[10], debido a la belleza del gozo que hoy festejamos.

Hoy la Jerusalén de la tierra, muy admirable y santamente ilustre, se llena de gran alegría, junto con la Jerusalén celestial; adoptando el lenguaje de los profetas[11],

fo que empieza por las palabras: «Salve, llena de gracia, en quien se gloría de hallar su amparo y defensa la ciudad viviente...», lo cual ya de nuevo se halla en la *Patrología griega* (PG) de Migne, poco antes de iniciarse el diálogo entre el ángel y María.

6. Sal 96 (95), 12.

7. Cf. Gn 2, 8.

8. «desprecio» se refiere a la no observancia de la ley divina. Cf. Sal 119 (118), 22.

9. El calificativo «cuadrangular» viene a indicar el carácter universal de la asamblea cristiana, pues el universo, según la tradición, es concebido como teniendo cuatro ángulos.

10. Cf. Sal 45 (44), 15.

11. Cf., por ejemplo, Sal 48 (47), 12 y 97 (96), 12.

diremos que se alegra la nueva Sión. Hoy Belén, la ciudad de David y de la niña de ilustre prosapia[12], aparece como cielo extendido sobre la tierra y se atavía cual bellísimo esposo. Hoy las ciudades insignes, el campo y todo el género humano, con canto y a plena voz, celebran esta fiesta de todo el cosmos. Hoy todos los reyes y pueblos de la tierra, con regia magnificencia, honran la festividad de la Reina purísima y Madre de Dios. Hoy, hijas de reyes y de reinas que forman corona en torno al trono real se enfervorizan mutuamente y no interrumpen su veneración desde la salida del sol hasta su ocaso. Hoy, niñas y jóvenes, madres y vírgenes, nobles y personas de dignidad proclaman bienaventurada a la Virgen Madre, que nos proporciona el sustento para nuestra vida. Hoy todos alaban al Santo de los santos y celebran fiesta conjuntamente el cielo, la tierra y todas las creaturas, sin distinción. Hoy es colocado en medio de nosotros el libro inspirado de los profetas[13], y cada uno de éstos proclama con sus vaticinios la gracia de la presente festividad. Hoy el patriarca Jacob exulta de gozo y, con espíritu profético, nos presenta aquella mística y bienaventurada escalera que se apoya sobre la tierra y llega hasta el cielo[14]. Hoy el vetusto Moisés, profeta y guía del pueblo de Israel, nos habla claramente de aquella zarza situada sobre el monte Horeb[15]. Hoy el antiguo Zacarías, célebre como profeta, alza su voz diciendo: *He aquí que yo he visto un candelabro todo de oro con una lám-*

12. Cf. 1 S 16, 1; Is 11, 1.
13. Cf. Hch 7, 42.
14. Cf. Gn 28, 12.
15. Cf. Ex 3, 1s. La zarza ardiente se tomó como símbolo de María, porque en dicha planta se manifestó la presencia de Dios, como también lo hizo en la Virgen. El que la zarza no se consumiera fue interpretado como símbolo de la virginidad perpetua de María.

para encima[16]. Hoy el gran heraldo Isaías, maravilloso entre todos los profetas, a grandes voces profetiza, diciendo: *Saldrá un retoño de la raíz de Jesé y de él brotará una flor*[17]. Hoy el admirable Ezequiel exclama: *He aquí que la puerta estará cerrada y nadie entrará por ella más que el Señor Dios, y la puerta permanecerá cerrada*[18]. Hoy el admirable Daniel proclama cosas futuras como si ya fueran presentes: *La piedra se desprendió del monte sin intervención de mano alguna*[19], es decir: sin la acción de ningún hombre. Hoy David, acompañando a la Esposa y entonando cánticos que se refieren a la Virgen bajo la figura de una ciudad, levanta la voz diciendo: *Cosas gloriosas se han dicho de ti, oh ciudad del gran Rey*[20]. Hoy Gabriel, caudillo de la milicia celestial, después de recorrer el arco del cielo, saluda a la Virgen y Madre de Dios diciéndole: *Salve, oh llena de gracia, el Señor es contigo*[21].

Hoy los ángeles todos y nosotros con ellos repitamos las palabras del mensajero celestial y, junto con él, ensalcemos a la que nos ha procurado el gozo y digámosle: Alégrate sobremanera, tú que eres hija del rey David y verdadera madre del Rey Celestial, y afianza los cetros de los reyes cristianos. Alégrate sobremanera, oh hija de Joaquín y Ana, quienes irreprensiblemente te han engendrado en el tiempo conveniente de su convivencia y en razón de sus plegarias. Alégrate sobremanera, hija de David y Madre de Dios, verdaderamente alabanza di-

16. Za 4, 2.
17. Is 11, 1.
18. Ez 44, 2. La puerta de la que habla Ezequiel es símbolo de María, porque a través de ella pasa el Señor.
19. Dn 2, 45.
20. Sal 87 (86), 3.
21. Lc 1, 28.

vina; *Bendito es el fruto de tu vientre*[22]. Salve, llena de gracia, que brotaste de la estirpe de David[23] sobrepasando las esperanzas y naciste de Ana como un don de Dios. Salve, llena de gracia, que, después de criada en tus primeros años y después de crecer y haber sido reconocida tu dignidad y nobleza, recibiste el alimento de la mano de un ángel[24] y has obtenido para todo el mundo un gozo innegable y en verdad indescriptible[25]. Salve, llena de gracia, rúbea púrpura real de la que se ha revestido, al encarnarse, el Rey de cielos y tierra. Salve, llena de gracia, tierra fecunda en aromas, arca portadora de vida y nuevo vaso oloroso del Espíritu[26], que has llenado el mundo entero de suave perfume. Salve, llena de gracia, verdadero incensario de oro[27] e incontaminado tesoro de pureza, sacratísimo y sin mancha alguna. Salve, llena de gracia, colmada de hermosura y de pureza, soberana y maravillosa morada del Verbo[28]. Salve, llena de gracia, que has hecho que surgiera en carne humana el sol espléndido que, con su bondad, llena toda la creación[29]. Salve, llena de gracia, nube resplandeciente del Espíritu vivificante, que traes la lluvia de la miseri-

22. Lc 1, 42.

23. El texto de Germán y la fuente por él usada establecen la descendencia davídica de María. Sin embargo las genealogías que aparecen en Lc 3, 23-38 y Mt 1, 1-17 hacen referencia a José. Cf. la nota n. 40 de la Homilía I y la n. 22 de la Homilía II.

24. Acerca de este servicio prestado por un ángel a María, véase la nota n. 83 de la Homilía I.

25. Cf. 1 P 1, 8.

26. Recuérdese la invocación a María *vaso espiritual* de la letanía lauretana de la liturgia latina.

27. Cf. Hb 9, 4.

28. Germán se esfuerza por hallar expresiones que manifiesten la incomparable excelencia de María.

29. Cf. Heb 9, 3 y 22, 6.

cordia que empapa todo lo creado[30]. Salve, llena de gracia, esperanza de los nacidos en la tierra, que has transformado el dolor en gozo, has unido los seres terrestres con los celestiales y has destruido el muro de la enemistad que los separaba[31]. Salve, llena de gracia, puerta de nuestra vida[32], sellada y fecundada por Dios, a través de la cual ha pasado el Verbo, coeterno con Dios Padre. Salve, llena de gracia, incontaminada planta de castidad, árbol umbroso[33] de la misericordia y lirio[34] de la verdadera castidad, teñido de oro y púrpura. Salve, llena de gracia, becerra que no conoces el yugo, que has alimentado el garboso ternero y que has llevado en tu seno la esplendorosa grandeza de los cielos. Salve, llena de gracia, cordera que, con tus manos inmaculadas, has dispuesto para la sepultura el augusto cordero[35] de lana purpúrea, el cual voluntariamente se ofrece en sacrificio por todos. Salve, llena de gracia, doncella irreprensible y desconocedora de la unión carnal, que has puesto de manifiesto ante tus padres una concepción insólita y un parto inexplicable. Salve, llena de gracia, arca de santidad y ramita de justicia[36] que ha sido plantada por Dios y florece con una flor incorruptible. Salve, llena de gracia, candelabro de oro, que sostiene lámparas encendidas, y mesa[37] en que se halla recubierto el pan que da la vida[38].

30. Cf. Jb 36, 27-31.
31. Cf. Ef 2, 15.
32. Cf. Gn 28, 17.
33. Cf. Gn 18, 4.
34. Cf. Ct 2, 1s.
35. Cf. Is 53, 7.
36. Cf. Sal 45 (44), 6.
37. Cf. Ex 40, 22 (candelabro y tienda); Nm 3, 31 (candelabro y mesa).
38. Se refiere a Cristo.

Salve, llena de gracia, trono querúbico e incomparable de la gloria del Rey y palacio verdaderamente regio de la encarnación del Verbo.

Salve, llena de gracia, en quien se gloría de hallar su amparo y defensa la ciudad viviente que es honrada y conducida por el Señor. Salve, llena de gracia, urna fabricada de oro que contiene el maná[39] y tabernáculo de auténtica púrpura que, con variedad de áureos adornos, ha sido embellecido por el nuevo Besalel[40]. Salve, llena de gracia, nube purpúrea y resplandeciente, portadora de Dios[41] y fuente inexhausta que a todos abastece[42]. Salve, llena de gracia, trono excelso y encumbrado del Creador y Redentor de todos, que con sus manos rige y sostiene cuanto existe en el cielo y en la tierra. Salve, llena de gracia, templo vivo de la magnífica gloria[43] de Aquel que por nosotros se ha hecho hombre y se ha encarnado para nuestra salvación. Salve, llena de gracia, portadora de la vida, que alimentas al que es el sustento y nutres con tu leche al que antiguamente hizo brotar miel de la piedra[44]. Salve, llena de gracia, monte de Dios, monte fecundo, monte umbroso[45], monte no cortado, monte de Dios manifestado ante todos[46]. Salve, llena de gracia, gozo del alma, veneración universal de todo el cosmos, verdaderamente buena mediadora de todos los pecadores. Salve, llena de gracia, puerta de los

39. Cf. Hb 9, 4.
40. Cf. Ex 31, 2ss.
41. Cf. Ex 19, 9.
42. Cf. Ex 17, 6s.
43. Cf. Sal 29 (28), 9.
44. Cf. Dt 32, 13; Sal 81 (80), 17.
45. Cf. Sal 68 (67), 15; Ha 3, 3.
46. En contraposición al monte envuelto en nubes en el que se dio a Moisés la Ley antigua.

afligidos y firme protección de quienes, con sincero corazón, te proclaman Madre de Dios. Salve, llena de gracia, que, para la salvación de todo el género humano, llevaste en tu seno al Señor, el cual es sumamente bondadoso con los hombres. Salve, llena de gracia, refugio admirable y compasivo[47] para todos los cristianos y que eres contemplada como la hermosura más grande y excelsa.

De esta forma nos hemos expresado, a pesar de nuestra insignificancia, amaestrados por la Escritura divinamente inspirada, dirigiendo con labios indignos nuestra palabra a la celestial Esposa, Reina y Madre de Dios. Desde ahora, carísimos, prestaremos atención a la divina Anunciación del arcángel Gabriel y escucharemos la feliz nueva que, al presentarse ante la Inmaculada, le da a conocer[48].

El ángel: Escucha, oh gloriosa, las misteriosas palabras del Altísimo: *He aquí que concebirás en tu seno y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús*[49]. Prepárate ya para la venida de Cristo. Yo, en efecto, te traigo la buena nueva de cosas escondidas desde la creación del mundo[50].

La Madre de Dios: Márchate de mi pueblo y de mi país, oh hombre; vete y abandona enseguida mi habita-

47. Cf. Ex 17, 15; Sal 18 (17), 2.

48. Empiezan aquí unos diálogos que ocupan casi todo el resto de la Homilía, primero entre María y el ángel y después entre María y José. Probablemente esta parte era recitada por diversas personas, correspondiendo a Germán reanudar su intervención en la parte conclusiva.

49. Lc 1, 31.

50. Cf. Jn 17, 24; Ef 1, 4.

ción; aléjate del zaguán de mi casa, tú que me estás hablando, y no me traigas un mensaje opuesto a mi humildad[51].

El ángel: El que es clemente y compasivo, queriendo dar cumplimiento a sus antiguos designios y compadecerse del hombre extraviado, por su gran bondad se ha dignado hacerse hombre. ¿Por qué, pues, no aceptas mi saludo, oh llena de gracia?

La Madre de Dios: Observo, oh joven, tu belleza digna de ser representada en pintura y contemplo el resplandor que te envuelve; oigo de tu boca unas palabras jamás por mí escuchadas; me invade, en fin, la sospecha de que hayas venido para engañarme.

El ángel: Debes saber con toda certeza y estar bien persuadida de que ha sido mucho mayor mi aturdimiento al ver tu belleza, cuyo artífice es el mismo Dios[52], y al mirarte me parece estar contemplando la gloria de mi Señor.

La Madre de Dios: He escuchado un lenguaje desconocido y he visto una faz que jamás había contemplado. ¿Cómo no voy a estar asustada y temblorosa yo, que

51. Cf. Lc 1, 41. En gran parte, este primer diálogo se centra sobre el contraste entre la grandiosidad de los acontecimientos anunciados y su imposibilidad según las leyes de la naturaleza. El anuncio del ángel choca con la desconfianza de María, que teme ser objeto de un engaño. Frecuentemente cada uno de los interlocutores adopta las palabras del otro, bajo un punto de vista opuesto.

52. Las palabras de María sobre la belleza del ángel, que merece ser objeto de una artística pintura, conducen a una afirmación aún más radical acerca de la belleza de María.

tengo un esposo justo y nunca acostumbro hablar con un extraño?

El ángel: Acepta el gozo de un mensaje digno de ser escuchado y una alabanza que te corresponde plenamente. En efecto, *el que de ti nacerá será llamado Hijo del Altísimo*[53] y tú, que estás santificada, darás a luz al que ha de ser exaltado por su inmensa bondad.

La Madre de Dios: Me causan temor y temblor estas palabras tuyas y sospecho que has venido para engañarme, como a otra Eva; pero yo no soy como ella[54]. ¿Por qué tú saludas a una joven a quien nunca habías visto?

El ángel: Yo te traigo buenas nuevas de gozo. Te anuncio una maternidad que supera toda humana compresión; te anuncio el advenimiento inefable del Rey excelso. Sin duda la púrpura que tienes en las manos significa la regia dignidad[55].

La Madre de Dios: Puesto que no cesas de declararme tales cosas, te diré que yo no doy fe a este anuncio, pues pienso que habrás venido a ultrajar mi dignidad virginal y a agraviar a mi esposo.

53. Lc. 1, 35.

54. Según este diálogo, María teme que el que se le ha aparecido sea el diablo, el cual esté dispuesto a engañarla, como engañó a la primera mujer Eva.

55. Las fuentes de que se sirve Germán cuentan que, al visitar el ángel a María, ésta se hallaba trabajando con púrpura para tejer la cortina del templo, que le había sido encargada. Después veremos que un primer encuentro con el ángel tiene lugar cuando María va a buscar agua fuera de la casa.

El ángel: El profeta Zacarías, el amado esposo de tu parienta Isabel, te librará de tu desconfianza[56]. Encamínate, pues, hacia su casa, a fin de que ella te dé a conocer lo que le ha ocurrido[57].

La Madre de Dios: Mis padres Joaquín y Ana forman un matrimonio honestísimo e irreprochable y yo, siendo su hija, ¿voy a ser objeto de infamia? ¿Quién, habiéndome visto, podrá convencerse de que María no ha obrado indebidamente?

El ángel: Cuando, a su tiempo, se cumplan mis palabras, entonces comprenderás la fuerza del incomprensible misterio. Entonces verás que se ha cumplido lo que yo te he dicho.

La Madre de Dios: Yo, que provengo de la casa y descendencia de David, ¿dé que manera prestaré servicio a tan altos e impresionantes misterios? ¿Cómo podré albergar a Jesús, el Santo, el que se sienta sobre querubines?[58].

El ángel: Serás llamada trono de Dios y regia sede del Rey de los cielos, tú que eres Reina y Señora, que eres también hija de un rey terreno y posees las características propias de una prosapia real.

56. La preñez de Isabel en edad avanzada será una prueba de que Dios puede actuar superando las leyes de la naturaleza. Por lo que se refiere a la desconfianza o «incredulidad», cf. Rm 4, 21, al tratar de la concepción de Isaac por parte de Sara.

57. Aquí se atribuye una finalidad determinada y especial a la Visitación de María a Isabel, narrada en Lc 1, 39ss.

58. María empieza a manifestar otra duda: la imposibilidad de que una creatura humana albergue dentro de sí la divinidad.

La Madre de Dios: Tú que me estás hablando, explícame de qué modo seré yo trono del Altísimo y de qué manera mi carne de barro tocará aquella luz intangible que supera al mismo sol. Lo que tú me anuncias, oh joven, son cosas inconcebibles.

El ángel: ¿Con qué fin, o por qué motivo te muestras tan desconfiada ante mi anuncio, oh gloriosa? ¿Hasta cuándo no te mostrarás dócil con un ángel que te ha sido enviado desde el cielo? Yo no soy el que engañó a Eva.

La Madre de Dios: He visto tu figura deslumbrante y he oído tus palabras rebosantes de maravillas y, precisamente por esto, no puedo aceptar este anuncio.

El ángel: Aunque mi aspecto te impresione, yo sé que las palabras de mi boca serán para ti portadoras de alegría y que desde ahora te llamarán bienaventurada en cielo y tierra[59].

La Madre de Dios: ¿Cómo podré saber que se ha de cumplir lo que tú dices, puesto que soy virgen intacta y sin mancha alguna de voluptuosidad? Yo soy la esclava del Señor que me ha creado.

El ángel: Te diré claramente que, al mismo tiempo, Isabel, tu parienta, dará a luz un hijo en la vejez y muchos se alegrarán y admirarán en su nacimiento; su nombre, en efecto, será el de Juan[60].

59. Cf. Lc 1, 48.

60. Cf. Lc 1, 13 y Lc 1, 59-66. Actualmente se proponen dos posibles significados del nombre de Juan: *Yahveh ha sido misericordioso* o *Yahveh es favorable*. Ambas interpretaciones indican una especial gracia de Dios.

La Madre de Dios: Recibe mis dones, tú que me hablas, y aléjate, pues en verdad no sé si eres un ángel o un hombre. Por tu dignidad y nobleza me pareces ángel y por tu figura un hombre.

El ángel: ¿Acaso no me viste en el Santo de los santos, oh bienaventurada? Ciertamente que me contemplaste cuando de mi mano ígnea recibiste el alimento. Yo soy Gabriel, que asisto siempre en la presencia de la gloria de Dios[61].

La Madre de Dios: Yo tengo un esposo casto, santo y justo, experimentado en el oficio de carpintero, y temo que me encuentre conversando contigo y más estando solos.

El ángel: Antes comencé a hablar. Estoy colmado de palabras eternas y ahora, continuando, te diré: Nacerá de ti el Señor, el Rey de reyes, y *reinará sobre la casa de Jacob y su reino no tendrá fin*[62].

La Madre de Dios: Ahora mi alma se ha conturbado y no sé qué pensar acerca de esta impresionante visión. Juzgo, en efecto, que tus palabras son verdaderas y que seré entregada por José en manos de quienes juzgan estas cosas[63].

El ángel: Me causa extrañeza, oh gloriosa, que aún dudes de mí, que he venido a anunciarte cosas tan excel-

61. Cf. Lc 1, 19, en que Gabriel hace esta presentación suya no a María, sino a Zacarías. La primera revelación de Gabriel que aparece en la Escritura es la de Dn 8, 16.

62. Lc 1, 33.

63. Según la ley de los hebreos, el adulterio era castigado con la pena de muerte (cf. Lv 20, 10).

sas. Más bien me corresponde a mí el reverenciarte, pues vas a ser la madre de mi Señor y es natural que me impresione grandemente tu regia dignidad.

La Madre de Dios: Insólito y extraño es lo que me anuncias, y tu propia venida pone en claro tus palabras y tu conducta. Llegas, en efecto, a mi morada, acercándote a mí sin previo aviso; quizá me consideras como una sierva y no como una señora.

El ángel: Oh toda pura e irreprensible, me sorprende que aún desconfíes de mis palabras, tú que eres la llena de gracia. He aquí que, según creo, mientras te estaba hablando, el Rey de la gloria ha venido a habitar en ti, oh Reina[64].

La Madre de Dios: Tú que me saludas como virgen intacta y me diriges tus palabras como a doncella incorrupta, tú sabes la verdad; ¿cuándo, pues, dónde y cómo *se me hará esto, pues no conozco varón*[65]?.

El ángel: *El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cobijará con su sombra, y por eso lo que nacerá de ti será Santo y se llamará Hijo de Dios. No temas, María, pues has hallado gracia delante de Dios*[66].

La Madre de Dios: Has venido del cielo para comunicarme un misterio lleno de interrogantes y anunciarme

64. Según el *Protoevangelio,* la concepción de Jesús se realiza al pronunciar el ángel sus palabras, mientras que la tradición cristiana común, con más congruencia con el texto evangélico, la pone en relación con las palabras con que María acepta la voluntad de Dios (cf. Lc 1, 38).

65. Lc 1, 34.

66. Enlace de Lc 1, 35 con 1, 30.

la venida del Espíritu Santo. ¿Cómo no voy a desconfiar de este mensaje tuyo tan extraño? Dímelo tú que me estás hablando.

El ángel: Aparta de ti, oh Virgen, todo pensamiento de desconfianza. Pienso que ya se han cumplido mis palabras y que, aunque no lo hayas procurado, ya se ha producido la gravidez en tu seno, pues *para Dios no hay nada imposible*[67].

La Madre de Dios: Soy un retoño de la raíz de David y temo que venga sobre mí el inesperado oprobio de un tálamo ajeno y que me ponga en evidencia la santa placa de metal del sacerdote[68].

El ángel: Darás a luz al Señor y Salvador, una de las personas de la Trinidad vivificadora, y ofrecerás al mundo un gozo inefable que ningún ángel ni hombre jamás nos ha podido procurar, y tu nombre será bendito.

La Madre de Dios: Dime, oh joven, de qué manera yo he de dar a luz al Salvador, como tú afirmas. Tus faustos anuncios dejan en verdad aturdidos a las espirituales potestades de los ángeles y a los escuadrones de los arcángeles dotados de muchos ojos[69] y que están envueltos en resplandecientes llamaradas.

67. Lc 1, 37, con referencia a Gn 18, 14 y Jr 32, 27.

68. María se refiere a la prueba del «agua amarga» (cf. Nm 5, 11-31), que ella piensa habrá de soportar por la sospecha de adulterio que habría de caer sobre ella. Esta prueba se hacía en presencia del sacerdote, que llevaba en sus ornamentos una placa de oro con la inscripción: *Consagrado a Yahveh* (Ex 28, 36).

69. Ahora María se empieza a manifestar más dispuesta a prestar fe a lo que le dice su interlocutor.

El ángel: Oh gloriosa, tus palabras resultan deliciosas y están llenas de dulzura. Por eso te diré que tu fecundación no será por voluntad de la carne, sino por voluntad de Dios y por la intervención del Espíritu Santo[70].

La Madre de Dios: ¿Quién convencerá a José de que yo he concebido no por voluntad de varón, sino por la intervención del Espíritu Santo? Efectivamente, nunca en el decurso de los siglos se ha oído decir que una virgen haya tenido un hijo sin concurso de varón.

El ángel: Todo el género humano se refugiará bajo tu amparo misericordioso; toda lengua terrena te proclamará bienaventurada y tu nombre será celebrado de generación en generación,[71] porque de ti va a nacer el Señor que es la luz del mundo.

La Madre de Dios: Siendo yo la que soy y siendo terrenal mi origen, ¿cómo es posible que venga a refugiarse en mí el linaje humano?¿Cómo voy a llevar en brazos a Cristo, luz del mundo? ¿Cómo el Sol que no conoce el ocaso puede ser sostenido por aquella que, en un sentido espiritual,[72] es la luna?

El ángel: Que tu rostro se vuelva alegre y radiante, oh gloriosa, pues te vas a transformar en un cielo, en un

70. Cf. Jn 1, 13.

71. Cf. Lc 1, 50.

72. Conforme se ha indicado en la nota anterior n. 4, aquí la expresión «espiritual» indica una realidad superior a lo sensible. Las palabras *noerós* y *noetós*, empleadas en estos pasajes de Germán derivan del neoplatonismo y originalmente indicaban la elevación de lo «inteligible» sobre lo «sensible».

templo en el cual el Señor tiene su morada, en un tabernáculo viviente de Dios, más espacioso, más excelso y más admirable que los siete firmamentos.

La Madre de Dios: Me siento sumamente impresionada por lo inusitado y extraordinario de la maternidad que se me avecina; estoy preocupada también por razón de José y no sé lo que va a ocurrirme. Por eso me conviene ir a casa de Zacarías y estar junto a mi parienta Isabel[73].

El ángel: Tú vendrás a ser el propiciatorio de todos los cristianos y por eso una vez más te dirijo las palabras que te corresponden mejor: *Llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre*[74].

La Madre de Dios: Yo llevo el signo de la realeza; he sido criada en la corte de mi ciudad de Belén; he morado con toda honestidad desde niña en el santuario. ¿Cómo, pues, permaneciendo virgen, podré ser llamada madre de mi hijo?

El ángel: El Altísimo, después de escudriñar todo el mundo, no ha encontrado una madre semejante a ti[75] y, según su voluntad y beneplácito, por su gran amor a nosotros, se hará hombre naciendo de ti, que estás santificada.

73. Aquí María indica otro motivo de su visita a Isabel, distinto del que anteriormente ha indicado el ángel.

74. Lc 1, 38.

75. Se afirma que, ya antes de la Anunciación, María gozaba de unas prerrogativas singulares y únicas.

La Madre de Dios: Cantando alabaré al Señor, *porque ha mirado la pequeñez de su sierva; he aquí que desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones*[76] y el pueblo de las naciones me alabará constantemente.

El ángel: Oh Virgen, portadora de gozo celestial, morada deliciosa y admirable, propiciatorio de todo el mundo, tú sola en verdad bendita entre las mujeres,[77] prepárate ya para la misteriosa venida de Cristo.

La Madre de Dios: Oh joven, mensajero de celestial deleite, que vienes de la región de los seres incorpóreos y conversas con los terrenales, ¿hasta cuándo seguirás aquí y continuarás hablándome? *He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*[78].

Estas cosas dijo la Virgen bienaventurada y digna de toda alabanza, o bien profirió otras palabras aún más misteriosas y acomodadas. Ahora, carísimos, si os place, escuchemos la conversación que sostuvo con ella el justo José[79].

76. Lc 1, 48.
77. Cf. Lc 1, 42.
78. Lc 1, 38.
79. Aquí se inicia otro diálogo y contraposición de pensamientos. Así como en el anterior el ángel era el que llevaba el anuncio y María se resistía a creerle, ahora es María la que informa a José y éste se muestra desconfiado, hasta que, al final, empieza a persuadirse de las buenas razones de su esposa. El diálogo anterior, a pesar de contener mucha dosis de inventiva, tiene algún apoyo en el texto evangélico; este segundo, en cambio, no está muy de acuerdo con lo que se lee en Mt 1, 18-24, en que José padece unas dudas, pero se muestra muy discreto y silencioso.

José: Te recibí sin mancilla de la casa del Señor[80] y virgen pura te dejé en mi casa, ¿cómo es que ahora, de modo imprevisto, veo que vas a ser madre y que ya no eres virgen? Explícate, oh María, dime enseguida la verdad.

La Madre de Dios: Inmaculada me dejaste en tu casa, tal como dices, y según creo, de nuevo me hallas sin mancha alguna, puesto que desde niña odié la túnica carnalmente manchada y no hay en mí rastro alguno de pasión libidinosa.

José: Teme, oh María, el estrado del juez[81], el severo tribunal, el juicio irrefutable de la sinagoga de los judíos y dime claramente la verdad, sin ocultarme lo que va a ocurrir.

La Madre de Dios: Teme, oh José, el tribunal y el juicio irrevocable del siglo futuro, ante el cual se estremecen incluso los ángeles, que jamás pecaron, y no te preocupes en absoluto de un rey o de un tribunal de este mundo.

José: En el libro de Moisés está escrito: *Si alguno encuentra a una virgen y, violentándola, yace con ella, este hombre dará cincuenta didracmas*[82] *al padre de la joven*». ¿Qué resolución tomarás respecto de esto?

80. Recuérdese que, según el *Protoevangelio*, María fue entregada a uno de los «ancianos del pueblo» para custodia de su incontaminada virginidad.

81. En los procesos estaba en uso una peana para el acusador y otra para el defensor. El juez ocupaba la «bema» o estrado.

82. Dt 22, 28-29. La tradición atribuía a Moisés todo el Pentateuco, o sea los cinco primeros libros de A. T.

La Madre de Dios: En los profetas está escrito: *Se dará un libro sellado a un hombre que sabe leer y dirá: no puedo leerlo*[83]. Me parece que esta profecía se hizo en referencia a ti.

José: Oh María, denuncia públicamente al que ha puesto asechanzas contra mi casa; pregona ante todos quién es este disoluto, a fin de que, con mi herramienta de artesano, corte su cabeza, ya que él ha deshonrado mis canas; no sea que yo venga a ser objeto de burla para las doce tribus de Israel.

La Madre de Dios: Tú eres justo e irreprochable y, según creo, mi Dios te descubrirá lo que va a ocurrirme y te indicará en sueños[84] quién es este acechador del que tú hablas. Yo, en efecto, no estoy habituada a tanta excelsitud.

José: Deja en seguida mi casa y vete junto a tu nuevo amante. Desde ahora ya no te proporcionaré alimento y ya no comerás el pan de mi mesa, puesto que en mi vejez me has proporcionado tristeza y oprobio en vez de gozo.

La Madre de Dios: Espera un poco, oh José, y no me eches ocultamente de tu casa, pues no estoy acostumbrada a andar errante y no conozco qué es lo que hay a la derecha o a la izquierda; no sé adónde ir ni a quién acudir.

83. Is 29, 11. Al referirse María a los profetas, parece indicar la novedad de lo que en ella se está realizando, que sobrepasa el contenido de la Ley mosaica.

84. María anticipa lo que hallamos en Mt 1, 20s. sobre la visión o sueño de José.

José: Oh María, tú que te hallas entre la vida y la muerte[85], dime la verdad: ¿Quién es el que me ha ultrajado? Declárame quién ha estado contigo; dame a conocer cuál es su categoría y de qué ciudad ha venido, a fin de que yo, desplazándome allí, le reduzca al mayor desprecio.

La Madre de Dios: Vive el Señor[86] que yo soy pura y no conozco varón. Creo que el que se me apareció era un ángel del Señor en forma humana. Se presentó con modestia y, estando en pie a cierta distancia, habló suavemente a mi pequeñez.

José: La acusación de haber violado el matrimonio caerá sobre ti y sobre mi ancianidad, así como un inesperado desprecio por parte de quienes juzgan tales asuntos. Aunque no lo queramos, el agua de la reprobación[87] nos inculpará a los dos.

La Madre de Dios: Tú has oído que Isabel, la esposa de Zacarías y parienta mía, por este mismo tiempo y por encima de toda esperanza, ha concebido a un profeta y Precursor. En efecto, si no fuera profeta, no habría

85. Se refiere a la condena de muerte establecida contra el adulterio.

86. Expresión muy frecuente en algunos libros de A. T. (Samuel, Reyes, Crónicas), que expresa un recurso a Dios para reforzar la verdad de lo que se afirma (cf. 1 S 14, 39; 1 R 22, 14).

87. Se refiere José a la prueba del «agua amarga», de que ya ha hablado anteriormente. El texto de Nm 5, 11ss. la presenta como destinada sólo a la mujer, a requerimiento del esposo; en cambio el *Protoevangelio* supone que también José se ha de someter a ella por la sospecha de no haber custodiado debidamente a la esposa que se le ha confiado para la guarda de su virginidad.

saltado de gozo para adorar al Señor oculto dentro de mí[88].

José: Estoy asombrado acerca de ti y atónito en gran manera. Yo sé que tú eres objeto de los comentarios de los hijos de Israel y que el Señor, *Adonai*[89], me reprobará, porque te recibí del Espíritu Santo y de la morada santa para custodiarte, y no te he guardado virgen.

La Madre de Dios: Me ha sobrevenido el día de la angustia y ha caído sobre mí el baldón de la sospecha. Me apremia la inquisición de mi esposo y me acusa la gestación de mi hijo. Además, el ángel que me saludó con el «Ave» ha desaparecido y ya no sé qué pensar[90].

José: He visto el fruto de tu seno, anteriormente puro y santo, y me he quedado todo consternado. Dime dónde te daré a conocer o en qué lugar podré tenerte oculta del Senedrín de los judíos. Aléjate de mi casa, aléjate.

La Madre de Dios: Me echas de tu casa, oh José, y no sé adónde ir. ¿Regresaré, quizá, a la habitación del santuario sagrado, o me encaminaré a la casa de mis padres? Mas, ¿cómo me atrevería a fijar mis ojos en ellos?

José: Si yo callo tu pecado, las piedras clamarán y el lugar del Santo de los santos dará grandes voces, puesto

88. Cf. Lc 1, 40. Recuérdese que el *Protoevangelio* sitúa el conocimiento por José de la preñez de María después del regreso de ella de casa de Isabel.

89. *Adonai* significa «mi Señor».

90. María sigue prestando fe al anuncio del ángel, pero siente temor al pensar que cuantos la rodean la juzgarán culpable.

que yo te recibí del sacerdote escogido con el fin de que te custodiara, y no te he guardado virgen.

La Madre de Dios: Iré a esconderme en una cueva de mi ciudad de Belén y esperaré el tiempo que corresponda a mi alumbramiento y sabré quien es el que va a nacer de mí, pues pienso que Dios pondrá los ojos en mi pequeñez[91].

José: Dime claramente quién ha sido el extraño y traidor que, si avisar, entró en mi morada como un espía, precisamente cuando yo estaba ausente y me encontraba fuera de las murallas de Nazaret.

La Madre de Dios: Habiendo tomado el cántaro para ir a mi fuente a sacar agua para beber, sosegadamente llegó a mis oídos una voz que me decía: *Salve, llena de gracia, el Señor es contigo*[92].

José: ¿Acaso concebiste mediante esa voz? A través de los siglos jamás se ha oído decir que una virgen haya concebido sin concurso de varón y por la fuerza de las palabras, ni tampoco nuestros padres nos han contado que hubiera ocurrido tal cosa en los tiempos antiguos.

La Madre de Dios: ¿Por ventura no está escrito en los profetas: *Una virgen concebirá en su seno y nos dará a luz un niño*[93]? ¿Acaso puedes decir que los profetas

91. Referencia a Lc 1, 48.

92. El *Protoevangelio* distingue dos momentos en la Anunciación del ángel a María; el primero, cuando ella va a buscar el agua; y el segundo, mientras está trabajando la púrpura para el velo del templo. (cf. nota anterior n. 55).

93. Cf. Is 7, 14.

han mentido? Te engañas, oh José, y te muestras muy trastornado.

José: Ahora te diré, oh María, que tú has seguido las huellas de tu madre Eva. Ella fue echada del paraíso por haber prestado atención al que allí estaba susurrando, y tú, por castigo, también serás expulsada de mi casa.

La Madre de Dios: Tú te presentas ante mí como un acusador advenedizo y extraño y no me hablas como a una reina; me veré obligada a ir ocultándome de ciudad en ciudad y ¿qué podré alegar en mi defensa?

José: Yo creo que tu maternidad ha de causar extrañeza no sólo a mí, sino también a los ángeles y a los hombres, y nadie te creerá. ¿Quién, en efecto, ha oído jamás que una virgen, sin intervención de varón, pueda dar a luz un hijo?

La Madre de Dios: Yo sé que estas cosas te han de producir gran turbación y que el extraordinario misterio de este singular parto te tiene consternado, pero yo no soy la causa de lo que me está ocurriendo, puesto que, desde mi infancia, estoy habituada a servir al Señor mi Creador.

José: ¿Acaso no te dije que me indicaras quién era el insidiador de mi casa y que yo te libraría de esta inculpación? ¿No te dije que te fueras, sin demora, hacia tu amante? ¿Qué es, pues, lo que esperas?

La Madre de Dios: Yo no sé exactamente en qué lugar habita. En verdad desearía hallarlo, contemplar su belleza, digna de ser representada por la pintura, y dialogar con él. Después que me saludó con el «Ave» empezó para mí la aflicción.

José: ¿Cómo no voy a estar consternado y con la tristeza expresada en el rostro, yo que te recibí virgen de la casa de mi Señor y no te he guardado? Desde ahora, ¿cómo me presentaré ante el Señor y cumpliré los preceptos de la Ley, según mi costumbre?

La Madre de Dios: Cree en los profetas de Dios y no te consumas en un dolor desmesurado, pues en sus escritos encontrarás estas palabras: *He aquí que la virgen concebirá en su seno y dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Emmanuel*[94].

José: La vara del gran sacerdote[95] me persuadió para que te recibiera de la casa de oración a fin de custodiarte; después te dejé en mi casa con toda honestidad, ¿por qué, oh María no aguardaste el final de mi ausencia y el acabamiento de mis labores?

La Madre de Dios: Vive Dios, que desconozco la arruga[96] de un deseo adulterino o la mancha de la pasión carnal. El hecho es que, teniendo de nuevo la púrpura en las manos, escuché la voz angélica que me decía: *No temas, María, porque has encontrado gracia delante del Señor*[97].

José: Quédate todavía un poco en mi casa, porque ha llegado la orden de hacer un censo por parte de César

94. Is 7, 14. El *Protoevangelio* insiste en el vaticinio de Isaías, por su congruencia con la materia de estos relatos.

95. Según el *Protoevangelio*, José fue escogido como esposo-custodio de María porque una paloma se posó sobre la vara que él sostenía y que le había sido entregada por el sacerdote.

96. Cf. Ef 5, 27, que asegura la ausencia de toda arruga en el rostro de la Iglesia.

97. Lc 1, 30.

Augusto[98], que ahora es el emperador, pero tengo reparo en que te inscribas como mi esposa, especialmente por razón de la estirpe de David.

La Madre de Dios: Guardaré tus palabras en mi corazón y aceptaré el quedar todavía por algún tiempo en tu casa; esperaré el tiempo del censo y el día de mi alumbramiento, hasta que paguemos el tributo a César Augusto, que ahora es el emperador de los romanos.

José: Quizá fue un ángel el que se me apareció en sueños[99] y me dijo: *José, hijo de David, no temas recibir a María tu esposa, pues lo concebido en ella es obra del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús*[100].

La Madre de Dios: Quizá, señor mío, se trate del mismo que me saludó con el «Ave». Por lo demás, prepara una cueva[101] y busca una comadrona hebrea, de nuestra propia gente, y ella sabrá respetar el misterio y me asistirá, según lo acostumbrado[102].

98. Referencia a Lc 2, 1s. La actitud de José hacia María empieza a modificarse.

99. Con un salto cronológico, gracias al sueño de José en que se le aparece el ángel, la situación cambia totalmente.

100. Mt 1, 20s.

101. El Evangelio de Lucas (cf. 2, 7) habla sólo de un pesebre, y al unirse este dato con el de la cueva de que habla el *Protoevangelio* se ha dado origen a la tradición iconográfica cristiana. San Justino habla del pesebre y de la cueva de Belén (*Diálogos con Trifón*, 78).

102. Es sabido que los Evangelios no mencionan la intervención de ninguna comadrona como la hace el *Protoevangelio de Santiago*,

José: El que se me apareció me dará a conocer claramente el lugar y la cueva; tú, María, prepara los pañales. El que va a nacer, ya sea profeta, ya sea rey, nosotros sabemos que *será llamado Nazareno*[103].

La Madre de Dios: Yo creo que el que ha de nacer será llamado rey, pues está escrito en los profetas: *Alégrate sobremanera, hija de Sión; grita de júbilo, hija de Jerusalén. He aquí que viene a ti tu Rey justo y salvador*[104].

José: El que en sueños me llevó el mensaje me manifestará las cosas que nos han de ocurrir. Yo también temo que Herodes, si le llega la noticia, ha de buscar al niño nacido junto a nosotros[105].

La Madre de Dios: Aparecerá una señal en el cielo, pues está escrito en los profetas: *Saldrá una estrella de Jacob y se alzará un hombre en Israel y quebrantará a los caudillos de Moab*[106].

José: Engañado ayer por la sospecha, hice reproches a tu juventud y hermosura, pero ahora, certificado desde lo alto, pediré excusas, reverenciaré con humildad tu ex-

llevado de su afán de afianzar la fe en la virginidad de María con toda clase de testimonios, por más que resulten pintorescos. Germán pasa con discreción sobre este asunto y no precisa cuál fuera el cometido desempeñado por la partera.

103. En Mt 2, 23 se aduce este anuncio profético que los intérpretes no han llegado a poder concretar. Se ha propuesto especialmente estos textos: Jc 13, 5-7; Is 42, 6; 49, 8.

104. Za 9, 9.

105. Es curioso ver cómo este diálogo anticipa hechos evangélicos posteriores, acerca de Herodes y los Magos (cf. Mt 2).

106. Nm 24, 17.

celencia y bendeciré tu nombre[107], porque el Señor ha tenido piedad de su pueblo.

La Madre de Dios: Oro, incienso y mirra, según creo, le serán ofrecidos[108], como a rey, como a Dios y como a hombre, a fin de que tenga cumplimiento el vaticinio de David: *Que su gloria llene la tierra. Amén. Amén*[109].

José: Si quieres, buscaremos un lugar no frecuentado, porque ya llega el tiempo del alumbramiento. Necesitaremos también un animal de carga[110] para el camino. Efectivamente, yo te veo muy pálida y creo que te llega ya el tiempo de dar a luz.

La Madre de Dios: Repasa una vez más las profecías de Miqueas; él te indicará un lugar, pues dice: *Y tú, Belén de Efrata, no eres la más pequeña entre los clanes de Judá, pues de ti saldrá el que ha de dominar en Israel*[111].

José: Yo creo que aquel ángel que se me apareció en sueños no nos dejará hasta que se hayan cumplido todas las cosas escritas en referencia a nosotros, sino que nos acompañará durante el camino.

107. Aquí se inicia la segunda incorporación al texto de la homilía, que se halla en la edición de Fecioru y no en la de Migne, que termina en este lugar pero hace notar que falta el resto en los códices de que se ha servido.

108. Cf. Mt 2, 11.

109. Sal 72 (71), 19.

110. Aquí se presenta un dato favorable a la tradición de la presencia de un jumento en el lugar donde nació Jesús, de lo cual no hacen mención los relatos evangélicos.

111. Mi 5, 2.

La Madre de Dios: Qué grande y dichoso es este día, en el cual *ha obrado en mí grandes cosas el Todopoderoso, cuyo nombre es santo y cuya misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen*[112].

Hasta aquí hemos escuchado lo que el ángel dijo con benevolencia a la Madre de Dios, hablándole con toda la reverencia de que era capaz, y hemos oído también las objeciones de José a la Llena de gracia, pues él estaba turbado a causa de la magnitud del misterio.

Nosotros, pues, que somos de barro[113] ¿con qué colores de públicos elogios podremos pintar la imagen de la Virgen? ¿Con qué palabras de alabanza adornaremos la inmaculada figura de la pureza? Ella es el atrio sagrado de la incorruptibilidad, el templo santificado de Dios, el altar de oro de los holocaustos[114], el perfume divino del incienso[115], el óleo santo de la unción[116], el preciosísimo vaso de alabastro que contiene el ungüento del místico nardo[117], el efod sacerdotal[118], la lámpara de oro sostenida por el candelabro de siete brazos[119]; ella es asimismo el arca sagrada material y espiritual, recubierta de oro por dentro y por fuera, en la que se hallan el incensario de oro, la vasija del maná y las demás cosas ya mencionadas[120]; ella es la becerra pri-

112. Lc 1, 49s.
113. Cf. Jb 13, 12.
114. Cf. Ex 30, 28.
115. Cf. Ex 31, 11.
116. Cf. Ex 30, 31; 31, 11.
117. Cf. Ct 1, 12.
118. Cf. Ex 28, 6ss.
119. Cf. Ex 25, 31-39.
120. Cf. Hb 9, 4, que hace referencia especialmente a Ex 16, 1 y Nm 17, 25.

mogénita y que no conoce el yugo[121], cuyas cenizas, o sea el cuerpo del Señor, formado y nacido de ella, purifican de la contaminación a los que participan de sus dones; ella es puerta que mira al Oriente y que permanece cerrada, desde la entrada y salida del Señor; ella es el libro nuevo de la Nueva Alianza, por la que el poder de los demonios fue al punto quebrantado, entregándosele los hombres que estaban en prisión[122]; ella representa los tres géneros de la humanidad –griegos, bárbaros y judíos–[123] y en ella la inefable sabiduría de Dios encubrió la levadura de su propia bondad[124]; ella es el tesoro de la alabanza espiritual[125] y también la que transporta desde Tarsis[126] la incorruptible riqueza real, haciendo que en los países gentiles se establezca la Jerusalén celestial; es la bella esposa de los Cantares que se reviste con la antigua túnica, enjuga los pies terrenales y, con reverente veneración, acoge al esposo inmortal en la cámara del alma; es el nuevo carro de los fieles que ha llevado el arca viviente del designio salvador de Dios[127] y se dirige por el camino recto de la salvación arrastrado por las dos terneras primerizas[128]; ella es la tienda del testimonio[129], de la cual, a los nueve meses

121. Cf. Nm 19, 1ss.

122. Cf. Ef 4, 8, que hace referencia a Sal 68 (67), 19.

123. En María, como en Cristo su Hijo, en vistas a la salvación, toda la humanidad queda unificada, sin distinción de pueblos y razas.

124. En contraposición a la levadura de maldad. Cf. 1 Co 5, 8, referencia a Mt 13, 33.

125. Cf. Ef 1, 3.

126. Cf. Ct 5, 14.

127. El plan de salvación y su realización se expresan, con frecuencia en los Padres griegos con el término *oikonomía*.

128. Cf. 1 S 6, 7.

129. Cf. Ex 26, 1ss; 27, 21 etc.

después de la concepción, inesperadamente ha salido el verdadero Jesús.

Ella es la cestilla recubierta por dentro y por fuera, adornada de prudencia y piedad, en la que el espiritual Moisés está a salvo de las insidias del faraón de la Ley, mientras que la Iglesia de los gentiles, criada entre sus brazos virginales, recibe la promesa del premio de la vida eterna[130]; ella es el quinto pozo del juramento de la alianza, del que brotó el agua de la inmortalidad a través de la encarnación y de la presencia del Señor, en el cumplimiento de la quinta alianza, pues la primera fue establecida en tiempos de Adán, la segunda en tiempos de Noé, la tercera en tiempos de Abraham, la cuarta en tiempos de Moisés y la quinta en tiempos del Señor, del mismo modo que cinco veces salió a recompensar a los piadosos operarios de la viña de la justicia[131], a la hora primera, a la tercera, a la sexta, a la nona y a la undécima.

Ella es el vellón incontaminado[132] puesto sobre la era terrenal, sobre el cual bajó la lluvia del cielo que, con bienes copiosos generosamente concedidos, fecundó toda la tierra reseca por la abundancia del mal y, por otra parte, eliminó la humedad de las pasiones que se infiltraba en la carne. Ella es el fecundo olivo plantado en la casa de Dios, del cual el Espíritu Santo tomó una ramita material[133] y llevó a la naturaleza humana, combatida por las tempestades, el don de la paz, gozosamente anunciado desde lo alto; ella es el jardín siempre verde e inmarcesible en el cual fue plantado el árbol de la vida[134]

130. Adaptación a las realidades cristianas de Ex 2, 5ss.
131. Cf. Mt 20, 1ss.
132. Cf. Jc 6, 36ss.
133. Cf. Gn 8, 11. (La ramita de olivo llevada por la paloma al arca de Noé).
134. Cf. Gn 2, 9.

que proporciona a todos liberalmente el fruto de la inmortalidad; ella es el fruto de la nueva creación, del que rebosa el agua de la vida[135]; ella es la exultación de las vírgenes, el apoyo de los fieles, la diadema de la Iglesia, la marca de la ortodoxia[136], la auténtica medida de la verdad, el vestido de la continencia, el manto recamado de la virtud, la fortaleza de la justicia, la florificación[137] de la Santa Trinidad, de acuerdo con lo que dice la narración evangélica: *El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cobijará con su sombra, y el que ha de nacer será santo y se llamará Hijo de Dios*[138].

Oh Madre de Dios, te confesamos con fe, te honramos con amor, te veneramos con respeto, glorificándote siempre, y devotamente te proclamamos bienaventurada[139].

Venturoso entre los hombres tu padre y dichosa entre las mujeres tu madre; dichosa tu casa, dichosos tus antepasados, dichosos tus familiares, dichosos quienes te vieron, dichosos los que te trataron, dichosos quienes te sirvieron, dichoso José tu esposo, dichoso tu sepulcro, puesto que tú eres el honor de los que te honran, la recompensa de quienes constantemente te sirven y la más encumbrada de todas las excelencias.

135. Se refiere a Cristo, como agua de Vida eterna.

136. Por contraposición se alude a Ap 13, 16s. (La marca de la bestia).

137. *Kaujema*, palabra típicamente paulina. Cf., por ejemplo, Ga 6, 4.

138. Lc 1, 35.

139. Desde aquí hasta el final de la Homilía, el texto es casi enteramente igual al de la Homilía II de la Presentación, sin que podamos precisar a cuál de las dos haya pertenecido originalmente. Para las notas bíblicas y explicativos nos remitimos al sermón precedente.

Oh Señora mía, tú eres para mí el consuelo que dimana de Dios, el divino rocío que me refresca en el ardor, la gota de agua que el Señor hace correr sobre mi corazón reseco, la lámpara luminosa que disipa las tinieblas de mi alma, la guía de mi inexperiencia, la fuerza de mi debilidad, el recubrimiento de mi desnudez, el enriquecimiento de mi pobreza, el remedio de mis heridas incurables, la extinción de mis lágrimas, el fin de mis gemidos, la transformación de mis desdichas, el alivio de mis dolores, la liberación de mis cadenas, la esperanza de mi salvación. Ea, pues, escucha mis plegarias, ten compasión de mis gemidos, acoge mi llanto, conmuévante mis lágrimas y ten piedad de mí.

Como madre del que es tu Dios y nuestro Dios, que ama a los hombres, ten compasión de mí. Vuelve tus ojos hacia mi súplica y haz que obtenga su cumplimiento. Reúneme con mi consaguínea y consierva, en la tierra de los pacíficos, en las tierras de los justos, en el país de los santos. Tú, que eres para todos defensa y radiante alegría, hazme digno de participar, junto a ti, de tu mismo gozo. Yo te suplico tener junto a ti mi morada en el gozo verdaderamente inefable de Dios, el Rey nacido de ti, en sus bodas eternas, en su felicidad inagotable, en su reino que no conoce el ocaso ni tiene fin.

Oh Señora mía, sé tú mi refugio, mi vida y amparo, armadura y alabanza, esperanza y fuerza; concédeme gozar, en el reino celestial, de los dones inefables e incorruptibles de tu Hijo, Dios tuyo y nuestro. Yo sé, en efecto, que tienes un poder que es equivalente a tu querer, puesto que eres la Madre del Altísimo. Por eso, oh purísima Señora, te suplico que yo no quede defraudado en mi esperanza. Oh Esposa de Dios, que has dado a luz el esperado de todos, haz que yo reciba la herencia de Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y Soberano de

todas las cosas visibles e invisibles, al cual corresponde todo honor, gloria y veneración ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

HOMILÍA IV

DE NUESTRO PADRE SAN GERMÁN ARZOBISPO DE CONSTANTINOPLA, SERMÓN PRIMERO SOBRE LA VENERABILÍSIMA DORMICIÓN DE LA SANTA MADRE DE DIOS

El que es deudor enaltece en todo tiempo a su bienhechor. El que ha sido salvado no desconoce la defensa de su salvador. El que no puede recompensar con obras juzga que, por lo menos con sus palabras, debe demostrar agradecimiento a su protector. Por eso yo intento alabarte, oh Madre de Dios, que has sido favorecida con extraordinarias maravillas[1] que están por encima de toda palabra y de toda comprensión. Yo me atrevo a dirigirte las palabras de exultación[2] que tú misma empleaste[3]. Mira la pequeñez de tu siervo; enaltece la faz del humilde. Llénname con la dicha de tus bienes, pues estoy ansioso de poder alabarte a fin de que mi espíritu, guiado con tu auxilio, oh Señora, no pare de celebrar tus gran-

1. Cf. Lc, 1, 49.

2. Las expresiones «exultar» y «exultación» en sentido religioso y espiritual son frecuentes en el A. T. –por ejemplo: Sal 47 (46), 1 y 107 (106), 22– y aparecerán en el cántico de María (*Magnificat*), como manifestación de alabanza de Dios y de gozo por las gracias del Señor (Lc 1, 47).

3. Se refiere al *Magnificat* (Lc 1, 46-55), que inspira toda la introducción de esta homilía de Germán.

dezas. Con razón dijiste que todas las generaciones te llamarían bienaventurada, por más que nadie puede dignamente alabarte. Tú, sin embargo, te compadeces de la pobreza y la incapacidad de los que te honran.

¿Qué cosas diré en primer lugar y cuáles dejaré para después? ¿Entonaré alabanzas a tu convivencia con los mortales y celebraré la gloria de tu Dormición para pasar a la vida inmortal, en el día de tu Asunción, según el espíritu? Ambas cosas son sumamente venerables e impresionantes. Mis razonamientos estarán muy lejos de lo que corresponde a tus triunfos, pero, teniendo en cuenta lo que hoy celebramos, mis cánticos, oh Madre de Dios, se iniciarán con la memoria de tu preclaro y glorioso tránsito.

Es evidente que, cuando emigraste de la tierra, ascendiste a los cielos, pero antes de que subieras ya participabas de los bienes celestiales, y después de tu Asunción no te desligaste de las cosas terrenales, pues, al incorporarte a las más altas jerarquías del cielo, te mostraste como la más excelsa entre las creaturas de la tierra. Tú, en verdad, oh Madre de Dios, hermoseaste los cielos[4] y llenaste de resplandor toda la tierra. Embelleciste los cielos, pues cuando fue creado el linaje humano, los ángeles recibieron el encargo de cuidar de la vida de los hombres, de dirigirlos, gobernarlos, custodiarlos y hacer que sus corazones no se apartaran de la fe de Dios, por lo cual está escrito: *Estableció los confines de los pueblos, según el nú-*

4. De acuerdo con la tendencia de la cristiandad greco-bizantina de situar la historia de la salvación dentro de un contexto cósmico-universal, aquí Germán amplía su perspectiva mariana más allá de los límites de tiempo y espacio de la condición terrena de la Virgen, a la cual pone en relación con el orden ontológico, que abarca la materia y el espíritu.

mero de los ángeles de Dios[5]. Y también: *El ángel del Señor acampa en torno a sus fieles y los protegerá*[6]. Mas cuando los hombres miserables vivían en el error y en la idolatría e infestaban el aire con el humo de sus sacrificios, entonces los ángeles se apartaron de la convivencia con los seres humanos y Dios, por su parte, apartó de ellos su Espíritu Santo. Sin embargo después de que en los últimos tiempos diste a luz el Verbo de Dios Padre que existía *en el principio*[7], al punto los coros de los ángeles, inclinándose hacia abajo, contemplaron a Dios nacido de ti y proclamaron la gloria manifestada en lo más alto de los cielos y la paz establecida sobre la tierra[8]. De este modo, entre los ángeles y los hombres, entre el cielo y la tierra[9], ya no existe enemistad y separación[10], sino una concorde convivencia, y así unos y otros, ángeles y hombres, participan de una única y armoniosa glorificación del Dios uno y trino. El Padre, dando testimonio acerca de la concepción, según la carne, de su Hijo Unigénito, que proviene de ti sin intervención paterna, dirigiéndose a Él exclama: *Yo te he engendrado hoy*[11]. Y también: *Del seno yo te engendré antes de la estrella de la mañana*[12].

5. Dt 32, 8.
6. Sal 34 (33), 8.
7. Jn 1, 1.
8. Cf. Lc 2, 13.
9. Elemento predominante de la espiritualidad cristiana del mundo griego y después greco-bizantino es este sentido de la Encarnación como puente unificador entre las realidades humanas y lo sobrenatural y divino.
10. Cf. Ef 2, 14.
11. Sal 2, 7. Dentro de la tradición cristiana, este versículo, incluida la parte no citada por Germán, se ha entendido en sentido mesiánico y en referencia a la generación eterna del Verbo.
12. Sal 110 (109), 3. Dada su dificultad, este versículo ha sido traducido de diversos modos desde la antigüedad cristiana hasta el presente.

¡Oh palabras llenas de sabiduría divina![13] Si este Hijo tuyo, antes de nacer de ti, que eres madre virginal, era Hijo Unigénito de Dios, ¿cómo es que el Padre, dirigiéndose a Él, le dice: *Yo te he engendrado hoy*? Es evidente que la palabra «hoy» no significa una existencia reciente de la divinidad del Unigénito, sino que atestigua su aparición corporal entre los hombres. A su vez, la expresión *Yo te he engendrado* manifiesta al Espíritu Santo, principio divino que es de la misma naturaleza del Padre y obra juntamente con Él. En efecto, ya que el Espíritu no es extraño al Padre, con su beneplácito[14] y enviado por Él, bajó sobre la Virgen madre y habitó en ella. Así el Padre hace suya la acción del Espíritu Santísimo y, junto con Él, ha realizado la obra portentosa de la venida al mundo del que ha nacido de ti, oh María, y por eso el Padre dice al Hijo: *Yo te he engendrado hoy*. Las palabras: *Del seno yo te he engendrado antes de la estrella de la mañana* son un testimonio de la misma verdad, es decir: manifiestan la eterna e inmutable sustancia de la divinidad del Unigénito, coeterno con el Padre, y dan a conocer que, en la plenitud de los tiempos[15], se realizó la encarnación, verdadera y no aparente, del Hijo de Dios hecho hombre y nacido de la siempre Virgen. Al hablar la Escritura del seno que existía desde antes de la estrella de la mañana, se refiere al modo como es engendrada aquella luz que existe desde antes

13. En este pasaje de la Homilía de Germán, con una especial interpretación «mariana» de los textos alegados, se enlaza la divina maternidad de María con la teología trinitaria de la generación del Verbo y de la participación del Espíritu Santo. Así él inserta a María en un orden universal que unifica los fundamentos del Ser con la realización histórica de la Encarnación, obrada a través de María.

14. Cf. Ef 1, 9.

15. Cf. Ef 1, 10.

de que existieran los cielos y la tierra[16], pues, con anterioridad a toda creatura visible o invisible, el Unigénito fue engendrado por el Padre desde la eternidad y es luz de luz. También cuando dice «seno» se hace alusión a tu vientre, oh María, para manifestar la venida al mundo en carne humana del Unigénito de Dios que se realizó en ti.

Al decir: *antes de la estrella de la mañana*, se hace referencia a la noche que precede a la luz de la aurora, y con razón se relaciona el lucero del alba con el día, pues en el transcurso de la noche tú pariste, oh Virgen, al que es la luz que iluminó a quienes yacían en las sombras. Efectivamente, antes del amanecer fue cuando se produjo este parto, y está escrito que *había en aquella misma comarca unos pastores que pernoctaban al raso y velaban por turno durante la noche*[17]. Tal fue, oh Madre de Dios, la gloria que por medio de ti se manifestó en los cielos, pues si esta gloria se hubiese ya manifestado con anterioridad, los ángeles no hubieran entonado el cántico: *Gloria en las alturas*[18] en el tiempo en que sobrevino tu inefable alumbramiento. ¿Y cuál fue la gloria que resplandeció sobre los habitantes de la tierra? Por tu carne inmaculada el hombre vino a ser ciudadano del cielo y los pastores se juntaron con los ángeles. Por una parte los ángeles se abajaron [hacia la humildad del niño recién nacido y, por otra, los pastores][19] fueron elevados hacia la sublime y glorificada dignidad de Dios, o sea, que éstos aprendieron a reconocer la eterna consustan-

16. Se refiere a Cristo, el Verbo encarnado, luz del mundo. (Cf., por ejemplo, Jn 1, 1-11).

17. Lc 2, 8.

18. Lc 2, 14.

19. Las palabras puestas entre corchetes constituyen un relleno del editor para suplir una laguna del manuscrito.

cialidad del Padre y del Hijo, el cual, desde antes de los siglos, es engendrado[20] y no creado.

Ya que por medio de ti, oh santísima Madre de Dios, han cobrado esplendor los cielos y la tierra, ¿acaso es posible que, con tu tránsito, dejes a los hombres privados de tu asistencia?[21] En modo alguno podemos pensarlo. Puesto que cuando habitabas en el mundo no eras ajena a las costumbres celestiales, de igual modo, después de haber emigrado de entre nosotros, no te has distanciado en espíritu del tenor de vida de los seres humanos. Albergando a Dios en tu seno, te has manifestado como cielo en que habita el Altísimo, y también has sido para Él como tierra espiritual[22] al ofrecerle el servicio de darle tu carne. Acertadamente, pues, creemos que así como cuando habitabas en el mundo estabas totalmente unida con Dios, igualmente, al emigrar de entre los hombres, no has abandonado a los que moran en la tierra. Quienes estamos habituados a venerarte con fidelidad, indebidamente solemos quejarnos diciendo: ¿Por qué nosotros no hemos tenido la dicha de poder verte corporalmente entre nosotros? Lo cierto es que cada día los ojos de nuestras almas están embelesados al contemplarte.

Así como tú habitabas corporalmente entre los antiguos, así también ahora convives espiritualmente con

20. «Generación anterior a todos los siglos» es una fórmula que la Iglesia propone oficialmente para expresar la relación existente entre el Padre y el Hijo, en lo más profundo del misterio trinitario.

21. Después de proponer los fundamentos teológicos y cosmológicos, Germán pasa a manifestar sus consecuencias en la función que desempeña María en la vida espiritual del pueblo cristiano.

22. Es constante la insistencia de Germán en poner de relieve el enlace cósmico entre el cielo y la tierra, en el cual María ha ejercido una función determinante con su maternidad del Verbo de Dios encarnado.

nosotros, y la gran protección que nos dispensas es signo y demostración de tu presencia. Todos escuchamos tu voz y a tus oídos llega el clamor de todos. Tú nos reconoces como tuyos al tenernos bajo tu amparo, y nosotros experimentamos siempre el auxilio de tu defensa, puesto que la distinción entre la materia y el espíritu no impide, en modo alguno, la relación existente entre ti y tus siervos. Tú no rechazas a los que has salvado ni abandonas a los que has reunido, pues tu espíritu siempre vive y tu carne no sufrió la corrupción del sepulcro[23]. Tú a todos visitas, y tu vigilancia, oh Madre de Dios, a todos se extiende. Aunque nuestros ojos estén impedidos para poder contemplarte[24], tú , oh Santísima, gustosamente permaneces entre todos nosotros manifestándote de varias maneras a quienes son dignos de ello. La carne, efectivamente, no constituye ningún impedimento para la fuerza y la actividad de tu espíritu, pues éste sopla donde quiere[25], ya que es puro e inmaterial, incorrupto e incontaminado, está unido al soplo del Espíritu Santo y ha sido elegido por la divinidad del Unigénito. Según está escrito, tú eres «hermosa»[26], y tu cuerpo virginal, totalmente santo y casto y que ha sido constituido en morada de Cristo, está enteramente libre de la disolución de lo terreno. Tu cuerpo es ciertamente humano, pero ha sido conducido a la cumbre de la vida incorruptible, ha quedado incólume y lleno de gloria, está colmado de vida y libre del sueño, pues no era po-

23. Aplicación a María de lo que se dice acerca de la resurrección de Jesús en Hch 2, 27 y en otros textos, relacionándolo con Sal 16 (15), 10.

24. Relacionado con Mt 13, 13s. y Lc 24, 16.

25. Jn 3, 8.

26. Cf. Ct 2, 13. Aplicación a María que aparece a lo largo de otras Homilías. Cf. nota n. 44 de la I.

sible que quedara encerrado en el sepulcro el receptáculo de Dios y el templo viviente de la Santísima divinidad del Unigénito. Por todo ello, oh Madre de Dios, creemos que tú estás presente entre nosotros.

En verdad, sí, en verdad lo proclamaré, con acción de gracias: Aunque hayas emigrado de este mundo, no te has alejado del pueblo cristiano. Tú, que participas de la vida incorruptible[27], no te has separado de este mundo sujeto a la corrupción, sino que estás cerca de los que te invocan. Tú eres hallada por los que te buscan con sincera fe[28]; todo lo cual es clara señal de vida, de fuerza, de un espíritu que siempre alienta y de un cuerpo que no se disuelve. ¿Cómo, en efecto, la disolución de la carne habría podido reducirte a polvo y ceniza, a ti que, por la encarnación de tu Hijo, has librado al hombre de la corrupción de la muerte? Tú emigraste de entre los hombres a fin de que quedara bien afianzado el impresionante y arcano misterio de la Encarnación[29], pues, habiendo abandonado tú las cosas temporales, se prestara fe a que el que es Dios y ha nacido de ti es también verdadero hombre, hijo en verdad de una madre sujeta a las leyes

27. María ha dado la vida a Jesús y el cuerpo de ella goza de una incorruptibilidad semejante a la de Cristo. Aquí se aplica a la muerte de María un pensamiento que vino a ser fundamental en las discusiones del siglo V, o sea que una maternidad incompleta de María respecto del Verbo de Dios implicaría una disminución en la plena realidad del misterio de la Encarnación.

28. Aquí Germán aplica a María un argumento tradicional en la apologética cristiana, a saber: que Dios es encontrado por quien lo busca con sinceridad.

29. En esta Homilía Germán, sacando las más amplias consecuencias de la maternidad divina de María, tiende a unir del modo más perfecto que sea posible la obra de Cristo y la de su Madre en la historia de la salvación. Así resulta que la muerte de María es una prueba de la realidad completa de la Encarnación.

físicas y necesarias establecidas por Dios para poner un límite a la vida temporal. Teniendo tú un cuerpo semejante al nuestro, no pudiste evitar el encuentro con la muerte, común a todos los hombres, del mismo modo que tu Hijo, que es Dios de todos, siendo de nuestra propia carne y semejante a nosotros los mortales, *gustó la muerte*[30]. Así como Él obró grandes maravillas en su sepulcro vivificante, así también las realizó en el monumento sepulcral de tu Dormición, que fue albergue de vida, de tal modo que ambas sepulturas contuvieron verdaderamente vuestros cuerpos, pero de ningún modo los sometieron a la corrupción.

No es admisible que tú, el receptáculo de Dios, quedarás reducida al polvo, tal como los cadáveres que se descomponen. Ya que aquél que, estando en tu seno, se anonadó[31], era Dios desde un principio y era la Vida desde antes de los siglos, fue conveniente que la Madre de la Vida cohabitara con la Vida, que su muerte viniera a ser como un sueño y que su tránsito fuera como un despertar[32]. Así como un hijo desea y procura estar con su propia madre y una madre anhela habitar con su hijo, así fue del todo congruente que tú, que tienes un corazón lleno de amor al que es tu Hijo y tu Dios, retornaras hacia Él, y que Dios, que manifiesta hacia ti un afecto filial, te hiciera estar en su compañía y participar de su propia vida. De este modo, habiendo muerto para las cosas temporales y perecederas, emigraste hacia las mo-

30. Hb. 2, 9.

31. Cf. Flp 2, 7,

32. Con la referencia de María como madre de la Vida, Germán, de un modo claro y sencillo, comprensible incluso para sus oyentes menos instruidos, presenta una breve explicación lógico teológica de la Asunción de María al Cielo.

radas de la eterna incorrupción, donde Dios habita y donde tú, oh Madre de Dios, estás siempre junto a Él y no te apartas de su presencia. Tú fuiste, oh Madre de Dios, la morada corporal de su descanso, y Él ha venido a ser, con tu tránsito, oh gloriosísima, el lugar de tu reposo, según lo que está escrito: *Éste es mí reposo por los siglos de los siglos*[33], es decir: la carne con la que Cristo se revistió la tomó de ti, oh Madre de Dios, y con ella no sólo apareció y fue reconocido por la fe en el presente mundo, sino que con la misma carne se ha de manifestar en el futuro, cuando venga a juzgar a los vivos y a los muertos.

Así, puesto que tú has venido a ser su reposo eterno, Él te llevó consigo libre de la corrupción, queriendo, como quien dice, tenerte cerca de sí, con tu corazón y con tus palabras, y por eso, cuantas cosas Tú le suplicas Él te las concede a ti, que lloras por tus hijos, y cuanto le pides lo realiza con su divino poder, Él, que es bendito por los siglos. Amén[34].

33. Sal 132 (131), 14.
34. Cf. Rm 1, 25 y 9, 5.

HOMILÍA V

DEL MISMO SAN GERMÁN, SERMÓN SEGUNDO SOBRE LA SANTA DORMICIÓN DE LA SANTÍSIMA SEÑORA NUESTRA MADRE DE DIOS Y SIEMPRE VIRGEN MARÍA[1]

Cesen las palabras necias y absurdas de los herejes. Ciérrense sus labios perversos[2]. *Exulten y alégrense en ti*, oh Madre de Dios, *todos los que te buscan y digan siempre: Sea glorificado el Señor.* Díganlo todos cuantos anhelan ensalzar tu nombre[3] como es debido. La boca de los cristianos, efectivamente, celebrará tu justicia y tu virginidad y todo el día proclamará las alabanzas[4] de la santidad de tu alumbramiento. Los pobres vieron[5], por medio de ti, las riquezas de la

1. En realidad ésta no es una segunda Homilía sobre la Dormición, sino una continuación de la precedente. La tradición manuscrita, sin embargo, la ha presentado separada de la otra, no sabemos por qué motivo.

2. Cf. Jb 5, 16. Las frases sucesivas indican que los herejes a que se refiere Germán son aquellos que, con sus doctrinas, disminuyen de algún modo la posición providencial de María en la historia de la salvación.

3. Sal 40 (39), 17. Es importante hacer constar que Germán no anula la tradicional interpretación cristológica de los textos escriturísticos alegados, pero que, al propio tiempo, encuentra la manera de situarlos en una perspectiva mariana.

4. Cf. Sal 35 (34), 28.

5. Cf. Sal 69 (68), 33.

bondad de Dios[6]; las vieron y exclamaron: *La tierra está llena de la misericordia del Señor*[7]. Los pecadores, a través de ti, buscaron a Dios y fueron salvados[8], y a su vez dijeron: Si el Señor no nos hubiera auxiliado encarnándose de una virgen, muy pronto nuestras almas habrían estado sumergidas[9] en el infierno de la muerte, que todo lo devora.

Poderoso es tu auxilio para la salvación, oh Madre de Dios, y no tienes necesidad de que nadie te recomiende ante el Señor. Tú eres ciertamente la madre de la Vida verdadera, tú la levadura de la renovación de Adán, tú la liberación de la deshonra de Eva[10]. Ésta fue madre del polvo, tú eres madre de la luz. En el vientre de Eva se halla la disolución, en el tuyo la incorrupción. Ella fue morada de la muerte, tú, en cambio, has sido la superación de la muerte. A ella se le cerraron los párpados, pero tú tienes la gloria de estar siempre en vela. De ella nació el dolor; tu Hijo, por el contrario, es la fuente de todo gozo. Ella, como era de tierra, entró en la tierra; tú que, en favor nuestro, has dado a luz al que es la Vida, has tenido el poder de proporcionar la vida a todos los hombres, incluso después de la muerte.

Tu auxilio sobrepasa toda ponderación[11]. No hay, además, ningún inconveniente en la reflexión que nuestra mente puede intentar acerca de tu tránsito, ocurrido al tiempo de tu dormición para entrar en la vida. En

6. Cf. Rm 2, 4.
7. Sal 33 (32), 5.
8. Cf. Sal 22 (21), 6.
9. Adaptación del salmo 94 (93), 17.
10. En tiempos de Germán la contraposición Eva-María era ya muy antigua, pues aparece en los Padres ya desde el siglo II.
11. Adaptación del salmo 145 (144), 3: *Tu grandeza es incomparable.*

efecto, tu protección es constante, tu intercesión no cesa nunca y tu defensa es continua. Si tú no fueras nuestra guía, nadie llevaría vida espiritual[12] y nadie adoraría a Dios en espíritu[13]. El hombre, efectivamente, se volvió espiritual cuando tú, oh Madre de Dios, quedaste constituida como morada del Espíritu Santo[14]. De no ser por ti, oh Santísima, nadie estaría lleno del conocimiento de Dios; nadie está a salvo si no es por ti, oh Madre de Dios; nadie se encuentra libre de peligros sin tu ayuda, oh Virgen Madre; nadie ha sido redimido sin tu intervención, oh Madre de Dios; nadie ha sido socorrido misericordiosamente, si no es por medio de ti, que eres Madre de Dios[15].

¿Quién combate tanto como tú en favor de los pecadores?[16] ¿Quién, como tú, defiende con sus alegaciones a los que no obran rectamente? Cualquiera de los que hubieran podido auxiliarnos, temiendo que fuera cortada la higuera de la parábola[17], se retraían de interceder por nosotros ante Dios, no fuera cosa que, a causa de la sentencia contra la esterilidad y el incumplimiento de las

12. Literalmente: «nadie sería espiritual» (pneumático), o sea, nadie estaría bajo el influjo del Espíritu Santo en su conducta y desarrollo de la vida cristiana.

13. Cf. Jn 4, 24.

14. La Anunciación es el momento histórico en que, según la doctrina llamada «física» de la Encarnación, se considera que la Redención está ya efectivamente iniciada, puesto que el Verbo, tomando la condición humana, la santifica.

15. Las prerrogativas de María aquí mencionadas son las que en la teología occidental se conocen como «corredención» y «mediación universal» de la Virgen.

16. Cf. 1 M 16, 3 y 3 M 7, 6. Sólo la traducción griega de los Setenta considera como canónicos los libros tercero y cuarto de los Macabeos.

17. Cf. Lc 13, 6-9.

promesas, hubiera de verse desatendida su defensa. Tú, en cambio, que gozas de una autoridad maternal en relación a Dios, obtienes la gracia de un generoso perdón incluso para quienes han pecado muy gravemente. No es posible, en efecto, que tú no seas escuchada, puesto que Dios en todo y por todo te obedece, como a su verdadero e inmaculada madre. Por todo ello, el afligido confiadamente se refugia junto a ti, el débil se apoya en ti y el que es combatido prevalece, por medio de ti, contra sus enemigos. Tú transformas *la cólera, el enojo, la tribulación, la expedición de ángeles malos*[18], tú apartas las justas amenazas y cambias la sentencia de una merecida condena, porque tienes gran amor al pueblo que lleva el nombre de tu Hijo. Por eso, a su vez, el pueblo cristiano, que es posesión tuya, valorando su propia condición, confiadamente te encomienda sus plegarias a fin de que tú las presentes ante Dios.

Este pueblo, oh Santísima, en razón de su experiencia y de la multitud de beneficios que de ti ha recibido, confiadamente se atreve a conjurarte y a presentarte insistentes y merecidas súplicas. ¿Quién, por tanto, no te proclamará bienaventurada?[19]. Tú eres el objeto de la contemplación de los ángeles, que supera toda comprensión; tú la dicha más extraordinaria de los hombres; tú el amparo del pueblo cristiano; tú el refugio al que acuden sin cesar los pecadores; tú la invocada constantemente por los cristianos. En cualquier momento, efectivamente, en que un cristiano siente algún temor o cuando su pie tropieza contra una piedra[20], al punto invoca tu nombre

18. Sal 78 (77), 49.

19. Cf. Lc 1, 48.

20. Interesante detalle de la vida diaria, que contrasta con el texto muy elaborado en el que se halla inserto.

para protegerse. No te glorifica suficientemente el que te alaba sin parar, sino más bien el que procura glorificarte con gran fervor, porque es imposible alabarte debidamente. El que desea ensalzarte en plenitud, glorificándote constantemente, intenta satisfacer su deuda y, puesto que no puede pagarte lo mucho que te debe, multiplica sus acciones de gracias, igual que tú vas aumentando la protección que le dispensas; por lo cual, ya que la mejor dádiva es la que no cesa nunca, aquél a quien tú siempre proteges, sin parar te manifiesta su gratitud.

¿Quién no se llenará de admiración ante ti? Tú eres firme protección, refugio seguro, intercesión vigilante, salvación perenne, auxilio indeficiente, socorro inmutable, sólida muralla, tesoro de delicias, paraíso irreprensible[21], fortaleza inexpugnable[22], trinchera protegida, fuerte torre de defensa, puerto de refugio en la tempestad, sosiego para los que están agitados, garantía de perdón[23] para los pecadores, confianza de los desesperados, acogida de los exiliados, retorno de los desterrados, reconciliación de los enemistados, ayuda para los que han sido condenados, bendición[24] de quienes han sufrido una maldición, rocío para la aridez del alma[25], gota de agua para la yerba marchita, pues, según está escrito, por medio de ti *nuestros huesos florecerán como un prado*[26]. Tú eres la madre del Pastor y del Cordero y se

21. Alude, por contraposición, al jardín o paraíso del pecado original.

22. Cf. 2 S 22, 2.

23. Cf. Hb 7, 22.

24. Palabras típicamente paulinas. Cf., por ejemplo, Ef 1, 3.

25. Hemos hallado ya esta imagen del rocío, que corresponde a un arraigado pensamiento de Germán acerca del frescor espiritual que María aporta al espíritu humano.

26. Is 16, 14.

te reconoce como a la suministradora de todos los bienes. Todas tus cosas son extraordinarias, verdaderas, justificadas en sí mismas, todas son deseables y más dulces que la miel y el panal, y nosotros tus siervos las anhelamos, y en el desearlas se halla una gran recompensa[27], que procede de ti. ¿Quién podrá comprender tus misericordias?[28].

Ya representa una alabanza para ti, oh admirable, el hecho de que nosotros no seamos capaces de elogiarte debidamente. Has alcanzado de Dios grandes cosas en tu excelso triunfo[29], pues has conseguido para Él al pueblo cristiano, que proviene de tu carne. Este pueblo es semejante a ti en la naturaleza, pero tú lo has transformado, adecuándolo a la imagen y semejanza divina[30]. Por ello, *sea bendito tu nombre por los siglos*[31]. Tu luz sobrepasa a la del sol, tu honor está por encima del de todas las creaturas, tu excelencia es superior a la de los ángeles. *Tú eres más excelsa que el cielo*[32] y más grande aún que el cielo de los cielos y que el séptimo cielo, del que habla un santo interpretando la Escritura[33]. Oh tú, que eres un cielo superior al octavo y, si existe otro todavía más alto, estás también por encima de él, bendita eres por generaciones y generaciones y en ti han sido bendecidas todas las tribus de la tierra[34]. Efectivamente, no hay lugar en el

27. Adaptación del salmo 19 (18), 10-12.
28. Adaptación del salmo 107 (106), 43.
29. Cf. 2 Co 2, 14. El cristiano participa del triunfo de Cristo.
30. Cf. Rm 8, 20; Flp 3, 21.
31. Sal 72 (71), 17.
32. Cf. Hb 7, 26.
33. SAN BASILIO DE CESAREA (*Sobre el Exámeron, Hom.* 3, 3), comentando el Génesis, examina varias teorías acerca de la constitución del universo celeste.
34. Cf. Sal 72 (71), 17.

que tú no seas glorificada, ni tribu en la cual, por medio de ti, no hayan germinado frutos para Dios, y así incluso las gentes que no te han conocido viviendo en este mundo, en el tiempo favorable[35], oh Virgen, te proclamarán bienaventurada. Así, pues, cuando aquél que de ti ha nacido venga a «juzgar al mundo con justicia, mirarán y llorarán»[36] los que no han querido reconocerte por la fe como Madre de Dios, y entonces reconocerán de qué gran tesoro se han privado a sí mismos insensatamente.

Extiende la protección de tu constante misericordia sobre nosotros los cristianos que, con cristiana fe, te veneramos como Madre de Dios. Con razón consideramos que tu Dormición, oh Madre de Dios, no es muerte, sino vida y, por la fe, creemos que tú espiritualmente habitas entre nosotros. Cuando se nos acerca la aflicción[37], buscándote somos liberados, y cuando tenemos una alegría, eres tú quien nos la proporciona y, ya que en todas las cosas nos hallamos bajo tu solícito cuidado, experimentamos que tú siempre estás a nuestro lado. Como el sediento se apresura a ir a la fuente[38], así toda alma fiel corre hacia ti anhelando experimentar la plenitud de tu protección, y así como el aire que se aspira es para el hombre aliento de vida, igualmente, para el cristiano ortodoxo, el pronunciar tu nombre viene a ser como su respiración. El aire que aspiramos no nos proporciona un deleite tan grande como el auxilio que nos viene de invocar tu nombre, cumpliéndose así, en Cristo y en ti, lo que está escrito: *Aliento de nuestra nariz eres tú; alen-*

35. Cf. 2 Co 6, 2.

36. Combinación del salmo 9, 9 y Za 12, 10

37. Cf. Sal 22 (21), 12.

38. Hallamos una comparación semejante en la carta de Germán a Tomás de Claudiópolis en relación al pueblo cristiano que se acerca a recibir el sacramento de la Eucaristía.

tados por ti y bajo tu amparo viviremos[39]. ¿Acaso entre los hombres hay otra raza, aparte de los cristianos, que haya conseguido tanta gloria y tan célebre renombre? Los ángeles se glorían de sus mansiones celestiales, nosotros nos alegramos de permanecer en tus templos santísimos.

Si antiguamente el templo de Salomón era sobre la tierra como una imagen del cielo, cuánto más justo será pregonar que tus iglesias son como un cielo en la tierra, puesto que tú has venido a ser templo viviente de Cristo. Las estrellas con su resplandor hablan en el firmamento celeste[40], pero la coloración material de tus iconos[41], oh Madre de Dios, brilla sobre nosotros con el fulgor de tus dones. El sol y la luna iluminan la órbita de la bóveda del cielo[42], pero tu luz, que proviene de la luz que de ti ha nacido, brilla sobre toda casa, toda ciudad y todo país. Bienaventurado, pues, el hombre que, aunque pecador, siendo allegado tuyo según la naturaleza humana, ha obtenido, por medio de ti, la dicha de ser partícipe de la naturaleza divina. Bienaventurado es en verdad; le ha ido bien y le irá mejor aún[43], pues tú no te alejas de quienes han sido considerados dignos de contar con tu ayuda hasta el final. Fracase en ti la muerte[44], oh Madre

39. Lm 4, 20 (según una traducción de los Setenta).

40. Cf. Gn 1, 14.

41. En las *Homilías* de Germán éste es el único pasaje, junto con otro del sermón de la dedicación de una iglesia, que se refiere a las imágenes que representan a la Virgen. El fulgor debe ponerse en relación con los colores resplandecientes con que el arte bizantino adorna los iconos, simbolizando la gracia celestial de que están investidas las personas santas, ya en la vida terrena y más aún en su vida inmortal junto a Dios.

42. Se refiere al espacio sideral, donde se ven los astros.

43. Cf. Sal 128 (127), 1s.

44. Cf. 1 Co 15, 54s.

de Dios, puesto que tú has proporcionado la vida a los hombres. Fracase en ti el sepulcro, ya que has sido constituida como sublime e inefable fundamento divino. Fracase en ti el polvo, pues tú eres la renovación y actúas como Señora de quienes estaban sujetos a la corrupción del polvo de la materia.

Por la fe confesamos que tú permaneces entre nosotros. Si no contáramos con este consuelo, nuestro espíritu se consumiría de tristeza por la añoranza de ti. Como por la fe sabemos que, según está escrito, los cielos han sido dispuestos ordenadamente[45], así también, por la fe, te contemplamos presente en medio de nosotros y acompañándonos, aun después de tu tránsito corporal. El alma, al ser arrancada del cuerpo, no sufre tanto como al verse privada de tu presencia, oh purísima. Así pues, según dice la Escritura, *aunque mi cuerpo duerme, mi corazón está en vela*[46] y, a pesar de que experimentaste la inevitable sujeción a la muerte propia de la condición humana, no te adormecerás ni se cerrarán tus ojos[47], que tienes puestos sobre nosotros para guardarnos y protegernos.

Tu tránsito no se realizó sin testigos, ni tu dormición contuvo falsedad alguna. El cielo proclama la gloria[48] de quienes en aquella ocasión corrieron a tu encuentro, la tierra sostiene la verdad que les concierne, las nubes manifiestan el honor del servicio que te prestaron y los ángeles atestiguan que entonces ellos te dieron escolta. Los apóstoles, efectivamente, se reunieron junto a ti en Jerusalén[49], del mismo modo que el profeta Habacuc fue

45. Cf. Sal 74 (73), 16, con referencia a Gn 1, 6ss.
46. Ct 5, 2.
47. Cf. Sal 121 (120), 3s.
48. Cf. Sal 19 (18), 1.
49. Acerca de esta tradición recogida en los apócrifos, cf. la Homilía siguiente.

arrebatado en una nube, por manos de ángeles, desde la región de la montaña y en una hora llegó al lago de Daniel en Babilonia de Persia[50].

Así como una gota vertida en el mar nada le añade y la bolsa de un pobre no agota el tesoro de un rico, del mismo modo nadie, con el sonido de sus palabras, es capaz de alcanzar la sublime altura que corresponde a tus alabanzas. Tú llevas en ti misma tu propio elogio, puesto que te manifiestas como Madre de Dios. Tú has obtenido este título de Madre de Dios, no porque lo hayamos oído con nuestros oídos, según dice la Escritura, ni porque nuestros padres nos lo anunciaran[51] con una expresión totalmente ajustada a la verdad, sino porque la obra que tú has realizado en favor nuestro, con toda propiedad y verdad y según la doctrina ortodoxa, y no por un juego de palabras, nos asegura que, en la realidad de los hechos, eres verdadera Madre de Dios. Por lo tanto era conveniente que tu cuerpo, que fue receptáculo de la Vida, no quedara sujeto a la corrupción de la muerte, ni que la tumba lo recibiera de igual modo que a los demás de la raza humana[52], sino que, al acabar tu vida y realizarse tu tránsito hacia los cielos, tu sepulcro debía aparecer sin rastro de tu carne, pero tu espíritu no debía apartarse de la convivencia humana, gracias al poder invisible del que nació de ti virginalmente, Cristo nuestro Dios, al cual sea la gloria por los siglos. Amén.

50. Cf. Dn 14, 33ss.

51. Cf. Sal 44 (43), 2.

52. Con su sepultura María pagó el tributo propio de su naturaleza humana, pero enseguida se vio liberada del sepulcro por razón de su divina maternidad.

HOMILÍA VI

DE NUESTRO PADRE SAN GERMÁN, ARZOBISPO DE CONSTANTINOPLA, ELOGIO DE LA SANTA Y VENERABLE DORMICIÓN DE LA GLORIOSÍSIMA SEÑORA NUESTRA, MADRE DE DIOS Y SIEMPRE VIRGEN MARÍA

Una hermosa y buena noticia, según está escrito, empapa los huesos[1]. La narración de la Dormición corporal de la que es Madre de la Vida y siempre Virgen María[2], santifica a quienes santamente la celebran, puesto que se percibe una fragancia divina y el aroma de la santísima carne de Cristo[3]. Los huesos humanos que estaban bajo tierra, por la misericordia de Dios[4], experimentaron una singular transformación, pues el cuerpo inmaculado de la Madre de Dios empapó estos huesos endurecidos en la podredumbre y, por efecto de la resurrección del que nació de ella, alcanzaron la incorrupción y se volvieron más suaves que el aceite[5]. Aunque sea con brevedad, ha-

1. Cf. Pr 15, 30.

2. Esta *Homilía de la Dormición* se diferencia de las precedentes por centrarse sobre la narración de los acontecimientos que se supone acompañaron la muerte y Asunción de María, derivando estos relatos, en buena parte, del apócrifo denominado *Tránsito de María.*

3. Cf. 2 Co 2, 15.

4. Por influjo de la Asunción corporal de María, Germán parece reconocer que la resurrección de Cristo habría favorecido no sólo a las almas, sino también a los cuerpos de los justos muertos anteriormente.

5. Cf. Sal 55 (54), 22.

gamos memoria de su tránsito, digno de ser siempre recordado, y el escuchar esta narración será motivo de gran alegría.

Cuando Cristo, nuestro Dios, determinó que se realizara el tránsito de su Madre, que es la Madre de la Vida, le envió de nuevo[6] aquel ángel ya conocido de ella[7] para anunciarle que estaba próximo el tiempo de su Dormición, a fin de que la muerte, al alcanzarle de improviso, no le ocasionara turbación, como a los demás mortales les ocurre al partir de este mundo. En efecto, la separación del alma y el cuerpo resulta triste en gran manera para el espíritu, incluso tratándose de grandes hombres. Así pues, para que una muerte imprevista no causara inquietud a su condición humana al no haber conocido de antemano su partida, siendo ella la Madre de Dios, que todo lo conoce, le fue enviado el ángel para infundirle confianza con las palabras que de parte de Cristo le eran transmitidas.

Ya ha llegado el tiempo –dice el Señor– de llevarte conmigo, oh Madre. Así como llenaste de gozo toda la tierra y a cuantos en ella habitan, oh llena de gracia[8], así también ahora llenarás de alegría los cielos. Regocija, pues, las mansiones de mi Padre[9] y las almas de los santos. Viendo éstos tu glorioso tránsito hacia mí con la escolta de los ángeles, obtienen, por la fe, la seguridad de que también ellos, gracias a ti, han de tener parte conmigo habitando en mi luz[10]. Ven, pues, con exultación[11]; alégrate ahora, como anteriormen-

6. Es decir: como ya aconteció en la Anunciación.
7. El arcángel Gabriel.
8. Cf. Lc 1, 28.
9. Cf. Jn 14, 23.
10. Cf. Col 1, 12.
11. Cf. Sal 100 (99), 2; 126 (125), 6.

te[12] te alegraste, pues, por encima de todo, gozas de la dignidad del título de tu plenitud de gracia. Así como, cuando ibas a ser mi madre, recibiste un anuncio de gozo, alégrate también ahora que se te invita a venir conmigo. No te inquietes por haber de dejar el mundo que está sujeto a la corrupción, con todos sus deseos. Tú quedarás libre de la corrupción[13] y, sin embargo, no dejarás huérfanos de tu protección a los que quedan en el mundo, sino que, de la misma manera que yo no soy del mundo, pero miro y atiendo a los que están en el mundo, así también tu auxilio sobre los que habitan en el mundo no cesará hasta el fin de los tiempos.

No te causará daño la mortificación de la carne. Tú te encaminas a vida más intensa, a un reposo de alegría, a una paz inquebrantable[14], a una existencia sosegada, a una felicidad serena, a una mansión apacible, a un gozo imperecedero, a una luz sin ocaso, a un día sin atardecer; vienes hacia mí, que soy creador tuyo y de todas las cosas. En efecto, allá donde yo estoy está la vida eterna, el gozo incomparable, la morada sin igual, la ciudadanía indefectible. Donde yo estoy debes estar tú, oh Madre inseparable, junto al Hijo indiviso. Donde está Dios, allí está toda la bondad, todo el gozo, toda la dicha. Nadie que haya visto mi gloria quiere perderla; nadie que haya entrado en mi descanso desea de nuevo las cosas del mundo perecedero. Pregunta a Pedro a ver si hay comparación posible entre el mundo y el Monte

12. Es decir: en el momento de la Anunciación. Para entender la referencia al gozo, recuérdese que el saludo del ángel en el texto griego de Lc 1, 28 se inicia con la palabra *jaire*, que indica precisamente el sentimiento de gozo.

13. Cf. 2 P 1, 4.

14. Sobre el gozo y la paz que son característicos del Reino celestial cf. Rm 14, 17.

Tabor, donde él, por breve tiempo, contempló mi gloria[15].

Mientras tú morabas en el mundo de las cosas perecederas, yo, como en una visión, te mostraba mi poder; más ahora, al dejar este mundo, yo mismo me manifestaré a ti cara a cara[16]. Sin afligirte, entrega a la tierra lo que le es propio. Tu cuerpo es cosa mía, puesto que en mi mano están los confines de la tierra[17] y nadie arrebatará cosa alguna de mi mano. Confíame tu cuerpo, pues yo depositaré mi divinidad en tu seno. Tu alma divinizada contemplará la gloria de mi Padre. Tu cuerpo inmaculado contemplará la gloria de su Hijo unigénito. Tu espíritu incontaminado contemplará la gloria del Espíritu Santísimo.

La muerte no se gloriará a costa de ti, pues tú llevaste la Vida en tu seno. Tú fuiste mi albergue, que no será devastado por el poder destructor de la muerte ni oscurecido por las sombras del reino de las tinieblas. Ven de buen grado hacia el que ha nacido de ti. Como corresponde a un hijo, yo quiero regocijarte; quiero recompensarte por haberme albergado en tu seno, retribuirte por haberme amamantado, remunerarte por haberme cuidado; quiero llenar tu corazón de seguridad y confianza. Tú, oh Madre, que me has tenido como Hijo único, preferirás venir a habitar conmigo, pues bien sé que no hay en ti inclinación alguna hacia otro hijo que pueda separarte de mí. Yo te constituí madre virginal y haré que, como madre, te alegres de tu Hijo[18]. Yo haré que todo el mundo tenga que estarte agradecido y acre-

15. Cf. Mt 17, 1ss. y lugares paralelos.
16. Cf. 1 Co 13, 12.
17. Cf. Sal 95 (94), 4.
18. Cf. Sal 113 (112), 9.

centaré tu fama[19] en el tiempo de tu glorioso tránsito. Yo te estableceré como plaza fuerte en medio del mundo, como puente donde se amparan los que son arrastrados por la corriente, como arca de salvación[20], como báculo[21] para los caminantes, como abogada de los pecadores y como escalera que puede hacer subir a los hombres al cielo[22].

Ven con alegría. Abre el paraíso que cerró Eva, allegada tuya por naturaleza y por parentesco. Entra en el gozo de tu Hijo. Deja la Jerusalén terrena y corre hacia la ciudad celestial, pues dentro de breve tiempo, según está escrito, el llanto de la Jerusalén de aquí abajo será grande como el llanto del granado cortado en la llanura[23]. Aunque sólo como en figura, tiéndete en el sepulcro de Getsemaní[24]; yo no te dejaré sola en él por mucho tiempo. Una vez cumplidos los ritos funerarios y después de haber sido colocada en la tumba, al punto yo vendré de nuevo hacia ti, no para ser nuevamente concebido, como cuando me albergué en tu seno, sino para llevarte a habitar conmigo. Deposita confiadamente tu cuerpo en el campo de Getsemaní, donde yo doblé mis rodillas para hacer mi plegaria de hombre[25] antes de mi

19. Cf. Sal 86 (85), 9.12.
20. Cf. Hb 11, 7.
21. Cf. Sal 23 (22), 4.
22. Cf. Gn 28, 12ss.
23. Cf. Za 12, 11.
24. Es muy antigua la tradición que sitúa el lugar del sepulcro de María en Getsemaní, como han confirmado los recientes estudios del P. Bagatti y de otros especialistas. Si no lo mencionan Egeria ni san Jerónimo, ello es debido probablemente a que el santuario se hallaba en manos de judeocristianos y no de la Iglesia jerárquica de Jerusalén, que no tenían entre sí buenas relaciones. La tradición efesina, según la cual María habría muerto en Éfeso, no tiene apoyos sólidos. (N. del T).
25. Cf. Mt 26, 36ss. y lugares paralelos.

Pasión. Prefigurando tu dormición, en este mismo lugar doblé yo las rodillas del cuerpo que de ti había asumido. Así como, después de haberme postrado de rodillas, yo salí para dirigirme a la voluntaria y vivificante muerte de cruz, así tú, después de haber sido depositados tus restos en el sepulcro, inmediatamente serás trasplantada a la vida.

He aquí que vienen hacia ti mis discípulos, hijos espirituales de mi luz, los cuales, con reverencia y honor, cuidarán de tus horas fúnebres. Tú misma eres testigo de que yo les concedí la gracia de la adopción filial[26]. Al prestarte ellos estos servicios, considera que los recibes de mis propias manos. No conviene, en efecto, que cuiden de tu sepelio otros que no sean mis apóstoles, en quienes habita el Espíritu Santo y que actuarán en representación mía, oh inviolada, honrando tu glorioso tránsito.

Habiendo escuchado tales anuncios, la Madre de Dios se alegró con gran gozo[27], desdeñando enteramente la vida de los mortales[28]. Después de iluminar toda la casa con grandes luces, convoca a sus amigas, parientas y vecinas, limpia la habitación y, como si se tratara de un tálamo de virginales nupcias, adorna con flores su lecho, que hasta entonces todas las noches inundaba con las lágrimas que acompañaban sus plegarias a causa del gran anhelo que sentía de estar con Cristo, su Hijo. Efectivamente, la Escritura dice: *En mi lecho busqué a Aquel a quien ama mi alma*[29]. Con gozo prepara lo que se relaciona con su partida, divulga la noticia de su traspaso, manifiesta lo que le

26. Combinación de Jn 19, 26s., Rm 8, 15 y Ga 4, 5.
27. Cf. Mt 2, 10.
28. Cf. 2 Co 4, 18.
29. Ct 3, 1.

ha anunciado un ángel y enseña el trofeo que se le ha entregado[30]. Se trata de una palma, símbolo de la victoria sobre la muerte[31] y figura de la vida inmarcesible; le ha sido entregada a fin de que, al salir de este mundo, tenga confianza de que ha de superar la corrupción, igual que Cristo, nacido de ella, ha vencido el Infierno. Este trofeo de la palma recuerda también a los piadosos niños de los hebreos que, cuando Cristo se aproximaba a su Pasión, en la que iba a vencer a la muerte, ellos agitaban triunfalmente sus palmas gritando: *Hosanna en las alturas*[32]. Efectivamente, entre los hebreos, la expresión *Hosanna* se interpeta: Sálvanos[33]. Así como entonces las palmas anunciaban simbólicamente la victoriosa muerte de Cristo, así también este galardón de la palma ofrecido a la Madre de Dios era prenda segura de la victoria sobre la ruina que conduce a la muerte.

Lloraban las mujeres que habían sido convocadas, gemían los que estaban reunidos junto a ella, haciendo de la casa, por así decirlo, como el cauce de un río de lágrimas. Le imploraban que no les dejara huérfanos, pero ella dijo: «Hágase en mí la voluntad de mi Hijo y mi Dios»[34], ya que *Él es mi Dios y lo glorificaré, el Dios de mi Padre y lo ensalzaré*[35]. Es mi Hijo, nacido de mí según la carne, pero también es Padre, Creador y Dios de su propia madre. Si vosotros, que tenéis hijos nacidos de seres corruptibles mediante una sórdida unión, no consentís estar separados de ellos ni por un momento,

30. Cf. 1 Co 9, 24.
31. Cf. Jn 12, 13 y Ap 7, 9.
32. Mt 21, 8s. y lugares paralelos
33. Cf. Sal 118 (117), 25.
34. Derivación de las palabras de Jesús antes de su Pasión (cf. Mt 26, 42 y lugares paralelos)
35. Ex 15, 2.

¿acaso no he de experimentar yo unos sentimientos más intensos que los vuestros, siendo así que tengo al mismo Dios como Hijo mío y conservo íntegras mis entrañas, pues he sido madre sin experimentar la corrupción, virginalmente y sin concurso de varón? Vosotros os consoláis mutuamente en ocasión de la pérdida de los hijos, y yo, que ahora recibo la gracia de unirme a Cristo, el Unigénito y Dios, ¿cómo no he de gozarme de ir hacia Él, que vive por siempre y a todos da la vida?

Mientras se pronunciaban estas palabras, se sintió de pronto el fragor de un fuerte trueno[36] y apareció el torbellino de una nube posada sobre la tierra, en la cual, como gotas de rocío, llegaron los discípulos de Cristo y todos a una entraron en la habitación de la Virgen. Al verla la veneraron amablemente y, habiendo sabido por ella cual era el motivo de su venida, le dirigieron estas palabras: Mientras contábamos con tu presencia en este mundo, oh Madre de Dios, te mirábamos como si estuviéramos viendo al mismo Cristo y hallábamos gran consuelo; ahora tu tránsito nos mueve a hacer muchas reflexiones. Puesto que, por el poder divino y por el amor filial del que ha nacido de ti según la carne, eres llamada para ir hacia Dios, nosotros nos alegramos por lo que en ti merecidamente va a realizarse y está a punto de cumplirse provechosamente. En efecto, por medio de ti, nosotros también recibimos una prenda de vida eterna y tú quedas constituida en nuestra mediadora al emigrar hacia Dios. No era conveniente que la Madre de Dios permaneciera en medio de una generación extraviada[37] y perversa, sino que debía transferirse

36. Cf. Hch 2, 2, en que se menciona el trueno que se produjo en la venida del Espíritu Santo.

37. Cf. Flp 2, 15.

a los tabernáculos de los cielos y de la existencia imperecedera.

Mientras decían estas cosas, lloraban con gran desconsuelo, pero ella les dijo: Alegraos, oh hijos espirituales de mi Hijo. Acordaos de aquellas palabras suyas con las que, en el tiempo de su Pasión, os mandó que no convirtierais en lamentos lo que era el gozo del mundo[38]. Así pues, ahora que yo voy hacia Él, vosotros no convirtáis en duelo mi alegría. Llevad todos al sepulcro mi cuerpo, tal como yo lo he dispuesto sobre el lecho. Me parece que es por las propias manos de mi Hijo como se me va a dar sepultura si fielmente me hacéis las exequias vosotros que sois sus discípulos.

Entretanto llega también el apóstol Pablo, que se hallaba muy lejos, ocupado en la predicación evangélica[39]. Toca a la puerta de la mansión y le abre amablemente el dueño de casa, el apóstol Juan, que, por disposición de Cristo, siendo él virgen, había recibido en su casa a la Virgen como madre suya[40]. Viendo a Pablo, los apóstoles se reaniman y, por reverencia, lo colocan en un lugar preeminente. La Virgen lo acoge con alegría y Pablo se postra a sus pies, los cuales habían sido portadores de Dios. Al conocer el motivo de su venida, con gran llanto y hondos suspiros abre su boca, llena de sabiduría y de enseñanza, y prorrumpe en espléndidas alabanzas a la Virgen. He aquí algunos solamente de estos elogios: Salve, oh Madre de la Vida y apoyo de mi predicación. Salve, oh logro de mi dicha. Aunque yo no he contem-

38. Estas palabras atribuidas a María parecen ser una especial interpretación de las palabras de Jesús a las mujeres de Jerusalén que lloraban al verle ir hacia el Calvario (cf. Lc 23, 28s.), aquí aplicadas a la muerte de su Madre.

39. Cf. Tt 1, 3.

40. Cf. Jn 19, 27.

plado a Cristo según la carne, sin embargo, para mi consuelo, me parecía estar viéndolo cuando corporalmente te veía a ti, que revestiste con el cuerpo al que es incorpóreo. Yo saciaba anticipadamente mi anhelo de ver a Cristo al contemplar tu rostro. Hasta ahora he predicado a los gentiles que de ti ha nacido Dios según la carne; de aquí en adelante enseñaré que te has ido junto a Él. Así los pueblos conocerán que su salvación cobra firmeza mediante tu intercesión y sabrán que junto a Dios tienen un amparo seguro.

Después de que Pablo, según hemos podido comprobar, hubo dirigido estas palabras y otras alabanzas a la Madre de Dios, ella, la Virgen, se despide de todos. Se tiende sobre el lecho que había preparado, dispone su cuerpo inmaculado según bien le parece y, como en un sueño, entrega su espíritu o, mejor dicho, estando en vela, se separa de la carne y queda libre la parte de su ser no sujeta a la corrupción[41]. Habiendo, pues, ella, en presencia de todos, entregado su espíritu irreprensible a Cristo Dios, Hijo suyo según la naturaleza humana, Pedro se dirige a Pablo, su colega en la autoridad jerárquica[42], a fin de que, sobre los restos de la Virgen, diga las preces acostumbradas. Pablo rehúsa diciendo que corresponde a Pedro hacerlo, como príncipe de los pastores. Pedro insiste en ceder el puesto a Pablo por razón

41. Con simplicidad y breves palabras narra Germán el traspaso de María, al revés de otros pasajes suyos en que se muestra un gran empeño retórico en las alabanzas a María.

42. He traducido como «colega en la autoridad jerárquica» los dos términos empleados por Germán, que son *sincorifeo* y *poimenarkes*, es decir: compañero de autoridad y cabeza de la grey. La cristiandad greco-bizantina, aun reconociendo la preeminencia de Pedro, insiste más que la cristiandad occidental en destacar el binomio Pedro-Pablo.

de sus muchos trabajos en la predicación. No se deja persuadir Pablo en modo alguno, queriendo guardar inviolada la preeminencia concedida por Cristo a Pedro[43]. Así pues, Pedro hace la plegaria y los demás apóstoles, llevando a hombros el féretro entre cánticos y luces, conducen al sepulcro con gran honor y reverencia el cuerpo de la Virgen.

Una multitud incalculable acudió a las exequias de la Madre de la Vida. Todos se admiraban de su imprevisto traspaso y quedaban atónitos al ver que los apóstoles, dispersos por el mundo[44], habían llegado por los aires. Efectivamente, por todo Jerusalén se había difundido la noticia de que una nube, aparecida súbitamente entre relámpagos y torbellinos de viento huracanado, los había hecho bajar, a modo de lluvia o rocío, sobre la casa de la Virgen. Un hombre necio y vano de entre los infieles hebreos (los cuales son vanidad de vanidades[45], porque son piedra de escándalo y provocan constantes discusiones y disputas)[46] extiende sus manos impías (pues está escrito: *En sus manos se encuentra siempre la iniquidad*)[47] y sacude la base del féretro, con la osadía de maltratar el cuerpo de la Inmaculada y sin temor de echar por tierra

43. Cf. Mt 16, 17ss. y Lc 22, 31. La preeminencia que se atribuye a Pedro en los relatos del tránsito de María, se manifiesta ya en las fuentes apócrifas de que se sirve Germán, pero en el fondo todo ello tiene su raíz en la posición que corresponde a Pedro según los Evangelios y el libro de los Hechos. Germán de Constantinopla es, entre los Padres griegos, uno de los que más consideración manifiestan hacia la primacía del obispo de Roma, sucesor de san Pedro.

44. Es decir, que se hallaban fuera de Palestina, estableciendo comunidades cristianas en diversos lugares.

45. Cf. Qo 1, 2.

46. Cf. Sal 139 (138), 20.

47. Sal 26 (25), 10.

el trono incorpóreo del Altísimo. Este hombre al punto se ve castigado con la amputación de sus manos[48], viniendo a resultar ejemplo y motivo de terror para los judíos, que impíamente siempre niegan a Cristo.

El cadáver se hallaba ya cerca del sepulcro. Los apóstoles, a causa de un respeto reverencial agradable a Dios, no se atrevían a tocar el cuerpo de la Virgen. Estos discípulos, en efecto, por la gran veneración que sentían hacia ella sabiendo que su casto cuerpo había sido el receptáculo de Dios, manifestaban un laudable sentimiento de temor en cuanto a poner las manos sobre los sagrados restos. Las demás personas del pueblo fiel, en vistas a su propia santificación, se disputaban el honor de llevarse algunas de las cosas dispuestas para el entierro[49]. Nadie, sin embargo, puso las manos sobre ella, sobre todo al tener ante los ojos la temeridad del hebreo que había sido ejemplarmente castigado. Así pues, por común parecer y decisión unánime de los apóstoles, Pedro y Pablo, tomando la sábana que delicadamente caía por uno y otro lado del féretro[50], colocaron el cadáver en el sepulcro dejando que fuera la sábana la que tocara el cuerpo y no sus propias manos. De este modo actuaron los gloriosísimos y muy piadosos apóstoles, que, por su amor a Dios, también manifestaron su santo temor y, por su excelsa humildad, llegaron a las alturas

48. Aquí aparece un recuerdo del episodio ocurrido durante el traslado del Arca de la Alianza: Cf. 2 S 6, 6ss.

49. Manifestación de la gran demanda que había entre el pueblo de reliquias de santos, ya fuese de sus huesos, ya de objetos que hubieran pertenecido o estado en contacto con los bienaventurados siervos de Dios. Este interés ya existía con bastante anterioridad a los tiempos de Germán.

50. Cf. Mt 27, 59 y lugares paralelos, por lo que se refiere a la sábana en que fue envuelto el cuerpo de Cristo.

celestiales, que fueron honorables cooperadores y propagadores del amor de Cristo, que con gran respeto veneraron al Hijo a través de la Madre y a la Madre a través del Hijo, que por causa del Dios encarnado con noble afecto sirvieron a la Madre de la cual Él asumió la carne. El cuerpo incontaminado de la Virgen, a la vista de todos, fue arrebatado de sus manos, pero nadie pudo ver quién se lo sustraía, pues era el mismo Dios invisible. La sábana, como por efecto de una suave brisa, se desprendió de las manos de los apóstoles, tomando la semejanza de una ligera nube en la cual subió a lo alto aquella que proféticamente había sido designada como una leve nubecilla[51].

Los discípulos se dieron cuenta de la presencia de Cristo junto a su Madre, en compañía de los ángeles y, prestando fe a su tránsito, dieron gloria a Dios con voces de alabanza y, dirigiéndose al pueblo, dijeron: Varones israelitas[52], ahora se ha puesto de manifiesto para todos vosotros que María, la Madre de Cristo según la carne, después de morir ha sido llevada en presencia de todos a este sepulcro y ha sido tomada de nuestras manos y subida hacia lo alto. Que nadie, pues, se manifieste incrédulo a propósito de esto. Que ninguno nos acuse falsamente del hurto de su cadáver, como antes se dijo acerca del cuerpo de Cristo[53], y si oís que vuestro príncipe o vuestros sumos sacerdotes dicen tal cosa, manifestad claramente la verdad y no la mentira. Sed testigos de lo que habéis visto. Quienes habéis venido aquí hoy al sepul-

51. Cf. Is 19, 1s. y Hch 1, 9 por lo que hace referencia a la nube en la Ascensión de Cristo.

52. Estas palabras aluden a aquellas con las que Pedro se dirige a los israelitas en el discurso pronunciado después de la venida del Espíritu Santo (Hch 2, 14).

53. Cf. Mt 28, 11ss.

cro, sed como otros ángeles en forma humana[54]. Que vuestras lenguas sean en verdad como las alas de los ángeles. Decid también vosotros: He aquí el lugar donde fue sepultada la Virgen; pero ya ha sido trasladada a otro lugar María, la Madre de la Vida. He aquí la sábana que ya no contiene a la que había sido envuelta en ella y que ahora parece reclamarla, la cual, habiéndole servido de mortaja cuando ella estaba muerta, ahora, después de haber sido restituida a la vida, quiere estar extendida bajo sus pies. Respecto de la que ha sido trasladada, actuad del mismo modo como lo hicieron las mujeres portadoras de ungüentos. Corred y anunciad que ella ha sido sacada del sepulcro, en este caso albergue de vida.

Bienaventurado, oh campo de Getsemaní, que has obtenido una gloria semejante a la del huerto de José[55]. Allí llegaron corriendo Pedro y Juan[56] y, habiendo hallado las vendas y el sudario, creyeron que Cristo había resucitado. Aquí, en Getsemaní, todos nosotros, los discípulos del Salvador y la multitud que se ha reunido para las exequias de la siempre Virgen María, viendo que ella era colocada en el sepulcro, hemos comprobado también su traspaso. Está fuera de toda discusión que aquí ella desapareció de nuestra vista antes de que fuera recubierta por la piedra del sepulcro, a fin de que por el hecho de estar sepultada sin sellos, ni guardias, no se ofreciera un buen pretexto a los incrédulos para hablar de un robo. Mas he aquí que, mientras se cantaban himnos y era depositada en la tumba, ella dejó vacío el sepulcro y llenó con su gloria el paraíso, viniendo a ser poseedora de la vida celestial y participante de la morada y de la felicidad de Dios.

54. Cf. Mt 28, 1-4 y lugares paralelos.
55. José de Arimatea (cf. Mt 27, 57ss. y lugares paralelos).
56. Cf. Lc 24, 12; Jn 20, 1-10.

Así fueron de sublimes las palabras de los apóstoles acerca de ti, oh Madre de Dios. Yo, por mi parte, voy a poner fin a este cántico, oh inviolada Señora, pues no ha sido poco el atrevimiento que he tenido al dirigirte estas palabras y, además, no bastan todos los siglos para el que pretenda proclamar tus alabanzas. Acuérdate de los cristianos, siervos tuyos. Presenta las súplicas y las esperanzas de todos[57]. Fortalece la fe. Une las Iglesias[58]. Da al Imperio la victoria, auxilia al ejército, concede la paz al mundo y, librando a todos de peligros y tentaciones, intercede para que, en el día de la retribución, cada cual se vea libre de condena. ¿A quién podremos dirigir la mirada, sino a ti?. Tú tienes palabras de vida[59], que son las súplicas que presentas a Dios en favor nuestro. Tú eres la que realizas grandes cosas entre nosotros y no dejarás de realizarlas[60]; tu nombre es santo y ensalzado por los ángeles y los hombres, por generaciones y generaciones sin cesar y por los siglos de los siglos. Amén.

57. Reaparece aquí el tema de la mediación universal de María, que evidentemente se halla en un plano diverso de la suprema voluntad de Dios.

58. En todas sus *Homilías* Germán manifiesta una constante preocupación pastoral por la paz y la concordia dentro de la Iglesia.

59. Cf. Jn 6, 67s.

60. Aplícanse a María las palabras que ella misma pronuncia para alabar a Dios, en el *Magnificat* (cf. Lc 1, 49ss) .

HOMILÍA VII

SERMÓN DE NUESTRO PADRE SAN GERMÁN, ARZOBISPO DE CONSTANTINOPLA, SOBRE LA DEDICACIÓN DEL VENERABLE TEMPLO DE LA SANTÍSIMA SEÑORA NUESTRA Y MADRE DE DIOS Y ACERCA DE LOS SANTOS PAÑALES DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Cosas gloriosas se han dicho de ti, oh ciudad de Dios[1], según nos manifiesta en sus cánticos el piadoso David, impulsado por el Espíritu Santo. Yo, en verdad, también proclamo «ciudad del gran rey», de la cual se han dicho cosas magníficas, a esta «ciudad» que, sin duda alguna y manifiestamente, ha sido elegida y es superior a todas las demás ciudades, no por la altura de sus edificios ni por la eminencia de sus colinas[2], sino por la elevación excelsa de las virtudes y por la extraordinaria pureza con que, por encima de todos, descuella María, la castísima e inmaculada Madre de Dios. En ella puso su tienda[3] el que, en verdad, es Rey de reyes y Señor de los señores; en ella habitó corporalmente toda la plenitud de la divinidad[4].

1. Sal 86 (85), 4.

2. Para comprender el sentido que Germán atribuye a estas comparaciones, recuérdese que tanto Jerusalén como Roma y Constantinopla eran ciudades caracterizadas por la presencia de alturas y colinas.

3. Cf. Jl 4, 21.

4. Cf. Col 2, 9, refiriéndose a Cristo.

Ésta es ciertamente la ciudad glorificada; ésta es la espiritual Sión; ésta es, según creo, la ciudad de la cual, por divina inspiración, habló David en sentido profético. Si alguno también llamara ciudad glorificada a la casa de María, no andaría desacertado ni se alejaría de la verdad. Efectivamente, si los nombres de quienes se han hecho famosos sobre la tierra[5] perduran en el recuerdo por largo tiempo, y si a otros cuyos nombres no deben ser pronunciados por nuestros labios se les han erigido monumentos, templos y estatuas que han perdurado hasta el día de hoy, y, a pesar de que se trata de meros nombres, permanecen en los oídos de los ignorantes como si se tratara de personajes que aún sobrevivieran, ¿acaso nosotros no debemos recordar a la jovencita inmaculada? En efecto, si ella fue la ciudad viviente de Cristo Rey, con razón también su templo santísimo, cuya dedicación hoy celebramos, es en realidad y debe llamarse ciudad glorificada. Es una ciudad que no inscribe a sus ciudadanos como súbditos de un rey terreno y mortal, sino del Rey celestial que hace entrar en la vida eterna a quienes le siguen y les hace participar de su propio reino.

Oh dignos y venerables oyentes, al escuchar la palabra «dedicación», no penséis que se refiere a edificios nuevamente construidos o a estructuras recién fabricadas, sino que se trata de una renovación en el espíritu, mediante la cual nuestro hombre interior, habiéndose despojado de la vestidura vieja y desgarrada del pecado, se reviste del indumento nuevo de la piedad y adopta un comportamiento que implica novedad de vida[6]. Con

5. Se refiere a personajes de la antigüedad pagana.

6. Cf. 2 Co 4, 17. En esta Homilía, igual que en las precedentes, Germán se preocupa de que la celebración externa contribuya a provecho interior y espiritual. Este punto aparece singularmente destacado en el presente sermón.

esto se alegra la Inmaculada[7], y nosotros, renovados en las virtudes y en un género de vida piadosa que nos une a Dios, castamente nos gozamos en la casta Dedicación de aquella que es casta. Al encaminarnos hacia su venerable templo, como si fuéramos a encontrarnos con ella visiblemente, pongamos en orden y mejoremos todas las cosas: la acción, la palabra y la contemplación. Que nada haya en nosotros que sea indigno de este día. Que no resulten indecorosos ni el paso de nuestros pies, ni la risa de nuestros dientes (como suele decirse), ni el adorno de los vestidos. Pero, ¿qué estoy diciendo? Ordenemos también nuestros pensamientos y vaya por delante de todas estas cosas la misericordia, con la que se honra y se sirve a Dios[8], a fin de que, renovados en el alma y en el cuerpo, celebremos renovadamente[9] la fiesta de la Dedicación de la Inmaculada Madre de Dios según la carne.

Junto con esta dedicación[10] resplandece también la instalación y veneración del precioso y sagrado ceñidor de María y de los purísimos y admirables pañales de su Hijo. Se trata de aquel cíngulo que rodeaba su cuerpo santísimo y circundaba a Dios, que se hallaba oculto en su seno[11]; es el ceñidor que adornaba, con esplendor y nobleza, el Arca de Dios[12], y que muchas veces se humedecía con las purísimas gotas de la leche de la que es toda pura. Que nadie de los que podrían censurar-

7. Es decir: La Virgen se congratula de la consagración personal e interior del cristiano.

8. Cf. Jdt 11, 17.

9. O sea, con una vida interiormente renovada.

10. Es decir: con la fiesta de la dedicación de la Iglesia.

11. Se refiere al seno virginal de María.

12. Es decir: el cuerpo de María, Arca de la Nueva Alianza, por haber albergado en sí el cuerpo del Señor.

lo[13] lleve a mal y considere improcedente el que nos dirijamos a seres inanimados dedicándoles palabras de alabanza.

Si un vaso que, por breve tiempo, ha contenido un perfume, después de quedar vacío, conserva aún el aroma durante largo tiempo, ¿qué no se podrá decir respecto de este ceñidor[14], que de modo prolongado ha estado en contacto con el ungüento divino, no derramado, que es el cuerpo purísimo e inmaculado de la Madre de Dios? ¿Acaso no conservará siempre la fragancia de las curaciones y no inundará con su perfume a quienes se acerquen a él con fe y amor? No se trata de un aroma afeminado y despreciable, sino de una fragancia divina y digna de sumo aprecio, que tiene una gran fuerza para alejar las dolencias del alma y del cuerpo. Si, como hemos dicho, a una vasija inanimada que ha contenido un perfume material se le comunica el buen olor, ¿qué diremos de este cíngulo que ha estado unido a la que es morada viviente del Verbo de Dios? ¿No correremos? ¿No nos prosternaremos? ¿No presentaremos nuestras súplicas a fin de purificarnos en el alma y en el cuerpo? ¿No nos dirigiremos a este ceñidor como si fuera un ser viviente y le entonaremos cánticos de alabanza? Hagámoslo, pues, sin demora.

13. Cf. Judas 16. O sea, los hombres inclinados a la murmuración y a la censura.

14. Esta reliquia muy apreciada que se tenía como el ceñidor de María, era venerada en Constantinopla. En esta misma ciudad, en el famoso santuario mariano de Blakhernes, llamado de Ntra. Sra. de la Fuente Viva, se hallaba depositado el sagrado Maforion, o sea el velo de la Virgen. Una solemne fiesta del cíngulo o correa de Ntra. Sra. se celebra en el rito bizantino el 31 de agosto, y el 2 de julio otra del velo o manto de María. En las Iglesias eslavas y rumanas la fiesta del 31 de agosto es la de los iconos llamados *Procov* o arropamiento, en los que la Madre de Dios extiende su manto sobre los fieles (N. del T.).

¡Oh ceñidor que envolviste la fuente de la Vida y que das la vida eterna a quienes te veneran! ¡Oh cíngulo que a cuantos acuden a ti les otorgas el don de la mortificación de las pasiones y les proporcionas la fuerza y la valentía para la práctica de las virtudes[15]! ¡Oh cinturón que confortas y robusteces la debilidad de nuestra naturaleza y encadenas a nuestros enemigos visibles e invisibles!

¿Qué es lo que me ha ocurrido, que, arrastrado por el impulso del amor hacia la que es toda pura y por el brío de la oratoria, me he olvidado de los pañales[16]? Sin embargo, no hay por qué extrañarse, pues cuando la madre es glorificada, este Hijo suyo que tanto la quiere se llena de gozo. Obedeciendo pues a la ley de la naturaleza, aunque aquí se trate de cosas sobrenaturales, presentaremos primero nuestro homenaje a la Madre, lo cual en modo alguno será desaprobado por el Señor, que es sumamente bueno. Efectivamente, el que tuvo a bien hacerse verdadero hombre naciendo de ella y se dignó llamarse Hijo suyo, por su gran misericordia aceptará con agrado nuestro atrevimiento, que deriva de la condición humana. Por lo demás, cuando yo haga memoria de los pañales, me referiré de nuevo a la Madre, pues fue ella la que los preparó con sus castas manos, y en estos pañales, como se hace con los recién nacidos, ella envolvió al Señor Dios grande con sus manos maternales. Ella llevaba en brazos al fruto de su vientre y amamantaba al que proporciona a todos los seres la vida y el alimento.

15. La celebración de fiestas en honor de objetos materiales, un tanto ajena a la sensibilidad actual de Occidente, no constituye un fin en sí misma. Germán la considera como un medio para fomentar el progreso espiritual de los fieles.

16. Usando un artificio retórico, Germán hace como si la veneración del cíngulo se refiera sólo a María y la de los pañales a Jesús.

¡Oh pañales que envolvisteis al Señor que nos ha liberado y rompisteis las ataduras de nuestros delitos [17]! ¡Oh pañales que ceñisteis al Señor poderoso y habéis fortalecido la debilidad de nuestra naturaleza!

¡Oh pañales que protegéis y guardáis a los fieles, mientras que sujetáis y vencéis a sus adversarios!

¡Oh pañales y ceñidor venerables, conceded la santificación, la fortaleza, la propiciación y la salud a mí y a cuantos con amor vienen a postrarse en este santo templo! ¡Oh admirable cíngulo que circundas y amparas esta ciudad tuya[18] y la preservas de las incursiones de los bárbaros[19]! ¡Oh cinturón precioso que estuviste en torno del Verbo de Dios cuando se albergaba en el seno de María[20], y por eso te enriqueciste con la gracia de curaciones[21] que distribuyes sobre nosotros! ¡Oh ceñidor esclarecido, que, con toda dignidad, estuviste junto al venerabílisimo cuerpo de la Madre de Dios inmortal, por lo cual adquiriste el don de la incorruptibilidad, quedando ileso e incólume hasta el presente, según conocemos por una sólida tradición que ha llegado hasta nosotros[22]!

17. Cf. Pr 5, 22.

18. Constantinopla, donde estaba la iglesia de Calkoprateia, en la cual se hallaban depositados el cíngulo de María y los pañales de Jesús.

19. Pocos años antes de que Germán pronunciara esta Homilía, Constantinopla había sufrido un largo asedio por parte de los musulmanes y el peligro de nuevos asaltos estaba siempre presente.

20. Posteriormente († 917), patriarca de Constantinopla, dice que con este cíngulo, con el cual Cristo había jugado siendo niño, fue ahogada la serpiente infernal y fueron destruidos los altares de los ídolos (P.O. 16, 510) (N. del T.).

21. Cf. Hch 4, 22.30.

22. Aquí Germán habla de una tradición sobre el ceñidor de María que nosotros no podemos precisar. Quizá tenga relación con lo apuntado en la nota anterior.

Mas, ¿por qué emprendemos aquello que supera nuestras fuerzas o nos disponemos a saltar por encima de un foso, entretejiendo alabanzas con palabras de elogio, siendo así que los mismos ángeles[23] son incapaces de hacerlo? ¡Oh ceñidor precioso de la Madre de Dios, digno de toda alabanza, ciñe nuestro cuerpo con la verdad, con la justicia y con la mansedumbre[24]. Haznos herederos de la vida eterna[25] y bienaventurada y mantén nuestra vida temporal libre de las asechanzas de los enemigos visibles e invisibles; guarda en la paz la firmeza de nuestra fe! ¡Oh cíngulo incontaminado de la que es toda pura, conserva a tu heredad, a tu pueblo, en la fe recta, en una vida adecuada a la voluntad de Dios y líbralo de todo agravio. Sé nuestra fortaleza y auxilio, nuestra muralla y valladar, nuestro puerto y refugio seguro!

Oh purísima Señora, llena de bondad y de misericordia, consuelo de los cristianos, alivio eficaz de los oprimidos, refugio seguro de los pecadores, no nos dejes huérfanos de tu protección. Si nos viéramos abandonados de ti, ¿a dónde acudiríamos? ¿Qué sería de nosotros en ese caso, oh santísima Madre de Dios, que eres la vida y el aliento de los cristianos? Así como nuestro cuerpo tiene en la respiración la prueba de su energía vital, así tu nombre altísimo, que tus siervos en todo tiempo, lugar y circunstancia tienen sin cesar en su boca, no es un simple testimonio, sino una verdadera donación de vida, de gozo y de auxilio. Protégenos, pues, con las alas de tu bondad[26] y defiéndenos con tu intercesión. Tú que eres la esperanza inconmovible de los cristianos, consíguenos

23. Según la tradición de la Iglesia oriental y occidental, la excelencia de María es superior a la de los ángeles.

24. Cf. Ef 6, 14 y las bienaventuranzas de Mt 5, 5s.

25. Cf. Tt 3, 7.

26. Cf. Sal 17 (16), 8; 36 (35), 7; 61 (60), 4.

la vida eterna. Que nosotros, que somos pobres por nuestras obras y por nuestro comportamiento con Dios, mirando la riqueza que por tu benignidad[27] se nos ha concedido, podamos exclamar: *La tierra está llena de la misericordia del Señor*[28].

Nosotros, alejados de Dios por la multitud de los pecados[29], a través de ti hemos buscado a Dios y lo hemos hallado[30] y, hallándolo, hemos sido salvados. Poderosa es tu ayuda para la salvación, oh Madre de Dios, y no necesita de otro mediador delante de Él. Sabiendo esto y habiendo experimentado muchas veces tu bondadoso auxilio, cuando te hemos invocado y hemos obtenido de ti generosamente la realización de nuestras peticiones, buscamos ahora refugio junto a ti nosotros que somos tu pueblo, tu heredad[31], tu rebaño[32] y estamos adornados con el nombre de tu Hijo. Verdaderamente no hay límite en tu grandeza, ni hay saciedad en tu ayuda, ni hay número en tus beneficios. Nadie es salvado sino a través de ti[33], oh toda santa; nadie es liberado de los males sino a través de ti, oh inmaculada; nadie se otorga la gracia de ser compadecido sino a través de ti, oh venerabilísima. Por todo esto, ¿quién no te proclamará bienaventurada?[34] ¿Quién no te enaltecerá? Aunque estas alabanzas no correspondan a lo que tú mereces, se te dirigen, sin embargo, con gran fervor del espíritu a ti la glorificada, a ti la enaltecida, a ti que has recibido del que es tu Hijo y

27. Cf. Sal 31 (30), 19.
28. Sal 33 (32), 5.
29. Cf. St 5, 20.
30. Cf. Pr 8, 17.
31. Cf. 1 R 8, 15.
32. Cf. en el N. T., por ejemplo, Lc 12, 32; Hch 28, 28s.; 1 P 5, 2.
33. Aplicación a María de lo que se dice de Cristo en Hch 4, 12.
34. Cf. Lc 1, 48s. También para los conceptos subsiguientes.

tu Dios unos magníficos dones, grandes y maravillosos, por lo cual te honrarán todas las generaciones.

¿Quién cuida del género humano como lo haces tú, junto con tu Hijo? ¿Quién como tú nos protege y socorre en nuestras tribulaciones? ¿Quién se dispone tan presurosamente a liberarnos de las tentaciones que nos invaden? ¿Quién defiende con tanto empeño a los descarriados? Puesto que tú, como madre, tienes libre acceso y singular eficacia ante tu Hijo, con tus plegarias e intercesiones nos salvas del castigo eterno a quienes hemos sido condenados a causa de nuestros pecados y nos atrevemos a levantar nuestros ojos hacia lo alto del cielo. Por eso el afligido se refugia en ti[35]; el que es tratado injustamente a ti recurre; el que se siente oprimido por las desgracias implora tu auxilio. Todas tus cosas, oh Madre de Dios, son extraordinarias[36]; todas sobrepasan la naturaleza y superan cualquier razonamiento y capacidad de compresión. Tu protección está por encima de lo que podemos imaginar: a cuantos se ven rechazados, desterrados o combatidos, mediante tu alumbramiento los has reconciliado, los has unido familiarmente y los has constituido hijos y herederos[37]. A quienes constantemente se hallan sumergidos por los pecados, tú les tiendes las manos[38] para auxiliarlos y los salvas de los embates de la tempestad. Con la santísima invocación de tu nombre tus siervos son liberados por ti de los asaltos del Maligno, al cual pones en fuga. A cuantos te invocan, oh Inmaculada, tú los preservas y libras de agravios y de toda clase de tentaciones.

35. Cf. Sal 32 (31), 7; 59 (58), 16.
36. Cf. Lc 5, 26.
37. Cf. Rm 8, 17; Ga 4, 7.
38. En el A. T. es frecuente la expresión de que Dios tiende su mano. Cf., por ejemplo, Sal 138 (137), 7; Si 7, 32; Jr 1, 9; 6, 12.

Por eso corremos presurosos hacia tu santo templo y, al estar en él, creemos hallarnos en el cielo. Mientras en él cantamos tus alabanzas, nos parece estar formando parte del coro de los ángeles. ¿Qué estirpe humana, fuera de los cristianos, ha conseguido tanta gloria, ha merecido tal socorro o se ha enriquecido con semejante protección? ¿Quién hay, oh Madre de Dios, que, habiendo mirado con fe tu venerable ceñidor, no se haya llenado de gozo enseguida? ¿Quién, después de haberse postrado con fervor ante este cíngulo, se ha ido jamás sin obtener el fruto de su conveniente plegaria? ¿Quién, al contemplar tu imagen[39], no se olvida al punto de toda aflicción? No se puede expresar con palabras cuánto gozo, cuánta alegría, cuánta felicidad dichosamente consiguen los que acuden a tu santo templo, en el que has querido que se custodiaran tu precioso ceñidor y los pañales de tu Hijo y Señor nuestro, por lo cual hoy celebramos esta festividad.

¡Oh vasija[40] de la cual nosotros, que estamos requemados por el mal, hemos tomado el maná del refrigerio! ¡Oh mesa en la que los que estamos hambrientos nos hemos saciado con el pan de la vida[41]! ¡Oh candelabro[42] por el que hemos sido alumbrados con una gran luz quienes estábamos sumidos en las sombras[43]! Tú has recibido de Dios la merecida alabanza que te correspondía; no rechaces nuestros indignos elogios, que te ofrecemos

39. Ésta es la segunda referencia a una imagen de María, después de la que se ha hecho en la segunda *Homilía* de la Asunción (Véase la nota 41 de dicho sermón). La contemplación del icono produce frutos de la vida espiritual.

40. Se refiere a la urna en que se guardaban residuos del maná caído del cielo para los israelitas, en el desierto. (Cf. Ex 16, 33).

41. Es decir: el cuerpo y la sangre de Dios.

42. El candelabro que Dios había mandado hacer para iluminar el templo. (Cf. Ex 25, 31ss.).

43. Cf. Lc 1, 79, en el cántico de Zacarías en alabanza de Dios.

movidos por el amor. ¡Oh gloriosísima, no rehúses las aclamaciones que salen de nuestros labios impuros, pero que te ofrecemos con buena voluntad! ¡Oh glorificada por Dios, no tengas reparo en atender las súplicas de una lengua indigna; antes bien, considerando el amor, consíguenos el perdón de los pecados, el gozo de la vida eterna y la liberación de cualquier desgracia.

Desde tu santa morada[44], pon los ojos sobre esta fidelísima asamblea que se halla reunida en torno a ti feliz y dichosa de tenerte como amparo, Reina y Señora, y se ha congregado para cantarte con toda el alma, oh Madre de Dios, y está confiada a tu excelso patrocinio. Aparta a tus fieles de toda desgracia y aflicción; presérvalos de toda enfermedad y de todo perjuicio y líbralos de toda injuria y vejación. Concédeles en abundancia el gozo, la salud y la gracia. Cuando, por fin, sea el tiempo de la venida de tu Hijo, nuestro Dios clementísimo, y todos nos presentemos para ser juzgados, puesto que gozas de la confianza y la fuerza propias de una madre[45], apartándonos del fuego eterno con tu mano poderosa, haznos dignos de alcanzar los bienes eternos, por la gracia y la benignidad[46] de nuestro Señor Jesucristo, que de ti nació, al cual sea la gloria y el poder, ahora y por los siglos de los siglos. Amén[47].

44. Cf. Sal 33 (32), 14.

45. Es decir, que María tiene este valimiento por ser Madre de Dios.

46. Cf. Tt 3, 4.

47. 1 P 4, 11.

Germán de Constantinopla

CARTAS ACERCA DE LAS SAGRADAS IMÁGENES

CARTA I

DEL BEATÍSIMO GERMÁN, QUE FUE PATRIARCA DE CONSTANTINOPLA, A JUAN, OBISPO DE SINADA[1]

El ilustrísimo patricio Tarasio[2] nos entregó una carta de vuestra beatitud[3] en la que se hace referencia al bienaventurado obispo de Nacolia[4]. Queremos informaros de

1. Dentro de la organización eclesiástica del Patriarcado de Constantinopla, Sinada era una sede metropolitana, o sea, capital de una provincia eclesiástica, regida por un metropolitano y que abarcaba otras sedes episcopales menores. Estaba situada en la «Frigia Salutris», en el centro del Asia Menor occidental, y por tanto no lejos de Constantinopla, centro político y eclesiástico del Imperio Bizantino.

2. No sabemos quién era este Tarasio, que, poseyendo el título de patricio, debía ocupar un puesto importante en la corte imperial. La aparición de un laico de elevada posición en los inicios del movimiento iconoclasta nos induce a pensar que con esto se afianza la hipótesis de quienes afirman que la iconoclastia no tuvo un origen especialmente vinculado con el estamento eclesiástico, o sea, que no surgió de una crisis interna de la Iglesia.

3. Tomando ejemplo del epistolario papal en las misivas a dignatarios eclesiásticos de lengua griega, traducimos los términos «Theofilia» y «Theofilós» por «beatitud» y «bienaventurados», que expresan la idea de santidad y complacencia divina en relación a los jerarcas de la Iglesia.

4. Se trata del obispo Constantino de Nacolia, a quien Germán dirigió la carta que sigue a continuación de la presente. Nacolia era una sede episcopal sufragánea, dependiente de la sede metropolitana de Sinada.

que, con anterioridad a la recepción de las letras de vuestra beatitud, habiendo estado aquí el mismo bienaventurado obispo, entablamos conversación con él, examinado sus ideas, para saber cuál era su mentalidad acerca de lo que se nos había referido de él.

Siendo necesario poner detalladamente todo este asunto en conocimiento de vuestra beatitud, os diré que la defensa[5] que él presentó en su favor consistió en afirmar que había escuchado lo que dice la Escritura: *No hagas ninguna imagen para postrarte ante ella, ni de lo que hay arriba en el cielo, ni de lo que existe abajo en la tierra*[6] y que, por tanto, no se debe venerar ninguna obra de nuestras manos, o sea fabricada por el hombre[7], y que por eso se juzga que son dignos de toda alabanza los santos mártires de Cristo, verdaderas piedras preciosas de la fe, y se implora su intercesión[8].

A estas razones nosotros respondimos[9] diciendo

5. Esta indicación de Germán acerca de las afirmaciones del obispo de Nacolia es cronológicamente el primer testimonio que ha llegado a nosotros acerca de las razones aducidas por los promotores de la Iconoclastia. Éstas se basan en dos elementos: los textos escriturísticos y la actuación de los cristianos. El primer elemento consiste en aducir las prohibiciones de las imágenes en el A. T., y el segundo quiere hacer notar el rechazo del culto idolátrico por parte de los cristianos desde un principio. De este estado de cosas derivan los argumentos empleados por Germán en su impugnación de los iconoclastas.

6. Cf. Ex 20, 4s.; Dt 5, 8s.

7. La impiedad e irracionalidad del culto tributado a cosas fabricadas por la mano del hombre representa un argumento constante en el A. T. y en toda la apologética cristiana. Cf., por ejemplo, Lv 26, 1; Is 46, 6; Hch 7, 48; Hb 9, 11.24.

8. La referencia especial a los mártires indica implícitamente la causa inmediata de su martirio, que fue el rehusar el culto a los ídolos fabricados por mano del hombre.

9. La respuesta de Germán constituye el primer testimonio que tenemos en que aparece una defensa contra los ataques de los icono-

que la fe, el culto y la veneración que practicamos los cristianos se dirigen solamente al único Dios, de acuerdo con lo que está escrito: *Al Señor tu Dios adorarás y a Él sólo servirás*[10] y que nuestra glorificación y adoración son presentadas a Él sólo por las potestades incorpóreas, santas y espirituales que están en los cielos[11] y por los que, estando en la tierra, han conocido el camino de la verdad[12]. Así, en todas las iglesias de Cristo del mundo entero es alabada y glorificada la Santa Trinidad, en unidad de dominio y de divinidad, siendo reconocida por nosotros como un solo Dios, fuera del cual no hay poder alguno que prevalezca sobre el Eterno y conduzca todas las cosas, tanto visibles como invisibles, del no ser a la existencia. Ésta es la Santa, consustancial y vivificante Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo[13].

Nosotros, teniendo y profesando esta fe, hemos sido bautizados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, según nos ha enseñado el mismo Verbo de

clastas. Es un documento muy importante por ser una manifestación directa e inmediata y con argumentos espontáneos y acordes con la sensibilidad de los fieles.

10. Cf. Dt 6, 13. Germán se sitúa enseguida en el terreno escogido por su adversario, y se apoya en el mismo precepto que los opositores intentan aducir contra el culto de las imágenes cristianas.

11. Se refiere a los órdenes angélicos, que constituyen una realidad «espiritual» en el sentido de sobrehumana e incorpórea, pero no del todo inmaterial, según la tradición patrística.

12. Cf. 2 P 2, 2.

13. Tal como había hecho su adversario, Germán, después de aducir el texto bíblico, se refiere inmediatamente a la realidad concreta de la vida de fe y del culto que mantienen los cristianos en todo el mundo. Nótese como él insiste ante todo en la unidad, soberanía y acción creadora de Dios a fin de eliminar desde un primer momento toda acusación de acercamiento al politeísmo pagano e idolátrico.

Dios, que se ha hecho hombre[14], nuestro Señor Jesucristo, que es una de las personas de la Santa e incomprensible Trinidad. Nosotros no adoramos a ninguna creatura[15] –Dios nos libre de ello–, ni prestamos a nuestros consiervos el servicio de culto que se debe únicamente a la soberanía divina[16]. Efectivamente, cuando veneramos a los reyes o príncipes de este mundo, sabemos bien que no les prestamos la misma veneración que ofrecemos a Dios. Cuando aparece el profeta Natán postrándose en tierra para venerar a David, que era hombre y rey[17], no se le hace reproches como si hubiera dado culto a un hombre en perjuicio del que se debe a Dios. No consideramos que sea una desviación del culto perfecto debido a Dios al hacer iconos[18], usando la cera y los colores[19], pues no modelamos una imagen, una imitación,

14. Cf. Mt 28, 19s.

15. Cf. Rm 1, 24. El contexto nos hace suponer que también los iconoclastas invocaban de algún modo este famoso texto paulino.

16. Aquí Germán se refiere al culto de los santos, inmediatamente después de sus puntualizaciones acerca del culto cristiano al Dios uno y trino. Él quiere defender el culto a todas las imágenes cristianas, incluidas las de los santos.

17. Cf. 1 R 1, 23.

18. En esta carta Germán emplea constantemente el término «iekos» para designar las imágenes cristianas. Ésta es la palabra que prevaleció en la tradición cristiana de lengua griega y en las Iglesias de ella derivadas, como son las eslavas. También la adoptamos frecuentemente en nuestra traducción. Los cristianos fieles al culto a imágenes adoptaron esta palabra para referirse a las representaciones pictóricas del Cristo, de María y de los santos, en contraposición a ídolo («eidolon»), que indica una figura a la que no corresponde más que una ficción mental, sin realidad objetiva. La defensa de Germán seguirá constantemente por este camino de contraposición de estas dos clases de figuras.

19. Como también se verá en la carta tercera, Germán defiende las imágenes cristianas de dos dimensiones, es decir: cuadros y mo-

una figura, o una forma de divinidad invisible, que ni siquiera las jerarquías superiores de los santos ángeles son capaces, en modo alguno, de comprender y de escrutar[20].

El Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre, para rescatar a su propia creatura[21] de la condena de muerte con el beneplácito del Padre[22] y del Espíritu Santo, juzgó conveniente hacerse hombre y parecerse a nosotros por la participación de nuestro cuerpo y sangre[23], de modo que, según dice el gran Apóstol, se hizo semejante a nosotros *en todo, menos en el pecado*[24]. En razón de ello, nosotros representamos en los iconos su figura humana y el aspecto de su naturaleza carnal, pero no su divinidad incomprensible e invisible. De este modo procuramos manifestar las verdades de la fe, haciendo ver que el Verbo asumió nuestra naturaleza, no como una apariencia o una sombra, según erróneamente afirmaron algunos antiguos herejes[25], sino que, en reali-

saicos, pero se muestra contrario a las estatuas o figuras en relieve. En la tradición cristiana greco-oriental estas representaciones fueron consideradas inconvenientes, por parecer demasiado semejantes a los ídolos paganos, que casi siempre eran esculturas.

20. Aquí Germán va exponiendo el argumento principal con el que responde a la objeción fundamental de los iconoclastas, que es la prohibición del A. T. sobre la fabricación de imágenes. Los iconos, como dice el santo, no caen bajo esta condena, porque no pretenden representar directamente la divinidad, sino la figura humana del Verbo de Dios encarnado, la de su Madre y la de los santos

21. Es decir, a los hombres

22. Cf. Ef 1, 6.

23. Cf. Hb 2, 14.

24. Hb 4, 15.

25. Una de las más antiguas herejías cristianas fue precisamente la del docetismo (de «dokeo»=parecer), que afirmaba que la encarnación del Verbo era sólo aparente. Esta herejía rebrotó en varias ocasiones y de ella eran acusados los monofisitas, quienes, por destacar la divinidad de Cristo, disminuían la realidad de su naturaleza humana.

dad, de verdad fue hombre plenamente en todo menos en el pecado, que fue sembrado en nosotros por el enemigo. Con esta fe firme y segura acerca de Cristo[26], reproducimos la figura de su santa carne en los iconos, venerándolos y considerándolos dignos de todo honor y respeto, puesto que nos recuerdan el divino y vivificante misterio de la Encarnación[27].

De modo semejante representamos la figura de su inmaculada Madre según la carne, la Santa Madre de Dios, poniendo de manifiesto que, siendo ella mujer por naturaleza y no ajena a nuestra condición terrenal, de un modo que sobrepasa la comprensión de los hombres y de los ángeles, concibió en su seno al Dios invisible, que con su mano todo lo gobierna, y lo dio a luz, habiendo asumido de ella la carne. Nosotros la enaltecemos[28] como propia y verdadera Madre del verdadero Dios, y la consideramos superior a todas las creaturas visibles e invisibles. En cuanto a los santos mártires de Cristo, los apóstoles, los profetas y justos y los demás santos que han sido consiervos nuestros[29] y verdaderos servidores de Dios, que, con sus buenas obras, con la predicación

26. Nos parece evidente que Germán presenta aquí el argumento de la completa y verdadera encarnación del Verbo de Dios a fin de demostrar la licitud de los iconos en relación con los mandatos del A. T., pues estas prohibiciones se refieren a las imágenes que pretenden representar la divinidad, mientras que los iconos, aunque conciernen al Verbo de Dios, sólo son la figura de su naturaleza humana, asumida íntegramente en la Encarnación.

27. Aquí se anuncian algunas funciones propias de los iconos de Cristo, de la Virgen y de los santos, como son: enseñanza, recuerdo, fortalecimiento de la fe, manifestación de amor y estímulo a la veneración y al culto.

28. Cf. Lc 1, 46.

29. Cf. Col 1, 7; 4, 7; Ap 6, 11.

de la verdad y con la paciencia en los sufrimientos[30] que han soportado por Dios, se han hecho distinguidos amigos suyos[31] y han alcanzado gran valimiento ante Él, nosotros los admiramos y los proclamamos bienaventurados[32] y reproducimos sus imágenes para memoria de su nobleza y de su intrepidez en el divino servicio.

No les tributamos el amor y la veneración que se deben a la gloria y al poder de Dios, como si consideráramos que comparten la naturaleza divina[33], sino que, mediante la representación de su figura, expresamos nuestro amor hacia ellos y la firmeza con que creemos las verdades de la fe que hemos escuchado[34]. Efectivamente, puesto que somos de carne y sangre, nos vemos impulsados a reforzar, también por medio de la vista, las certezas que radican en nuestra alma[35]. Los santos de Dios, a su vez, para ser fieles al culto, a la alabanza y a la adoración del único Dios verdadero y para recomendarnos y enseñarnos lo mismo[36], derramaron su sangre y recibieron la corona correspondiente a su sincera confesión de fe.

30. Cf. 2 Co 1, 6.

31. Cf. St 2, 23.

32. Cf. Lc 1, 48.

33. Cf. 2 P 1, 4. Para evitar todo peligro de ambigüedad, Germán no tiene inconveniente en prescindir de la expresión «partícipes de la naturaleza divina» aplicada desde un principio a los cristianos como una prerrogativa esencial.

34. En cuanto a la certeza de la fe cf. Hb 10, 22. En cuanto a la fe que viene por la audición cf. Rm 10, 17.

35. Este argumento en favor de los iconos, basado en la naturaleza del hombre, material y espiritual, es ampliamente desarrollado por san Juan Damasceno en sus discursos, por ejemplo 1, 36 y III, 12.

36. Esta referencia de Germán a los mártires obedece al propósito de responder indirectamente a la pretensión de los iconoclastas de presentar como apoyo de sus ideas a estos héroes del cristianismo.

Éste es el sentido que tiene el hacer iconos. No se trata de que la adoración en espíritu y en verdad[37] que se debe tributar a la incomprensible e inaccesible divinidad, la traspasemos a unas imágenes fabricadas a mano y que son obra de artífices humanos, o a las creaturas visibles e invisibles[38] que Dios ha hecho, sino que de esta manera manifestamos el amor que es justo que tengamos a los verdaderos siervos de nuestro Dios. A través del honor que les tributamos, nosotros prestamos culto y reverencia a Dios, que ha sido glorificado por ellos y que les ha glorificado por haber ellos confesado su soberanía[39]. Con las buenas obras y la resistencia a las pasiones nos mostramos como imitadores de su valentía y de su amor a Dios[40]. Por tanto, todos deben tener el convencimiento de que la fabricación de iconos es una práctica sólidamente establecida en la Iglesia de Cristo y que cuanto hace referencia a la salvación, tanto si corresponde al

37. Cf. Jn 4, 23. El acudir a este texto era inevitable en toda discusión acerca de las imágenes y del culto cristiano en general. El modo como Germán desarrolla este punto aquí y en la carta tercera nos conduce a pensar que los adversarios de los iconos debían invocar este pasaje evangélico, que siempre había sido objeto de la predicación cristiana.

38. Cf. Col 1, 16. La argumentación de Germán sobre este punto responde a la valoración que los iconoclastas hacían del culto a las imágenes, como si se tratara de una adoración de las cosas creadas. Véase la carta segunda nota n. 3.

39. Esta precisión acerca de la meta última y real del culto de los iconos responde a las objeciones de los adversarios, quienes aducían los reproches que aparecen en la Sagrada Escritura contra el culto prestado a las cosas «hechas por la mano del hombre». Cf. nota anterior n. 7.

40. En cuanto a la imitación de los que son consiervos nuestros en la fe cf., por ejemplo, Hb 6, 12. Aquí Germán presenta otra función de los iconos, que es la edificación y el estímulo hacia un buen comportamiento moral.

mundo visible como al siglo futuro, no lo recibimos de ninguna parte más que del Hijo Unigénito de Dios, que, junto con el Padre y el Espíritu Santo, es el que concede los dones divinos. No se ha dado, en efecto, a los hombres ningún otro nombre en el que debamos ser salvos[41].

Si nosotros reverenciamos y besamos los iconos de nuestro Señor y Salvador y los de su purísima Madre, verdadera Madre de Dios, y los de los santos, no tenemos, sin embargo, respecto de ellos, una idéntica fe y una misma disposición de ánimo[42]. Reconocemos a Dios, que no tiene principio ni fin, que con su mano sostiene todas las cosas, que es creador nuestro y de todos los seres y verdaderamente Dios Salvador, que tiene poder en el cielo y sobre la tierra y se ha hecho verdadero hombre[43] en beneficio del género humano. Reconocemos a la que, con toda propiedad y verdad, es sierva y Madre del Señor y poderosísima intercesora nuestra. Sabemos, en efecto, que Dios, como Señor, es el que concede lo que hace referencia a nuestra salvación, y que María, por su condición de madre, intercede por nosotros. Reconocemos también a todos los santos como consiervos nuestros que poseen nuestra misma naturaleza y que, según hemos dicho, han venido a ser agradables a Dios[44], han obtenido una suprema confianza y bienaventuranza junto a Él y han alcanzado de Dios

41. Cf. Hch 4, 12.

42. Después de haber presentado los fundamentos teológicos y morales del respeto a los iconos, Germán prosigue haciendo algunas precisiones acerca de su culto y parece hacer una distinción en razón de las personas representadas en dichas imágenes.

43. El texto griego dice «enanzropesanta». Significa humanizarse o hacerse hombre, que es equivalente al termino más generalizado de encarnarse, que conlleva un sentido teológico propio del cristianismo.

44. Cf. por ejemplo, Sb 4, 10; Rm 14, 18.

también la gracia de suministrarnos los beneficios que de Él derivan, como la curación de enfermedades y la liberación de peligros. En realidad invocamos a Dios cuando hacemos memoria de los santos y, en cuanto nos es posible, les alabamos y glorificamos con nuestros cánticos de acuerdo con lo que dice la Escritura: *El recuerdo de los justos es objeto de alabanza*[45].

Todas estas cosas las expusimos al bienaventurado obispo de Nacolia, del que hicimos mención al principio, el cual las aceptó y manifestó, como si se hallara en la presencia de Dios, el Señor de todos, que así lo creía firmemente y que no diría ni haría cosa alguna que causara escándalo o pudiera ocasionar turbación al pueblo. Por lo cual, vuestra beatitud debe actuar de modo que su bienaventurado Sínodo no sufra ataque ni padezca escándalo alguno[46]. Haga comparecer, pues, a dicho obispo[47] y, después de leerle esta carta nuestra y de asegurarse de su asentimiento a ella, háganse intensas plegarias por la vida larga y feliz y por la victoria de nuestros ilustrísimos señores los emperadores[48], y en favor del pueblo cristiano implórese la paz de Dios, *que supera todo sentir*[49].

45. Pr 10, 7.

46. Cf. Mt 9, 36. Los escándalos y perturbaciones hacen que el pueblo quede angustiado y como rebaño sin pastor.

47. Se refiere a Constantino de Nacolia, del que habla varias veces Germán a lo largo de esta carta.

48. Germán tiene cuidado de mostrarse leal y respetuoso con el emperador, a pesar de la postura contraria que adopta en la cuestión de los iconos.

49. Flp 4, 7.

CARTA II

DE NUESTRO PADRE SAN GERMÁN A CONSTANTINO, OBISPO DE NACOLIA

El muy bienaventurado Juan, metropolitano de los sinadenses, nos ha escrito diciéndonos que tu beatitud no le ha entregado nuestra carta[1], lo cual nos ha causado no poca tristeza, pues, al parecer, has puesto en segundo lugar el temor de Dios y el amor y respeto que los miembros de Cristo deben entre sí profesarse. Por tanto, a través de las presentes letras, ordenamos a tu beatitud que al punto entregue la mencionada carta nuestra al sobredicho bienaventurado metropolitano tuyo y que les preste todo el respeto y la obediencia que corresponde al orden sacerdotal[2].

Ya que tu beatitud acogió nuestras palabras y prometió acomodarse a ellas, permanezca fiel a su decisión y no se fíe enteramente de sus propios criterios. Nosotros pensamos que tu beatitud no ignora, ni ha echado en olvido que nos pidió poder renunciar a su cargo episcopal, alegando que se tramaba un levantamiento en contra suya, por cosas en las que, según afirmaba, no había tenido participación alguna; además aseguraba que no

1. Se trata de la carta anterior. Véase lo que en ella anotamos acerca de las sedes de Sinada y Nacolia (notas 1 y 4).

2. Es decir: la disciplina que regulaba las relaciones entre los jerarcas de las iglesias.

había realizado nada que representara una injuria del Señor o de sus santos por razón de sus imágenes, sino que únicamente proponía la enseñanza de la Escritura acerca de que no hay cosa alguna en la creación que sea digna de un honor divino[3]. Esto también nosotros lo hemos aprendido y lo mantenemos y profesamos firmemente[4].

Estos escritos nuestros dirigidos a dicho bienaventurado metropolitano tuyo[5] fueron leídos detenidamente a tu Beatitud[6] y prometiste cumplir fielmente cuanto en ellos se contenía; además se te entregó una copia de dicha carta. No quieras, pues, que sufra escándalo el pueblo que no conoce la maldad, recordando aquella terrible sentencia del Señor, con la que amenazó a quienes escandalizaban a uno solo de los pequeños[7].

3. Con mayor brevedad aún que en la carta anterior, Germán sintetiza el punto esencial de la argumentación de los primeros adversarios de los iconos, a saber: que, según la Escritura, se deba evitar el dar culto a cualquier cosa que forme parte del mundo creado por Dios.

4. Ahora Germán no se detiene en exponer los argumentos que a favor de los iconos ha desarrollado en la carta precedente y que el obispo Constantino ya conoce, pero no puede por menos de afirmar que lo que su destinatario dice acerca del no dar culto a las cosas de la creación por sí mismas es un principio compartido por los defensores de las imágenes. El problema no radicaba, pues, en la aceptación del tal principio, sino en hacer de él un motivo de condena de las imágenes cristianas.

5. Se refiere a Juan de Sinada, a quien iba dirigida la carta anterior.

6. Es decir: en presencia de Constantino, a quien Germán no cesa de aplicar el título y tratamiento de «beatitud» y de «bienaventurado», a pesar de dirigirle esta carta de duro reproche por su actuación.

7. Cf. Mt 18, 6ss. y lugares paralelos.

Ten por entendido que hasta tanto no hayas entregado nuestra carta a tu beatísimo metropolitano, por respeto y temor de la Santa y consustancial Trinidad, no te será lícito realizar ningún acto de culto litúrgico. Es más conveniente, en efecto, que te tratemos con severidad, que no que, sin amonestarte, te abandonemos, sometiéndote al futuro juicio de Dios[8].

8. Esta condena y la pena impuesta por Germán al obispo Constantino corresponde más o menos a la pena canónica que entre los latinos se designa como suspensión «a divinis». El patriarca subraya la motivación de fondo de esta medida, que no es otra que una sincera preocupación pastoral y de ningún modo un afán de poder y de dominio.

CARTA III

DE GERMÁN, ARZOBISPO DE CONSTANTINOPLA, A TOMÁS, OBISPO DE CLAUDIÓPOLIS[1]

El sabio Salomón, en cierto pasaje de sus discursos, se expresa, diciendo: *El hermano que es ayudado de su hermano, es como una ciudad fuerte y elevada y está firme como un reino reforzado con cerrojos*[2]. A pesar de que yo no me considero como uno de los que son capaces de ayuda, sino más bien como uno de los que necesitan ayuda, sin embargo, me he decidido a escribir la presente carta a vuestra beatitud, pues no soy capaz de soportar la inquietud de mis pensamientos. He oído decir que has realizado algunas cosas que, si son falsas, lléveselas el viento, según le expresión de Gregorio el Teólogo[3], pero, si son verdaderas, la perplejidad invade todo mi espíritu. ¿Quizá vuestra beatitud, participando de la ligereza propia de la mayor parte de los hombres,

1. Parece fundada la reciente opinión de L. Lamza que identifica la Claudiópolis de referencia con la sede episcopal de este nombre situada en la provincia de Isauria, en el Asia Menor oriental, en las fronteras del Imperio bizantino y que no dependía del patriarcado de Constantinopla, sino del de Antioquía. Anteriormente se pensaba que se trataba de otra ciudad del mismo nombre, situada en el Noroeste de Asia Menor, metrópoli de la provincia de Honorias.

2. Pr 18, 19.

3. Gregorio Nacianceno, considerado como el teólogo por excelencia en la tradición patrística griega.

ha colocado el encanto del amor sólo en torno a los labios y no en el fondo del alma, sin duda por pensar que no le profesamos un sincero afecto? ¿O por ventura no es esto, sino que se trata de un desprecio a nuestra ignorancia, o a nuestra pereza[4] y negligencia en el desempeño de las cosas que son agradables a Dios, como si no consideráramos digna de un gran empeño la búsqueda de la voluntad de Dios de acuerdo con las santas disposiciones que nos han sido transmitidas por la Sagrada Escritura?[5]. Tal vez tampoco sea atinada esta suposición y se deba pensar que vuestra beatitud haya recibido alguna importante revelación (no me atrevo, efectivamente, a hablar de una simple opinión o de un mero pensamiento, pues, según dice el excelso Apóstol[6], el amor no piensa mal) y en este caso piense que ha obtenido una certeza que esté obligado a comunicarnos[7].

Por lo demás, tenemos un motivo racional en que fundar estas sospechas, puesto que cuando vuestra be-

4. Cf. Mt 25, 26; Rm 12, 11.

5. Cf., por ejemplo, Sal 25 (24), 4s; 143 (142), 10. Estas líneas son interesantes por revelarnos el carácter y la personalidad de Germán. Por una parte los reproches que hace al obispo Tomás son muy fuertes moralmente, pero por otro lado quiere mostrarse cercano a su destinatario y no se encastilla en una postura autoritaria, sino que incluso admite que pueda haberse dado alguna falta personal suya. Por tanto lo que dice a continuación aparecerá como el cumplimiento de un deber pastoral. Más adelante hablará de un fraternal examen.

6. Cf. 1 Co 13, 5.

7. Aunque, según hemos dicho en la nota anterior n. 1, la diócesis de Claudiópolis no dependía directamente de Constantinopla, sin embargo el obispo Tomás tenía el deber de tener informado al patriarca Germán, puesto que pretendía introducir cambios radicales en el asunto de los iconos.

atitud permaneció largo tiempo junto a nosotros y a veces nos hacía preguntas acerca de diversas palabras y cuestiones de la Escritura, nunca nos mencionó el asunto de los iconos, ya fuesen de varones santos, o del mismo Jesucristo, Señor y Salvador nuestro, o de su santa Madre según la carne, que es verdaderamente Madre de Dios[8]. No propuso al respecto ninguna interrogación ni trató de investigar cuál era exactamente nuestro pensamiento acerca de esta materia ni si era correcta la práctica establecida o si merecían algún reproche de parte de Dios los que obraban de esta manera. Tampoco hizo nada para persuadirnos de que nuestras ideas se pusieran en consonancia con las suyas, a pesar de que tuviera pleno convencimiento de que lo que hacíamos era digno de rechazo y de abrogación. Por el contrario, habiendo guardado con nosotros un silencio total acerca de este asunto, al regresar a su ciudad, como si obrara de acuerdo con una doctrina común y a consecuencia de una reflexión irrefragable, según hemos sido informados, vuestra beatitud llevó a cabo la destrucción de las imágenes[9]. Una vez más diremos que esto vale en el caso de que sea verdad lo aquí apuntado.

8. El orden casual con que se indican las personas representadas en los iconos hace pensar que los primeros iconoclastas no hacían objeto primordial de discusión las imágenes de Cristo. También más adelante Germán menciona en primer lugar las imágenes de los santos. (cf. nota siguiente n. 55).

9. Dentro de la crisis de la Iconoclastia, ésta es la primera noticia que tenemos sobre la eliminación de imágenes, y puesto que esta actuación de Tomás tuvo lugar poco después de su permanencia en Constantinopla, se puede suponer con buen fundamento que él se hubiera puesto de acuerdo con el emperador León III sobre la nueva política religiosa, guardando acerca de ello un intencionado silencio con el patriarca Germán.

Efectivamente, nuestro ánimo no está dispuesto a creer fácilmente lo que muchas veces se propaga para desacreditar al prójimo[10]. Sin embargo, juzgando necesario someter a prueba y a un fraternal examen la manifestación de nuestros puntos de vista, nos hemos propuesto tratar detalladamente este asunto[11]. En primer lugar hemos de recordar que es absolutamente necesario guardarnos de novedades, especialmente cuando una costumbre está establecida desde mucho tiempo en las iglesias y, por esto, al variarla se ocasiona inquietud y escándalo al pueblo que cree en Cristo[12]. Si la Escritura establece que el vino se ha de beber con juicio y moderación[13], aún es más necesario que actuemos de común acuerdo y con gran cautela[14] en los asuntos de especial delicadeza e importancia, a fin de no quedar sometidos a la tremenda condena establecida por Dios contra los que escandalizan a uno solo de los pequeños[15]. Además debemos re-

10. Con estas y otras palabras anteriores Germán deja abierta una posibilidad de cambio para su interlocutor, pero da a entender que considera bien fundadas las noticias que le han llegado.

11. En su primera carta Germán había tratado de un modo sintético el asunto de la defensa de los iconos, pero ahora se propone hacerlo con una mayor profundización teológica y con más relevancia espiritual y literaria.

12. En primer lugar Germán actúa según una línea de intensa preocupación pastoral, que tiene por normal el bien de la comunidad y el no cambiar las directrices establecidas desde antiguo. La introducción de novedades se considera como un mal muy grave, e incluso los herejes no manifiestan la voluntad de hacer innovaciones, sino que, a su manera, pretenden ser fieles al depósito de la fe.

13. Cf. Pr 31, 4.

14. Cf. Hch 15, 6.

15. Cf. Mt 18, 6 y lugares paralelos. Ya en la carta al obispo Constantino Germán había hecho esta advertencia de no escandalizar a la gente sencilla.

futar las palabras y deshacer los embrollos con que los infieles[16] ofenden a la Iglesia de Cristo y hemos de poner de manifiesto su venerable y divina inmutabilidad.

Ante todo es necesario saber que no sólo ahora, sino en muchas otras ocasiones, tanto los judíos como los que verdaderamente practican la idolatría, nos han echado en cara estas cosas, no con la intención de evitar el apego a las obras de manos humanas[17], sino procurando únicamente desacreditar nuestra fe incontaminada y recibida de Dios. En realidad todo su empeño y su religiosidad se cifra en que ninguna cosa sea enaltecida por encima de lo visible y material[18] y, por otro lado, de muchas maneras rebajan la naturaleza divina, ya sea restringiendo a un lugar determinado su Providencia que todo lo abarca, ya sea representando la divinidad con formas corporales.

Algunos de nuestros predecesores, cuyas obras ahora no tenemos a mano[19], valerosamente apartaron del re-

16. Aquí se refiere a los musulmanes, de los cuales hablará a continuación.

17. Sobre los reproches de idolatría que los judíos hacían contra los cristianos, no sólo por el culto de los iconos, sino también por el de la cruz, tenemos testimonios indirectos en las respuestas de autores como Esteban de Bostra y Leoncio de Neápolis de Chipre (s. VII). En cuanto a los sarracenos, no tenemos testimonios precisos de esta época, pero sabemos que estos asuntos eran objeto de sus polémicas anticristianas.

18. Aquí se manifiesta un motivo de fondo de la espiritualidad y de la cultura que favoreció el desarrollo de la veneración de los iconos, a saber: una consideración positiva de las cosas materiales y del mundo, que son obra de Dios y se integran en los valores del espíritu. San Juan Damasceno insiste ampliamente sobre este asunto.

19. Estas palabras de Germán nos permiten suponer que los escritos en defensa de las imágenes fueron más numerosos de lo que hoy conocemos.

baño de Cristo a tales personas, considerándolas como perros mudos, que, según dice la Escritura, en vano intentar ladrar[20]. La palabra de la verdad les reduce al silencio[21] a partir de sus propias actitudes impías, haciendo objeto de infamia y de abominación los ritos y fábulas de los paganos y suscitando la vergüenza de los judíos, reprochándoles no sólo la adhesión de sus padres a los ídolos, sino también su rebeldía a la ley de Dios, que se jactan de poseer.

A pesar de que ésta[22] ordena, de parte de Dios, ofrecer los sacrificios simbólicos[23] en un lugar establecido, ellos no dejan de realizarlo en cualquier lugar del mundo, desobedeciendo habitualmente al Espíritu Santo, según la costumbre de sus padres, sacrificando así a los demonios y no a Dios[24]. En efecto, la adoración y el culto tributados al verdadero Dios van bien encaminados si se apoyan en la fidelidad a la santa profesión de fe en Él y en la observancia de las leyes y de los misterios que nos ha enseñado, tanto los más esenciales como lo más particulares y concretos. En cuanto a los sarracenos, quienes, al parecer, nos hacen una acusación semejante[25], es

20. Cf. Is 56, 10.

21. Aquí Germán inicia un contraataque, tachando de idolatría la actitud de los adversarios del cristianismo (judíos y musulmanes) al igual que ellos pretendían hacerlo contra la Iglesia de Cristo.

22. Es decir: la ley de Dios.

23. Cf. Hb 8, 5; 9, 9.23. El sacrificio judío es figura de realidades futuras.

24. En la polémica cristiana antijudía era frecuente utilizar las infidelidades y desobediencias de los hebreos, que aparecen frecuentemente en el A. T., especialmente en los profetas, y que reaparecen en el N. T. (Cf., por ejemplo, Rm 10, 21; Is 65, 2). Germán insistirá más adelante en lo mismo.

25. La expresión «al parecer» indica que Germán no tiene un conocimiento directo de la polémica anticristiana de los musulmanes.

suficiente, para vergüenza y confusión suya[26], mencionar los saludos que tributan a una piedra inanimada en el desierto[27], la invocación del llamado Corán y otras vanas observancias, como el infantilismo de una destacada celebración que hacen, volviéndose hacia allá, según la tradición de sus antepasados[28].

Por el contrario, todos los cristianos[29] que sirven a Dios en todo el mundo, según dice el profeta bajo un solo yugo, que evidentemente es el Evangelio[30], tienen como su característica más peculiar la fe y la confesión de un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Trinidad increada, eterna, inescrutable, invisible, consustancial[31] y que ocupa un mismo trono. Confesamos al propio tiempo tanto la perfecta encarnación del Hijo de Dios como los demás artículos del santo símbolo[32] que el pueblo cristiano proclama en la presencia de Dios, antes de la mística y santa ofrenda. Es también una característica de los cristianos la regeneración es-

26. Cf. 1 Co 6, 5; 15, 34.

27. Se refiere a la piedra negra que, según la tradición musulmana, fue llevada a la Meca por el arcángel Gabriel.

28. Es sabido que los musulmanes acostumbran hacer sus plegarias vueltos en dirección a la Meca.

29. Antes de entrar en lo específico de la demostración, Germán indica los puntos fundamentales de la fe y del culto cristiano, para que quede claro que los defensores de los iconos no contradicen tales principios, sino que actúan en plena conformidad con ellos.

30. Cf. So 3, 9. Profecía hebraica y Evangelio, Antiguo y Nuevo Testamento, aparecen íntimamente unidos en esta carta, a fin de que los iconos no puedan interpretarse como una oposición a la Ley de Dios manifestada en el A. T.

31. La palabra «consustancial» (*homoúsios*) forma parte del símbolo de la fe de la Iglesia desde el siglo IV.

32. Entre los defensores de los iconos, Germán es el primero y el que con mayor insistencia alude a la celebración eucarística.

piritual[33] por medio del divino bautismo en el nombre de las tres divinas personas, así como la mística participación y comunión de los misterios vivificantes del sacrificio incruento[34], por medio de los cuales resplandece la luz de la verdad[35] y son expulsadas las tinieblas de la impiedad, que ostentan como indiscutible signo de identificación el extravío del sacrílego politeísmo. La oscuridad y la luz, en efecto, para decirlo con palabras del Apóstol[36], están en total contraposición, pues, en el principio, Dios separó la luz de las tinieblas[37].

Diga, pues, con nosotros el bienaventurado evangelista Juan: *Ésta es la victoria que ha vencido al mundo: nuestra fe*[38]; y hemos de añadir: ésta es la piedra sobre la cual Cristo edificó su Iglesia, que no puede ser destruida ni subvertida por las puertas del Infierno, o sea, por los ataques de los poderes enemigos[39]. Por eso hemos obtenido un hombre nuevo, que, según Isaías,

33. Cf. Jn 3, 3-6; 1 P 1, 3.23.

34. Germán usa términos neoplatónicos que, a través del Pseudo-Dionisio y de Máximo el confesor, han entrado a formar parte de la tradición cristiana. Tales son el de «teúrgica», que hemos traducido por mística, indicando que en la celebración hay una intervención directa de Dios, y el de «símbolos» (misterios), que se refieren al pan y al vino, que en la Eucaristía se transforman en presencia divina.

35. En cuanto a la luz y verdad cf., por ejemplo, Jn 1, 9 y 1 Jn 2, 8.

36. Germán alude aquí a Ga 5, 17, en que se subraya el contraste entre carne y espíritu. Por lo que se refiere a la luz-tinieblas cf. Jn 1, 1-10.

37. Cf. Gn 1, 3-5.

38. 1 Jn 5, 4.

39. Cf. Mt 16, 18. Antes de cualquier demostración particular Germán presenta el argumento eclesiológico, o sea, la estabilidad e inerrancia de la Iglesia a través de los tiempos.

será bendito, pues dice: *Bendecirán al Dios verdadero*[40], proclamando lo sumamente incomprensible e inescrutable que es su inefable naturaleza[41] y manifestando, con plena seguridad, que es invisible e inabarcable y del todo inmutable y, a la vez, contemplando su eterno poder y divinidad a partir de la creación del mundo, pues, según el sacratísimo Pablo, Dios se da a conocer a través de los seres creados.

Así hemos sido hechos dignos de servir al Dios vivo y verdadero[42] y hemos sido honrados y glorificados con la libertad con que Cristo nos ha liberado y hemos sido totalmente alejados del extravío y de la impiedad de los idolátricos[43]. Efectivamente, lo más peculiar y significativo de los idólatras, según el profeta, es el decir a la piedra: Tú me has engendrado, y al leño: Tú me has producido[44], en vez de volver los ojos al cielo, como exclama Isaías, y reconocer quién es el que ha puesto de manifiesto todas estas cosas, el que establece el orden en su mundo y llama a todos los seres por su nombres, con mucha gloria y con la grandeza de su poder[45]. Sus manos formaron todo el ejército celeste, como dice otro de los profetas[46]. Al contemplar estos hombres el buen orden y la armonía de la creación, ni siquiera por

40. Is 65, 16.

41. Acerca de la inescrutabilidad del misterio de Dios cf., por ejemplo, Rm 11, 33; Ef 3, 8. El que Dios sea inabarcable e incircunscribible estaba en la base de las argumentaciones de los adversarios de los iconos, que aplicaban la misma noción a la figura humana de Cristo.

42. Cf. 1 Ts 1, 9.

43. Cf. Ga 5, 1.

44. Cf. Jr 2, 27.

45. Is 40, 26.

46. Os 13, 4.

analogía con la facultad cognoscitiva del alma reconocieron la causa eficiente de todo lo creado ni adoraron al Padre y Dios que en verdad existe, como enseña claramente el bienaventurado Atanasio en su tratado contra los ídolos[47]. Por tanto, así como no hay alianza alguna entre la luz y las tinieblas ni concordia entre Cristo y Belial[48], así los cristianos, que rinden culto a un solo Dios que es adorado en una inaccesible gloria y potestad, no tienen nada en común con aquellos que dan a Dios una forma y figura de su propia invención y por eso con toda razón son llamados miserables por el profeta[49].

Para éstos, según está escrito[50], el corazón es ceniza. Algunos de entre ellos piensan que cuando hacen un ídolo para sí mismos, un nuevo dios es creado de la nada; mas, si, por cualquier cosa, éste cae o se rompe, están firmemente convencidos de que ya no tienen un dios, si de modo semejante no fabrican otro. Esto nos lo enseña claramente la divina Escritura en el caso de la fabricación del becerro en el desierto por parte de los israelitas, quienes, enfrentándose con Aarón, le dijeron: *Haznos dioses que vayan por delante de nosotros*[51], ma-

47. *Contra gentes* 34-40 (P.G. 25, 68-81).

48. Cf. 2 Co 6, 15s.

49. Cf. Is 44, 9s.; Sb 13, 10. Germán insiste en subrayar la oposición frontal entre cristianismo e idolatría, porque los adversarios de las imágenes pretendían equiparar el culto de los iconos con el de los ídolos.

50. Cf. Sb 15, 10.

51. Ex 32, 1. Nótese que Germán habla de culto idolátrico a partir de textos del A. T. y especialmente de aquellos pasajes en que a los mismos judíos se les reprocha el pecado de idolatría, del que después sus descendientes pretendían acusar a los que veneraban los iconos.

nifestando así que ellos pensaban que en modo alguno había un Dios, ni verdadero ni falso, si no se les fabricaba algún ídolo, como lo estaban pidiendo, al cual encomendaran su salida de Egipto, mostrando de este modo el alto grado de su impiedad e insensatez. Los otros[52], por su parte, aceptando la vergüenza de la superstición helénica y aplicándose a observarla en nombre de los dioses por ellos venerados, ponían gran empeño en esculpir estatuas, ya fueran de Júpiter –al que llamaban padre y gobernador de todos, o sea, dueño supremo de los hombres y de los dioses–, ya fueran de los demás dioses, cuyos nombres en general nos son desconocidos. Las solemnidades y sacrificios que se hacían en su honor consistían en fornicaciones, desenfrenos y desvergüenzas[53]; en una palabra, se reducían a conversaciones soeces y blasfemias. En fin, entre ellos los homicidios se consideraban como un honor para los dioses y los festejos que se hacían en honra suya se componían de torpes acciones, como si tales cosas fueran obra de ellos[54] o en las mismas se complacieran.

En cambio, entre los cristianos, los iconos de los hombres santos[55], ya sean los que resistieron al pecado hasta el derramamiento de sangre[56], según la expresión del Apóstol, ya sean los que fueron servidores de la palabra de la verdad, es decir, los apóstoles y los pro-

52. Se refiere a los idólatras del paganismo greco-romano, que no es objeto de especial consideración en el A. T. Germán se apoya en argumentos que la apologética cristiana adoptó ya desde un principio.

53. Cf. 2 Co 12, 21; Ga 5, 19.

54. Es decir: los falsos dioses.

55. También aquí se menciona en primer lugar las imágenes de los santos. Véase la nota anterior n. 8.

56. Cf. Hb 12, 4.

fetas, ya sean, también, aquellos que, con una vida piadosa y recta y con el ejercicio de las buenas obras, se han manifestado como auténticos servidores de Dios[57], sus imágenes, digo, no representan más que un ejemplo de fortaleza, un modelo de buenas acciones y de virtudes y un aliciente y estímulo para glorificar a Dios, a quien ellos agradaron durante su vida mortal[58]. Ciertamente el exponer de palabra las acciones de las personas buenas es útil para los oyentes y muchas veces despierta en ellos el deseo de imitarles. Lo mismo ocurre con la veneración de los iconos si se realiza de un modo conveniente[59]. En efecto, «las cosas que el discurso narrativo ofrece a los oyentes las manifiesta también silenciosamente la pintura, mediante la figuración» proclama Basilio el Grande, afirmando que de ambos modos quienes prestan atención a estas cosas son impulsados hacia la valentía[60].

Podemos decir que la imagen es como una indicación resumida y compendiosa de las obras del que aparece en ella representado[61] y que a cuantos la contemplamos nos induce a imitarlas, así como también a través de los ídolos de dioses falsos se muestran sus obras

57. Cf. 1 P 2, 16.

58. La función de edificación moral es la primera en ser mencionada, y ésta, según se hace notar poco después, se manifiesta en las buenas obras y en el amor y glorificación de Dios.

59. Con esta expresión Germán admite la posibilidad de que a veces se produzcan desviaciones que no corresponden a lo que es el verdadero y justo culto de las imágenes.

60. BASILIO DE CESAREA, *Homilía* 19 (sobre los cuarenta mártires), P.G. 31, 508-513.

61. Los defensores de los iconos insisten constantemente en que las imágenes son como una imitación de realidades existentes fuera de ellas.

infames. La contemplación de las imágenes, a unos les hace recordar las cosas que acerca de los santos han escuchado[62] y a otros, que las ignoran, les despierta el deseo de conocerlas y, una vez que han sido instruidos en ellas, son impelidos ardientemente al amor y a la alabanza de Dios[63]. Así, de una y otra manera[64], los que ven las hermosas acciones de los santos, según dicen las palabras del Evangelio, glorifican a nuestro Padre que está en los cielos[65]. Si la legislación mosaica ordenaba al pueblo colocar en el borde superior de sus vestidos un cordón violáceo para memoria y cumplimiento de los preceptos recibidos[66], para nosotros resultaría mucho mejor contemplar, a través de las representaciones de los santos, el feliz resultado de su tenor de vida e imitar su fe de acuerdo con la enseñanza apostólica[67].

El representar en los iconos del Señor la imagen de su fisonomía según la carne viene a ser una refutación de los herejes que neciamente afirman que Él no se hizo hombre de verdad, sino solamente en apariencia[68],

62. Además de la edificación moral, según Germán los iconos también tienen una función de enseñanza y de recuerdo histórico-doctrinal que están en la base de las demás funciones.

63. Los defensores de los iconos insisten en precisar que toda manifestación de culto hacia los santos o los iconos, en último término se dirige a Dios, que es la fuente primordial de todo bien y de toda santidad.

64. Es decir, escuchando las palabras y contemplando las pinturas.

65. Cf. Mt 5, 16.

66. Cf. Nm 15, 38.

67. Cf. Hb 13, 7s.

68. Igual que en la primera carta (véanse en ella notas n. 25 y 26), Germán presenta las imágenes de Cristo como un testimonio de la real y verdadera encarnación del Verbo de Dios. Es importante advertir que en esta carta el motivo cristológico no aparece en

y es también una guía y ayuda para aquellos que no son del todo capaces de remontarse a las alturas de la contemplación espiritual, sino que tienen necesidad de alguna representación material para recuerdo de lo que han escuchado, y esta ayuda les será tanto más útil y provechosa cuanto más la busquen y deseen[69].

El misterio que cubrió los cielos con su virtud y que, desde los siglos y las generaciones, ha estado oculto en Dios, creador de todas las cosas[70], se hace objeto de fe no solamente por medio de la audición, pues la fe proviene del oír, dice el Apóstol[71], sino que ahora también se imprime, por la visión, en la mente de los que lo contemplan, y proclama con fuerza que Dios se manifestó en la carne y ha sido creído en el mundo[72], y este misterio será reconocido como plenamente santificador y salvador en beneficio de todos, y a fin de que las cosas que están escritas en los relatos evangélicos acerca de su convivencia en carne con los hombres sobre la tierra, no se borren jamás de la memoria, se grabarán en los monumentos de los pueblos, y así la veneración de su gloria y de su bondad hacia nosotros será públicamente predicada y adorada.

primer plano, sino que se presenta indirectamente, conectado con el asunto de la función didáctica de los iconos. Por eso podemos darnos cuenta de que el prelado no descubre todavía en los iconoclastas de su tiempo una tendencia herética de carácter cristológico, pues, en este caso, su reacción habría sido mas fuerte y más explícita.

69. Éste es un argumento empleado muchas veces por san Juan Damasceno en sus discursos, por ejemplo, I, 36.

70. Cf. Ef 3, 9; Col 1, 26.

71. Rm 10, 17.

72. Cf. 1 Tm 3, 16.

No es la combinación de la madera y de los colores lo que se venera[73], sino que quien realmente recibe la adoración en espíritu y en verdad es el Dios invisible, que está en el seno del Padre[74]. Aquel que nos favorece con la gracia de tener acceso al Padre[75] a través de sí mismo, es adorado juntamente con Él. Se refiere que Jacob se postró ante la vara de José[76] y, sin embargo, no veneraba el leño, sino que daba honor al que lo sostenía. Asimismo es reconocida y venerada por el pueblo cristiano la efigie de la santa y gloriosísima Madre del Señor. Desde antiguo tales cosas fueron aceptadas por los santísimos prelados de la Iglesia y nunca fueron objeto de prohibición alguna. Después de las persecuciones se instauró por todo el mundo la libertad de la fe[77] y, hasta nuestros días, se han ido celebrando concilios universales en que se han establecido cánones acerca de muchos puntos de menor importancia que el asunto de la veneración de los iconos, y cier-

73. Aquí Germán rechaza con firmeza que el culto de los iconos tenga por objeto la materia de que están hechos. Esta advertencia, que actualmente nos parece obvia, era por entonces necesaria, porque frecuentemente en el A. T. el culto de los ídolos era presentado como una veneración de la materia misma. Según ya hemos visto en la primera carta, el santo hace referencia solamente a los iconos como imágenes pintadas, y no a estatuas y relieves.

74. Cf. Jn 1, 18.

75. Cf. Ef 2, 18.

76. Cf. Hb 11, 21, que alude a Gn 47, 31 (según los Setenta).

77. Germán se refiere a la época de la libertad de la Iglesia, obtenida después de las persecuciones, o sea a los primeros años del siglo IV, como tiempo en que se iniciara la veneración de las imágenes. Sin embargo los documentos literarios y los restos arqueológicos ponen de manifiesto que la libertad favoreció el incremento de las representaciones artísticas, que ya existían con anterioridad. De esto se pasó a un culto propiamente dicho, a principios del siglo V.

tamente no habría sido razonable que esta materia hubiera sido omitida y hubiera quedado sin examinar, si, como algunos piensan, fuera verdad que esta costumbre, establecida entre nosotros desde antiguo, estuviera sujeta, igual que las estatuas de los ídolos, a las prohibiciones que aparecen en las divinas Escrituras, y que esta práctica nos condujera a alejarnos de Dios[78].

En efecto, aquel que dijo que estaría con los apóstoles hasta el fin de los tiempos[79], evidentemente lo prometió también a quienes después de ellos rigen la Iglesia como obispos, aunque no tenía la intención de permanecer con ellos corporalmente hasta el acabamiento del tiempo presente. Además, habiendo dicho que estaría con dos o tres personas que se reunieran en su nombre[80], no había de dejar privadas de su divina inspiración y guía a unas tan grandes multitudes, reunidas por el celo de la piedad y del amor que sienten hacia Él, ni era posible que no cuidara de conducir a la perfección[81] a su Iglesia, que nosotros hemos creído que Él se había preparado para sí sin mancha, ni arruga, ni nada semejante[82]. Precisamente hay que tener en cuenta que esta costumbre [de venerar las imágenes] se ha establecido no en unas pocas y desconocidas ciudades,

78. En estas líneas Germán presenta el argumento eclesiológico, que para él tiene una validez que va por delante de cualquier otra demostración, y que corresponde a la preocupación pastoral que manifiesta constantemente desde el comienzo de esta carta. Este argumento es que la Iglesia no puede errar y, si una costumbre está arraigada dentro de ella desde muy antiguo, es indiscutible que tal práctica es totalmente legítima.

79. Cf. Mt 28, 20.

80. Cf. Mt 18, 19.

81. Cf. Ef 4, 12s.; Col 3, 14; Hb 6, 1.

82. Cf. Ef 5, 27.

sino que se puede decir que en casi todas las regiones y en las más famosas y principales iglesias. Que sea una práctica antigua el representar muchas veces en imágenes los relatos históricos de la Escritura lo demuestra el discurso de san Gregorio de Nisa, titulado *De Abraham*, en el cual se da a conocer que la historia del sacrificio de Isaac estaba representada en ciertas pinturas[83]. Si así es en lo referente a estos personajes, mucho más aún se plasmaron en imágenes los milagros y los sufrimientos que corresponden a la obra salvadora del Señor[84], así como los valerosos combates de los santos mártires, con lo cual se despierta una provechosa emulación en quienes contemplan tales figuras. Esto se pone claramente de manifiesto en la lucha del valeroso y admirable mártir de la verdad Anastasio.

Alguno, sin embargo, quizá diga que debemos respetar los mandatos de la Sagrada Escritura, como por ejemplo: *No te harás ídolo, ni imagen alguna de cuantas cosas hay arriba en el cielo, ni abajo en la tierra; no los harás ni te postrarás ante ellos ni les darás culto.* Y después: *No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano*[85]; y en el Deuteronomio: *No obréis contra la ley y no os fabriquéis imágenes esculpidas*[86]; y otras cosas más. Todo esto tiene un sentido manifiesto, a saber: que la naturaleza divina es invisible e incomprensible y

83. GREGORIO DE NISA, *Sermones* P.G. 46, 572-573. Citado también por san Juan Damasceno y otros Padres.

84. Es decir, la Encarnación y la Redención.

85. Ex 20, 4-5.7. Empieza la demostración bíblica acerca de que los reproches contra los constructores de imágenes no se pueden aplicar al caso de los iconos, sino a las representaciones que pretenden expresar la divinidad o ellas mismas sean consideradas como dioses.

86. Dt 4, 16.

no ha de ser considerada semejante a nada de lo que se ve, de modo que, por diversos impulsos y conjeturas, seamos inducidos a imaginarla con formas corporales. Moisés dijo: *No visteis ninguna figura el día en que os habló el Señor en el monte Horeb, desde en medio del fuego*[87]; y luego al punto añadió: *No obréis contra la ley, ni os fabriquéis imágenes esculpidas*; y algunas otras, haciendo, con esto, memoria de lo sucedido cuando fabricaron el becerro[88], y tomando precauciones a fin de que no cayeran en la impiedad imitando las costumbres de los egipcios, que ellos conocían, y considerando las cosas divinas de un modo semejante al de ellos[89]. Esto es lo que afirma también el gran Apóstol en el discurso a los atenienses, con estas palabra: *Siendo, pues, linaje de Dios, no debemos pensar que la divinidad es semejante al oro, o a la plata, o a la piedra, obras que llevan la impronta del arte y de la fantasía del hombre*[90]. El mismo sentido es el que corresponde a la sentencia que dice: *No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano*[91], es decir: No llamarás Dios, ni tendrás como tal aquello que en realidad no lo es, sino que neciamente se le atribuyó tal nombre y consideración. Como nos enseña el gran Apóstol, *Hay un solo Dios Padre, de quien proceden todas las cosas, y un solo Señor Jesucristo, por medio del cual existen todas las cosas*[92] y un solo Espíritu Santo, en el cual están todas las cosas. No hay diversidad de naturaleza en estas relaciones establecidas –de ningún modo–, sino

87. Dt 4, 15.
88. Cf. Ex 32, 4; Dt 9, 16.
89. Es decir: los ídolos fabricados con elementos materiales.
90. Hch 17, 29.
91. Ex 20, 7.
92. 1 Co 8, 6.

que las tres personas son a la vez un solo Dios. Acerca de esto tenemos las enseñanzas del sabio Gregorio. En el pueblo cristiano[93], hasta el día de hoy nadie ha atribuido el nombre que está sobre todo nombre[94] ni ha dado culto y adoración más que a la Trinidad santa y vivificante –no sea jamás de otro modo–. Cuando las divinas Escrituras establecen que adoremos a estas divinas personas[95], determinan que estemos totalmente libres y desvinculados del extravío idolátrico.

Las características del culto idolátrico aparecen bien definidas. Entre nosotros, en cambio, es adorado el Dios único; una sola es la fe que tenemos en Él; uno es el bautismo salvador. También uno solo es el culto que damos a Dios, tal como nos ha sido transmitido por los santos apóstoles y lo hemos practicado. Esto hace referencia al sacrificio de alabanza que es ofrecido por medio de Cristo a Dios Padre y que, según dice el santo Apóstol, es el fruto de los labios que confiesan su nombre[96]. Nos referimos a la divinísima tradición de los vivificantes misterios[97] que anunció de antemano el profeta Malaquías al decir, en representación de Dios, estas palabras: *Desde la salida del sol hasta su ocaso mi nombre es glorificado entre los pueblos y en todo lugar se ofrece incienso a mi nombre y un sacrificio puro*[98]. Por tanto, no hay concordia alguna entre el templo de

93. Nótese la frecuencia con que Germán emplea esta expresión de «pueblo de Cristo», igual que en el concilio Vaticano II se usa la de «pueblo de Dios». Con ambas se designa a la Iglesia que peregrina a través de los tiempos y por los diversos lugares del mundo.

94. Cf. Flp 2, 9.

95. De la Santísima Trinidad.

96. Hb 13, 15.

97. Es decir: la celebración eucarística.

98. Ml 1, 11

Dios, que es su Iglesia, y los ídolos[99]. La Iglesia es designada por el Apóstol como *columna y apoyo de la verdad*[100]; en cambio, según exclama el profeta Zacarías, *los nombres de los ídolos serán extirpados de la tierra*[101] cuando, por la aceptación de la fe en Cristo, todo lugar se abrirá para la casa de David, o sea para la Iglesia de Cristo, de quien nosotros somos casa y linaje.

A estas palabras deben sumarse también las del libro llamado *Sabiduría de Salomón* y las que se encuentran en el de Isaías, el profeta de potente voz. En la *Sabiduría* se dice: *El inicio de la fornicación es la invención de los ídolos; su descubrimiento representa la corrupción de la vida. No existían desde el principio, ni existirán para siempre. La vanagloria de los hombres les introdujo en el mundo y por eso está decretado su próximo fin*[102], y lo que sigue después. En el profeta se lee: *Quedarán confundidos los que modelan y esculpen dioses. Todos los ídolos están secos, como la materia de que han sido fabricados, y son insensibles por haberlos hecho los hombres*[103] y cuanto hay en ellos no es más que la invención de un experto en el arte de tallar la madera, que ha dado forma humana a un leño destinado al servicio del hombre, y es proclamación de la demencia de quienes los veneran[104]. Añádense aún estas palabras: He aquí que no diréis: *Es mentira lo que está en mi mano derecha*[105], lo cual es aducido como refutación de la impiedad antes mencionada.

99. Cf. 2 Co 6, 15.
100. 1 Tm 3, 15
101. Za 13, 2.
102. Sb 14, 12-14.
103. Is 44, 9ss.
104. Cf. Sb 13, 11-19.
105. Is 44, 20.

Nosotros, que conocemos al Hijo de Dios y creemos en Él, que es la verdad y la diestra del Padre, nos mostramos ajenos a la expresada condena del profeta. Por esto me referiré oportunamente a la palabra profética que dice: *¿Qué tiene que ver la paja con el grano?*[106]. ¿Qué familiaridad existe entre la vanidad inconsistente, producida por el alboroto de los espíritus del mal, que sirven a la creatura y no al Creador[107], y, de otra parte, la palabra que proporciona alimento y lleva al verdadero conocimiento de Dios y se encuentra en todo el pueblo de Cristo? Aquellos a quienes se refería Isaías «sacrificaban sobre la cimas de los montes[108] y hacían ofrendas sobre las colinas», cobijándose a la sombra de una encina, de un álamo o de otro árbol, porque son una hermosa cubierta. Así es como se expresa otro profeta contemporáneo de Isaías[109]. En cambio, el pueblo de Cristo venera en su santa morada al Rey inmortal de los siglos, el único Dios que todo lo conoce, prestándole una adoración en espíritu y en verdad[110] y ofreciendo constantemente toda la alabanza y glorificación a la Trinidad vivificante.

El rápido fin de los ídolos proclamado por la Sabiduría[111], o sea su desaparición y su no permanencia por siempre, no ha venido de otra parte más que de la

106. Jr 23, 28.
107. Cf. Rm 1, 24.
108. Cf. Is 65, 7.
109. Cf. Os 4, 13.
110. Nótese cómo Germán insiste en el texto de Jn 4, 23 (culto en espíritu y verdad) para afianzar que el culto a los iconos está en consonancia con uno de los puntos fundamentales de la tradición cristiana: un culto espiritual y auténtico (cf. nota anterior n. 37).
111. Cf. Sb 14, 12-14.

manifestación del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo al que, de un extremo al otro del mundo, siempre piadosamente confiesa y glorifica su Iglesia, que Él adquirió con su sangre[112]. El pueblo cristiano, verdadero y legítimo adorador de la Trinidad, no atrae sobre sí ninguno de los reproches que aparecen en las Escrituras en contra de los ídolos[113] por el hecho de tener imágenes de santos, a fin de conservar el recuerdo de sus virtudes, del mismo modo que el circuncidar a Timoteo[114], el hacer la tonsura según la Ley[115] y el ofrecer un sacrificio en el templo[116] no fue causa de censura, ni condenación para Pablo, que prohíbe la circuncisión en la carne y reprocha a quienes pretenden justificarse según la Ley[117].

No hay que mirar simplemente las cosas realizadas, sino que se ha de examinar, bajo todos los aspectos, la intención de los que las ejecutan, pues, ésta, o libra de inculpación al autor de la acción, o, por el contrario, lo condena[118]. Si no se procede así, con toda diligencia, puede ser que el mismo mandamiento divino venga a ser censurado por parte de los infieles, pues mientras la ley prohibía las imágenes de escultura o de fundición, cubrían el propiciatorio, por encima del arca[119],

112. Hch 20, 28.
113. Especialmente en los profetas y libros sapienciales.
114. Cf. Hch 16, 3.
115. Cf. Hch 18, 18.
116. Cf. Hch 21, 26.
117. Cf., por ejemplo, Hch 15, 1-21 y Ga 2, 19ss.
118. Este principio de atender a la intención con que se realiza un acto es presentado por san Juan Damasceno como una consecuencia de la libertad del cristiano, en contraposición a la sujeción a la letra de la ley, más característica del A. T. (cf., por ejemplo, *Sermón* II, 10).
119. Cf. Ex 25, 18ss.

los querubines de la gloria, como los llama el Apóstol[120], que eran estatuas de tal fabricación, y no sólo la Escritura nos dice que ellos sostenían la gloria del Señor, sino que también el bienaventurado Atanasio desarrolla la misma idea cuando interpreta las palabras del salmo que dicen: *Tú que te sientas sobre querubines, manifiéstate*[121]. Ciertamente los arquetipos de estos querubines tienen una naturaleza totalmente desconocida para los hombres[122], pues son espíritu y fuego y enteramente distintos de la apariencia y naturaleza corpórea. Efectivamente, las cosas que acerca de ellos dice el profeta y que aparecen de orden corporal tienen un sentido simbólico y anagógico[123], pues no cabe otro significado teniendo en cuenta la santidad de estos seres incorpóreos.

A esto se ha de añadir que, cuando los cristianos representan en imágenes a sus antepasados según la carne, o a sus amigos y conocidos, en modo alguno les dan culto o los juzgan dignos de adoración. Ni siquiera cuando se ven sometidos a disposiciones del poder real[124] están dispuestos a hacer estas cosas por las que algunos son inculpados, porque, como dice el Apóstol, *alardeando de sabios, se hicieron necios y trocaron la gloria del Dios incorruptible por un simulacro de imagen de hombre corruptible*[125]. Así queda bien claro que el re-

120. Cf. Hb 9, 5.

121. Sal 80 (79), 1. El comentario de san Atanasio en P.G. 27, 360.

122. «Arquetipo» es término que indica la persona o cosa que está representada en una imagen o figura.

123. Es decir: intenta elevar hacia la consideración de las cosas celestiales.

124. Cf. Sb 14, 17.

125. Rm 1, 22ss.

proche de la Escritura no se refiere a nosotros. Si, a partir de lo que estamos diciendo, se demostrara que transferimos hacia algo corpóreo las piadosas nociones acerca de lo divino, o que hemos abandonado la gloria y el culto que corresponden a Dios, o que hemos ocasionado una disminución del honor divino, entonces sería preciso eliminar las cosas que nos distrajeran y apartaran de la veneración y servicio del único Dios verdadero. Sin embargo, vemos que sucede todo lo contrario, pues el que contempla juiciosamente el icono de alguno de los santos, con muy buena razón exclama: «Gloria a ti, oh Dios» y después hace mención del nombre del santo. De este modo cumple lo que decimos en la plegaria, o sea, que el nombre santísimo de Cristo sea glorificado, a través de las cosas visibles e invisibles[126].

Nosotros no permitimos que se otorgue el nombre de Dios a ninguno de los hombres santos, a pesar de que el que es único y verdadero Dios haga participar de esta denominación a aquellos que le han complacido, según está escrito en el sagrado libro de los salmos[127]. Tampoco consideramos los iconos como una garantía suficiente del conocimiento de Dios, de modo que despreciemos el reunirnos en las iglesias de Dios y el bendecir en ellas al Señor de día y de noche, como dice David[128], o para decirlo exactamente tal como aparece en el salmo, *a la tarde, a la mañana y al mediodía*[129] y especialmente en el tiempo de la divina celebración de los misterios litúrgicos. Nosotros sabemos con toda seguridad que la esperanza de la salvación no

126. Cf., por ejemplo, Rm 16, 27; Col 1, 16; 1 P 4, 11.16.
127. Cf. Sal 82 (81), 1.
128. Cf. Sal 34 (33), 1.
129. Sal 55 (54), 18.

proviene de parte alguna que no sea la fe religiosa y la confesión del Dios único y verdadero en la Trinidad[130], la fe que radica en el corazón y la confesión que se hace a través del cuerpo, pues *con el corazón se cree para la justicia y con la boca se hace la confesión para la salvación*[131]. Teniendo siempre en la boca la alabanza de Dios que nos ha creado y expresado, con la modulación de la voz, su glorificación, todo el pueblo de Cristo se apresura a participar de su santísimo cuerpo y sangre, mediante lo cual y siguiendo su disposición celebramos el memorial de su muerte y resurrección[132] con insaciable deseo y con gran fervor espiritual, con mayor anhelo que el ciervo que busca las fuentes de agua[133]. Que nadie se escandalice por el hecho de que ante el icono de un santo se enciendan luces o se ofrezca oloroso incienso, pues la realización de tales cosas se considera como un símbolo en honra de los santos que reposan en Cristo, en honor del cual redundan estas expresiones de respeto dirigidas a los santos, pues, según dice el sabio Basilio, el honor tributado a los buenos compañeros de servicio es una demostración de afecto hacia el dueño de todos[134]. Las lámparas materiales son un símbolo del don de la luz inmaterial y divina, y los perfumes que suben hacia lo alto son signo de la plena y colmada inspiración del Espíritu Santo y de la plenitud de sus dones.

Nos hemos propuesto escribir estas cosas para hacer frente a las oposiciones que se han suscitado y a los

130. Cf. Hch 4, 12.

131. Rm 10, 10.

132. Cf. 1 Co 11, 23ss.; Mt 26, 26ss. y lugares paralelos.

133. Cf. Sal 42-43 (41-42), 1.

134. BASILIO DE CESAREA, *Homilía* 19 (sobre los cuarenta mártires), P.G. 31, 507.

reproches que se nos han hecho a partir de la Escritura, y os rogamos que procuréis con toda diligencia no escandalizar ni turbar al pueblo. Puesto que el Señor ordena no despreciar ni a uno siquiera de los pequeños[135], el escándalo comporta para sus causantes una condena insoportable y tremenda. Resulta que ahora, por este motivo, ciudades enteras y grandes muchedumbres están sumidas en un considerable desorden; procuremos, pues, con todo esfuerzo, no demostrarnos culpables de esta situación[136]. Mi mente se halla agitada por una singular preocupación y experimento un gran interés en conseguir que los enemigos de nuestra fe y de la cruz de Cristo[137] no encuentren motivo para ufanarse, diciendo que hasta ahora los cristianos andaban descarriados, puesto que no se preocuparían de eliminar tales objetos fabricados por la mano del hombre[138] si no reconocieran que estas cosas eran idolatría. Cualquiera puede reconocer cuánta injuria y cuánta ruina ocasiona todo esto a la fe cristiana, dado que los infieles pueden hablar con cierta razón y validez, ya que no aparecería como una actitud prudente el prestar oídos a quienes habían profesado el error y que, por tanto, la verdad no estaba con ellos.

Por lo demás, nuestros emperadores, en todo piadosísimos y amantes de Cristo, erigieron un monumento expresivo de su amor a Dios que consiste en un icono que está situado junto al palacio real y en el que aparecen los apóstoles y profetas y están escritas las pa-

135. Cf. Mt 18, 6s.

136. Nótese cómo Germán insiste repetidamente en el motivo eclesiológico y en la responsabilidad pastoral.

137. En este caso se refiere a los musulmanes.

138. Es decir: los iconos.

labras de ellos relativas al Señor[139], y además nuestros soberanos proclamaron que la cruz salvadora era para ellos motivo de gloria y de confianza. También es importante añadir a lo que llevamos dicho los milagros que Dios ha obrado en relación con diversos iconos[140], acerca de lo cual muchos han compuesto abundantes relatos. Se trata de la curación de enfermos, de lo que nosotros mismos tenemos experiencia, así como del desenredo de algunos embrollos y el que muchas veces, a través de sueños, se hayan aparecido las personas representadas en las imágenes. Sin embargo, el hecho más notable y manifiesto, acerca del cual no existe duda ni contradicción alguna, es lo ocurrido con el icono de la Inmaculada Madre de Dios, que antes estaba en Sozópolis de Frigia, de cuya palma de la mano, en la pintura, brotó oloroso ungüento, existiendo multitud de testigos de este milagro[141].

Si ahora no vemos que ocurra esta acción milagrosa en el icono, no por ello ha de dejar de creerse lo que ocurrió anteriormente, del mismo modo que los signos y los diversos dones del Espíritu que se narran en los Hechos de los Apóstoles al comienzo de la predicación no pueden ser considerados increíbles, por el hecho de que no se realicen en el día de hoy. Por su

139. No tenemos noticias de ninguna actuación de León III en este sentido antes de que adoptara su política iconoclasta. Es presumible que Germán se refiera a los emperadores del pasado y que así intente indirectamente amonestar al soberano reinante León III a no apartarse del camino seguido por sus predecesores

140. Germán aporta ahora el argumento de los milagros como prueba de que Dios se complace por el culto de los iconos. Trata esta prueba con gran discreción, presentándola sólo al final y después de las otras demostraciones.

141. El recuerdo de esta imagen milagrosa de María ha perdurado en la tradición bizantina.

gran amor a los hombres, mediante estas cosas Dios manifestaba una especial condescendencia con los que eran más débiles, afianzando su fe y mostrando al mismo tiempo su poder, como ocurría en tiempos de los apóstoles. A veces su nombre y a veces el pañuelo que pendía de sus vestidos obraban curaciones[142]. Así como en aquellas circunstancias no toda sombra corporal, sino únicamente la de Pedro, proporcionaba la salud a los enfermos, ni los pañuelos pendientes de cualquier manto, sino sólo los de Pablo, curaban a los dolientes para el robustecimiento e la fe en el Dios que ellos predicaban, que así manifestaba su gracia incluso por medio de objetos inanimados; así también dispuso Dios que aconteciera con las imágenes, de modo que, no a través de toda imagen o pintura se concedieran tales beneficios a los creyentes, sino únicamente por medio de algunas imágenes de los santos o del Señor mismo, de modo que se pudiera comprender que las curaciones no se realizan de un modo automático sino únicamente por la gracia de nuestro Dios[143].

Pienso que no debemos pasar por alto lo que anotó Eusebio de Pánfilo en su *Historia Eclesiástica*[144], a saber:

142 Cf. Hch 5, 15 y 19, 12. Se manifiesta alguna imprecisión en el aporte de estos datos por parte de Germán.

143. Es importante esta anotación de Germán acerca de la «gracia de Dios» origen de todo bien. Resulta específicamente cristiano este rechazo del automatismo, por lo cual el culto de los iconos viene a ser totalmente diverso de las varias formas de magia y de la teúrgia neoplatónica.

144. EUSEBIO DE CESAREA, *Historia Eclesiástica* VIII, 18. Aunque se trate de una clase de imágenes que Germán no acepta para la Iglesia de Cristo, sin embargo él aduce ahora este testimonio de Eusebio en confirmación de sus afirmaciones acerca de la antigüedad de las imágenes cristianas (Véase la nota anterior n. 77).

que en la ciudad de Páneas, que el Evangelio llama Cesarea de Filipo[145], existe la casa de la mujer hemorroísa[146] que se curó con la orla del manto del Salvador, según está escrito en los Evangelios. Dice que frente a la puerta de esta casa hay una estatua de bronce, que representa la figura del Señor, a cuyos pies aparece una mujer arrodillada que tiende sus manos en actitud de súplica, habiéndose ejecutado la obra por el interés y diligencia de dicha mujer, como recuerdo del milagro que en ella se realizó. Afirma también el historiador que al pie de la estatua, fabricada en el nombre del Señor, brota una hierba, de cierta especie nueva y desconocida, que sirve como remedio para toda clase de enfermedades, y añade que él lo ha visto con sus propios ojos, resultando evidente que, al conceder el Señor, con su benevolencia, los dones de su gracia por la fe de aquella mujer, pone también de manifiesto lo que hemos dicho anteriormente, o sea, que no se consideran simplemente las cosas realizadas, sino que se valora la intención de quien las hace. El propio Eusebio, en el mismo pasaje de su obra, asegura haber visto imágenes de los apóstoles Pedro y Pablo y de Cristo pintadas con colores. Decimos esto, no para favorecer la ejecución de estatuas de bronce, sino para poner de relieve que el Señor no rechazó lo que se había hecho siguiendo la costumbre pagana[147], sino que lo aceptó, como se desprende de los milagros obrados allí, por su

145. Cf. Mt 16, 13; Mc 8, 27.

146. Cf. Mt 9, 20ss. y lugares paralelos.

147. Para comprender esta afirmación conviene recordar que, según Eusebio, la hemorroísa había hecho fabricar una imagen de Cristo «según la usanza pagana», lo cual interpreta Germán en razón de que no era una figura pintada o en mosaico, sino una estatua, cosa que él no considera aceptable para el culto cristiano.

bondad, durante largo tiempo. Por lo tanto, no es justo reprobar la costumbre más piadosa y santa que ha prevalecido entre nosotros[148].

Con estas palabras finalizamos nuestro discurso de amonestación. Que el Dios de la verdad, que nos ha conducido a la verdad plena[149] y que aparta de nuestras almas toda ocasión de desacuerdo y todo motivo de desorden, nos juzgue dignos de su Reino celestial a cuantos concordemente y en un solo espíritu le glorificamos[150].

148. Es decir: la costumbre de los iconos.
149. Cf. Jn 16, 13.
150. Cf. Rm 15, 6.

ÍNDICE BÍBLICO

Génesis

1, 3-5: 181.
1, 6ss.: 55, 130.
1, 14: 129.
1, 26: 70.
2, 8: 61, 79.
2, 9: 61, 108.
2, 10-15: 55.
3, 1ss.: 54.
3, 1-13: 60.
3, 7: 54.
3, 16ss.: 59.
3, 17: 59.
3, 18: 54.
3, 23: 52.
3, 23s.: 47.
8, 11: 63, 108.
18, 4: 83.
18, 14: 92.
27, 28: 75.
28, 12: 80.
28, 12ss.: 58, 136.
28, 17: 83.
47, 31: 188.

Éxodo

2, 5ss.: 108.
3, 1s.: 80.
15, 2: 138.
15, 20-21: 50.
16, 1: 106.
16, 13: 60.
16, 33: 156.
16, 33ss.: 63.
17, 6: 63.
17, 6s.: 84.
17, 15: 85.
19, 9: 84.
19, 16: 60.
20, 4s.: 162, 190.
20, 7: 190, 191.
24, 4ss.: 45.
25ss.: 44.
25, 10: 56.
25, 16ss.: 62.
25, 17ss.: 46.
25, 18: 47.
25, 18ss.: 56, 195.
25, 31ss.: 62, 156.
25, 31-39: 106.
26, 1ss.: 107.
26, 31ss.: 44, 57.
26, 33s.: 47.
27, 2: 53.
27, 21: 108.
28, 1ss.: 69.
28, 6ss.: 106.
28, 36: 92.
30, 1ss.: 57.
30, 2: 53.
30, 28: 106.
30, 31: 106.
31, 2ss.: 84.
31, 11: 106.
32, 1: 183.
32, 4: 191.

37, 1ss.: 56.
37, 6ss.: 46.
40, 22: 83.

Levítico
1, 6: 53.
15, 19-33: 73.
16, 1: 66.
16, 34: 66.
20, 10: 90.
26, 1: **162.**

Números
3, 31: 83.
5, 11ss.: 23, 98.
5, 11-31: 92.
15, 38: 186.
17, 25: 106.
19, 1ss.: 107.
24, 17: 104.

Deuteronomio
4, 15: 191.
4, 16: **190.**
5, 8s.: **162.**
6, 13: **163.**
7, 6: **68.**
9, 16: **191.**
22, 28-29: 96.
32, 8: 114.
32, 13: 84.

Jueces
6, 36ss.: 108.
13, 5-7: 104.

1 Samuel
1, 10: 70.
1, 14ss.: 45.
1, 20: 46.
2, 1-10: 50.
6, 7: 107.
14, 39: 98.
16, 1: 80.
16, 23: 51.
17, 40ss.: 48.

2 Samuel
6, 6ss.: 143.
22, 2: 126.

1 Reyes
1, 23: 164.
6, 16: 47.
8, 15: 154.
8, 30: 64.
18, 34ss.: 48.
22, 14: 98.

Crónicas
6, 21: 64.

Esdras
9, 8: 72.

Tobías
7, 2: 46.

Judit
11, 17: 149.

1 Macabeos
16, 3: 124.

3 Macabeos (según los Setenta)
7, 6: 124.

Job
5, 16: 122.
13, 12: 106.
36, 27-31: 83.

Salmos
2, 7: 114.
9, 9: 128.
16 (15), 10: 118.
17, (16), 8: 153.
18 (17), 2: 85.
19 (18), 1: 130.
19 (18), 2: 62.
19 (18), 4: 46.
19 (18), 6: 61.
19 (18), 10-12: 127.
22, (21), 6: 123.
22, (21), 12: 128.
23 (22), 4: 136.
25 (24), 4s.: 175.
26 (25), 10: 142.
29 (28), 9: 84.
31 (30), 19: 75, 154.
32 (31), 7: 155.
33 (32), 5: 123, 154.
33 (32), 14: 72, 157.
34 (33), 1: 197.
34 (33), 8: 114.
35 (34), 28: 122.
36 (35), 7: 153.
40 (39), 17: 122.
42-43 (41-42), 1: 198.
44 (43), 2: 131.
45 (44), 6: 62, 83.
45 (44), 11s.: 58.
45 (44), 13: 67.
45 (44), 14: 51.
45 (44), 15: 51, 60, 79.
47 (46), 1: 112.
48, (47), 3s.: 61.
48 (47), 12: 79.
49 (48), 13-15: 70.
55 (54), 18: 197.
55 (54), 22: 132.
59 (58), 16: 155.
61 (60), 4: 64, 153.
66 (65), 13s.: 71.
68 (67), 14: 63.
68 (67), 15: 84.
68 (67), 16: 62.
68 (67), 19: 107.
69 (68), 33: 122.
72 (71), 17: 127.
72 (71), 19: 105.
73 (72), 20: 75.
74 (73), 16: 130.
78 (77), 49: 125.
79 (78), 4: 70.
80 (79), 1: 196.
81 (80), 3: 78.
81 (80), 17: 84.
82 (81), 1: 197.
83 (82), 18s.: 75.
86 (85), 4: 147.
86 (85), 9: 136.
86 (85), 12: 136.
87 (86), 3: 81.
94 (93), 17: 123.
95 (94), 4: 135.
96, (95), 12: 79.
97 (96), 12: 79.
100 (99), 2: 133.
107 (106), 22: 112.
107 (106), 43: 127.
110 (109), 3: 114.
113 (112), 9: 135.
116 (115), 9: 76.
118 (117), 15: 76.
118 (117), 22s.: 62.
118 (117), 25: 138.
119 (118), 22: 79.
119 (118), 116: 77.
121 (120), 3s.: 130.
126 (125), 6: 133.
128 (127), 1s.: 129.
132 (131), 9: 64.
132 (131), 14: 121.

138 (137), 7: 155.
139 (138), 20: 142.
143 (142), 10: 175.
145 (144), 3: 123.

Proverbios
5, 22: 152.
8, 17: 154.
10, 7: 170.
15, 30: 132.
18, 19: 174.
31, 4: 177.

Eclesiastés
1, 2: 142.

Cantar de los Cantares
1, 12: 106.
2, 1s.: 83.
2, 13: 118.
3, 1: 137.
3, 6: 44.
4, 8: 44.
5, 2: 130.
5, 14: 107.
6, 10: 51.
7, 1: 51.
7, 7: 52.

Sabiduría
4, 10: 169.
11, 22: 75.
13, 10: 183.
13, 11-19: 193.
14, 12-14: 193, 194.
14, 17: 196.
15, 10: 183.

Eclesiástico
7, 32: 155.
18, 16: 75.
51, 10: 76.

Isaías
7, 14: 52, 100, 102.
11, 1: 80, 81.
16, 14: 126.
19, 1s.: 144.
29, 11: 97.
40, 26: 182.
42, 6: 104.
44, 9ss.: 183, 193.
44, 20: 193.
46, 6: 162.
49, 8: 104.
53, 7: 83.
56, 10: 179.
65, 2: 179.
65, 7: 194.
65, 16: 182.

Jeremías
1, 9: 155.
2, 27: 182.
6, 12: 155.
23, 28: 194.
32, 27: 92.

Lamentaciones
4, 20: 129.

Ezequiel
7, 9: 52.
19, 10: 63.
40, 5ss.: 52.
44, 1-3: 46.
44, 2: 81.

Daniel
2, 34: 62.
2, 45: 81.

3, 49s.: 48.
8, 16: 90.
14, 33ss.: 131.

Oseas
4, 13: 194.
9, 14: 70.
13, 4: 182.

Joel
4, 21: 147.

Amós
3, 2: 68.

Jonás
2, 1ss.: 48.

Miqueas
5, 2: 105.

Habacuc
3, 3: 62, 84.

Sofonías
3, 9: 180.

Zacarías
4, 2: 81.
9, 9: 104.
12, 10: 128.
12, 11: 136.
13, 2: 193.

Malaquías
1, 11: 192.

Mateo
1, 1-17.: 51, 82.
1, 13: 46.
1, 18-24: 95.
1, 20s.: 97, 103.
2: 104.
2, 10: 137.
2, 11: 105.
2, 23: 104.
4, 1ss.: 71.
4, 11: 58.
5, 5s.: 153.
5, 16: 186.
5, 34: 62.
7, 13: 68.
9, 15: 76.
9, 20ss.: 202.
9, 36: 170.
12, 40: 48.
13, 13: 67.
13, 13s.: 118.
13, 33: 107.
13, 55: 74.
16, 13: 202.
16, 17ss.: 142.
16, 18: 181.
17, 1: 49.
17, 1ss.: 135.
18, 6: 177.
18, 6ss.: 172, 199.
18, 19: 189.
20, 1ss.: 108.
21, 8s.: 138.
23, 22: 62.
25, 21: 76.
25, 26: 175.
26, 26ss.: 198.
26, 36ss.: 136.
26, 42: 138.
27, 57ss.: 145.
27, 59: 143.
28, 1ss.: 49.
28, 1-4: 145.

28, 11ss.: 144.
28, 19s.: 164.
28, 20: 189.

Marcos
1, 12: 58.
8, 27: 202.

Lucas
1, 8ss.: 53.
1, 13: 89.
1, 19: 90.
1, 22ss.: 45.
1, 26ss.: 74.
1, 28: 63, 81, 133, 134.
1, 28ss.: 59.
1, 30: 91, 102.
1, 31: 85.
1, 33: 90.
1, 34: 91.
1, 35: 49, 66, 87, 91, 109.
1, 37: 92.
1, 38: 91, 94, 95.
1, 39ss.: 88.
1, 40: 99.
1, 41: 86.
1, 42: 82, 95.
1, 46: 166.
1, 46-55: 112.
1, 47: 112.
1, 48: 89, 95, 100, 125, 167.
1, 48s.: 154.
1, 49: 67, 75, 112.
1, 49s.: 106, 146.
1, 50: 93.
1, 59-66: 89.
1, 66: 68.
1, 79: 157.
2, 1s.: 103.
2, 7: 103.
2, 8: 116.
2, 13: 114.
2, 14: 116.
2, 22s.: 69.
2, 36ss.: 46.
2, 40: 73.
2, 52: 73.
3, 23: 48.
3, 23-38: 51, 82.
3, 30: 46.
5, 26: 155.
11, 27: 56.
11, 27s.: 75.
12, 32: 154.
13, 6-9: 124.
22, 31: 142.
23, 28s.: 140.
24, 12: 145.
24, 16: 118.

Juan
1, 1: 114.
1, 1-10: 181.
1, 1-11: 116.
1, 9: 181.
1, 13: 93.
1, 18: 188.
3, 3-6: 181.
3, 8: 118.
4, 14: 47.
4, 23: 168, 194.
4, 24: 124.
6, 67s.: 146.
12, 13: 138.
14, 23: 133.
16, 13: 203.
17, 24: 85.
19, 26s.: 137.

19, 27: 140.
20, 1-10: 145.

Hechos de los Apóstoles
1, 9: 144.
2, 2: 139.
2, 14: 144.
2, 27: 118.
4, 12: 154, 169, 198.
4, 22: 152.
4, 30: 152.
5, 15: 201.
7, 42: 80.
7, 48: 162.
9, 3: 82.
15, 1-21: 195.
15, 6: 177.
16, 3: 195.
17, 29: 191.
18, 18: 195.
19, 12: 201.
20, 28: 195.
21, 26: 195.
22, 6: 82.
28, 28s.: 154.

Romanos
1, 22ss.: 196.
1, 24: 164, 194.
1, 25: 121.
2, 4: 123.
2, 29: 44, 55.
4, 21: 88.
5, 10: 61.
8, 15: 137.
8, 17: 155.
8, 19-22: 52.
8, 20: 127.
8, 29: 73.
9, 5: 121.
10, 10: 198.
10, 17: 167, 187.
10, 18: 46.
10, 21: 179.
11, 33: 182.
12, 11: 175.
14, 17: 134.
14, 18: 169.
15, 6: 203.
16, 25: 74.
16, 27: 197.

1 Corintios
2, 7: 48.
5, 8: 107.
6, 5: 180.
8, 6: 191.
9, 24: 138.
11, 23ss.: 198.
13, 5: 175.
13, 12: 135.
15, 34: 180.
15, 54s.: 129.
15, 55s.: 54.

2 Corintios
1, 6: 167.
2, 14: 127.
2, 15: 132.
3, 5: 55.
3, 6: 44.
4, 17: 148.
4, 18: 137.
5, 18ss.: 61.
6, 2: 128.
6, 15: 193.
6, 15s.: 183.
12, 21: 184.

Gálatas
2, 19ss.: 195.
3, 13: 62.

4, 5: **137.**
4, 7: **155.**
5, 1: **182.**
5, 17: **181.**
5, 19: **184.**
6, 4: 77, 109.

Efesios
1, 3: 107, 126.
1, 4: 85.
1, 5: 49.
1, 6: 165.
1, 7: 59.
1, 9: 115.
1, 10: 115.
2, 14: 114.
2, 15: 83.
2, 18: 188.
3, 8: 182.
3, 9: 48, 187.
4, 8: 107.
4, 12s.: 189.
5, 27: 102, 189.
6, 14: 153.

Filipenses
2, 7: 120.
2, 9: 192.
2, 15: 139.
3, 21: 127.
4, 7: 170.

Colosenses
1, 7: 166.
1, 12: 133.
1, 16: 168, 197.
1, 26: 187.
1, 29: 48.
2, 9: 147.
3, 14: 189.
4, 7: 166.

1 Tesalonicenses
1, 9: 182.
5, 8: 76.

1 Timoteo
3, 15: 193.
3, 16: 187.

Tito
1, 3: 140.
3, 4: 157.
3, 7: 153.

Hebreos
2, 9: 120.
2, 14: 165.
4, 15: 165.
6, 1: 189.
6, 12: 168.
7, 22: 126.
7, 26: 63, 127.
8, 5: 179.
9, 4: 82, 84, 106.
9, 5: 196.
9, 9: 179.
9, 11: 162.
9, 11-24: 46.
9, 23: 179.
9, 24: 162.
10, 1: 44.
10, 22: 167.
11, 7: 136.
11, 21: 188.
12, 4: 184.
13, 7s.: 186.
13, 15: 192.

Santiago
2, 23: 167.
5, 20: 154.

1 Pedro
1, 3: 181.
1, 8: 82.
1, 23: 181.
2, 9: 78.
2, 10: 68.
2, 16: 185.
4, 11: 157, 197.
4, 16: 197.
5, 2: 154.
5, 11: 65.

2 Pedro
1, 4: 134, 167.
2, 2: 163.
2, 4: **62.**
2, 12: **70.**
2, 17: **62.**
3, 14: **66.**

1 Juan
2, 8: **181.**
5, 4: **181.**

Judas
16: **150.**
25: **65.**

Apocalipsis
6, 11: **166.**
7, 9: **138.**
13, 16s.: 109.

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS

Aarón: 69.
Abraham: 108, 190.
Adán: 79, 108, 123.
Adonai: 99.
alegría: 43, 51-56, 63, 79, 89, 110, 128, 133, 134, 136, 140, 156; (ver también María).
alianza: 44, 45, 56, 57, 72, 107, 108.
Ana: 46, 50, 52, 53, 69, 70, 72, 81, 82, 88.
anagógico: 196.
analogía: 183.
Anastasio: 190.
Ángel, ángeles: 58, 71, 73, 79, 81, 82, 85-95, 98, 99, 100, 101, 103, 106, 113-114, 116, 125, 127, 129, 130, 131, 133, 138, 144, 145, 146, 153, 156, 165, 166; ángeles y hombres: 113, 114.
Anunciación (fiesta de la): 78ss.
apóstoles (discípulos): 49, 130, 137, 140, 142, 143, 144, 146, 166, 184, 188, 192, 199, 201, 202.
Atanasio: 183, 196.
atenienses: 191.

Babilonia: 131.
bárbaros: 64, 107, 152.
Basilio: 185, 198.
bautismo: 163, 181, 192.
becerro de oro: 183, 191.
Belén: 80, 94, 100, 104, 106.
Belial: 183.
Besalel: 84.

cánones ecles.: 188.
censo: 103.
ceñidor de María: 149ss.
César Augusto: 103.
circuncisión: 195.
Claudiópolis: 174, 175.
concilios universales: 188.
concordia entre cielo y tierra: 114.
confesiones cristianas: ver fe.
conocimiento (cristiano) de Dios: 60, 61, 194, 196s., (ver también fe).
contemplación espiritual: 187.
convite cristiano: ver participación.
Constantino obispo: 161, 170, 172, 173, 177.
Corán: 180.
creación (orden de la): 182.
Cristo (ver también fe, encarnación, veneración): pan de vida: 84; cuerpo, sangre de Cristo: 165, 198; cruz de Cristo: 56; miembro de Cristo: 171; manifestación

futura de Cristo: 121; muerte y resurrección de Cristo: 131, 138, 139, 198; victoria de Cristo: 138; amor de Cristo: 144; divinidad (soberanidad) de Cristo: 49, 65, 76, 77, 88, 105, 110, 115, 119, 135, 148; gracia (luz) de Cristo: 137, 157; potencia de Cristo: 135, 139, 152.
cubrir con su sombra (el Espíritu, etc.): 49, 66, 74, 92, 109.

Daniel: 81, 131.
David: 48, 51, 58, 69, 78, 80, 81, 88, 92, 103, 105, 147, 148, 164, 193, 197.
dedicación: 149.
Deuteronomio: 190.
diluvio espiritual: 63.
dioses: 183, 184, 185, 190 (ver también idolatría, ídolos).
Dios (naturaleza divina): creador: 74, 163, 167-169, 187; eterno: 163, 169, 180; inmutable (incorruptible): 152, 182; inescrutable (inaccesible, etc.): 57, 180, 182; infinito (sin forma): 45, 182; invisible: 165, 166, 180, 182, 188; padre (principio de vida): 65, 183; salvador: 169, 176, 195; único: 163, 167, 192, 194, 197, 198; amor (bondad, misericordia, etc.) de Dios por los hombres: 59, 71, 76, 86, 94, 110; gloria (luz) de Dios: 89; potencia (reino) de Dios: 61, 180; providencia de Dios: 45, 70-72, 83-84, 169, 178; realidad de Dios: 183; comprensión humana de Dios: 182; disminución de Dios: 178.
discurso (edificación a través del): 186-187.

Edén: 54, 59, 61, 79.
Egipto, egipcios: 184, 191.
Elías Tesbita: 48.
encarnado, encarnación (vida según la carne, etc.) de Dios (del Hijo de Dios, etc.): 45, 59, 61, 63, 64, 82, 84, 108, 114, 116, 117, 119, 123, 124, 131, 138, 144, 165, 166, 169, 180, 186.
Eusebio de Pánfilo: 201, 202
Escritura: 85, 115, 127, 130, 131, 137, 162, 170, 172, 175, 176, 177, 179, 183, 189, 190, 192, 195, 196, 197, 199.
Espíritu Santo: desobediencia al E.S.: 179; dones del E.S.: 200; inspiración del E.S.: 198; regeneración en el E.S.: 180-181.
estatua de bronce: 202.
estatuas (culto idolátrico): 183-184.
Evangelio: 180, 186, 202.

faraón: 108.
fe (confesión, profesión) cristiana: 64, 128, 146, 162ss., 178-180, 192, 193, 198, 199; inspiración divina de la fe: 177; pureza de la fe: 177;

de la escucha: 187; de la vista: 187.

Gabriel arcángel: 74, 81, 85, 90, 133.
Getsemaní: 136, 145.
Goliat: 48.
griegos: 107; fábulas: 179; ritos: 179; superstición: 184.

Habacuc: 130.
Hechos de los Apóstoles: 200.
herejías, heréticos: 61, 64, 122, 165, 187.
Hijo de Dios encarnado: ver encarnación; figura humana del Hijo: 165.
Hijo de María: Dios (creador, padre): 50, 63, 109, 110, 120, 124, 138, 141, 155, 156; que todo lo conoce: 133; juez: 128; gozo: 123; providente: 151; Señor: 152; Vida: 120, 123, 132-133, 135, 139, 140; amor (bondad, etc.) del Hijo: 86, 110, 151, 157; eternidad del Hijo: 120, 139; alegría del Hijo: 135; santidad del Hijo: 122; humanidad del Hijo: 120, 138, 152.
hombre (naturaleza humana): 129; participación de la naturaleza divina: 129; combatida por las tempestades: 108; en el Edén: 54; imagen divina del hombre: 127; naturaleza corpórea del hombre: 118; debilidad (incapacidad, etc.) del hombre: 59, 60, 106, 151, 174; elevación del hombre a través de María: 116, 123, 124; hambre espiritual del hombre: 156; intemperancia del hombre: 54; males del hombre: 108; pobreza (oscuridad) espiritual del hombre: 154, 156; razonamiento del hombre y corporeidad: 186, 187, 190, 191; y pecado: 46, 57, 60, 61, 107, 129, 154, 155, 157. (ver también pecado).
Horeb: 80

icono (pintura, representación) de Jesucristo (del Verbo encarnado, etc.): 165, 166, 168, 169, 172, 176, 185, 186, 198, 200, 201; de la Madre de Dios: 129, 156, 166, 169, 176, 188, 200; de los mártires (de los santos, etc.): 166, 167, 169, 172, 176, 184, 186, 194, 197, 198; de las personas queridas: 196; de acontecimientos históricos: 190; acusaciones contra los iconos: 178, 199; antigüedad de los iconos en la Iglesia: 188, 190; contemplación de los iconos: 185, 197; construcción de iconos: 129, 164; destrucción de los iconos: 176; milagros: 200-203; palabras: 167, 187.
idolatría (idólatras, etc.): 114, 176-179, 184, 196, 197; ajena a los cristianos: 192,

199; sacrificios idólatras: 183, 194, 195.
ídolos: 62, 162, 179, 185, 189, 193; peculiaridad de los ídolos: 182, 183; servicio de los ídolos: 193; Iglesia contra ídolos: 190, 192.
Iglesia: 79, 108, 109, 168, 181, 193, 195; casa de David: 193; templo de Dios: 193; pagada con la sangre de Cristo: 195; construida por Cristo: 181; ayuda de Cristo a la Iglesia: 189; inmutabilidad de la Iglesia: 178; perfección de la Iglesia: 189; unidad de la Iglesia: 146; costumbre de la Iglesia: 177; obispos de la Iglesia: 189.
imagen (estatua) del Señor: 202.
imágenes (prohibición de): 162, 188, 195, 196.
intención: 195, 202.
Isaac: 190.
Isabel: 53, 69, 88, 89, 94, 98.
Isaías: 81, 102, 181, 193, 194.
Israel: 80, 97, 99, 104, 105, 106.

Jacob: 58, 80, 90, 104, 188.
Jerusalén: 58, 61, 68, 79, 104, 130, 136, 140, 142, 147.
Jerusalén celestial: 79, 107.
Jonás: 48.
José (patriarca): 188.
José (esposo de María): 51, 73, 74, 75, 90, 93-104, 106, 109.
José (de Arimatea): 145.
Juan apóstol: 140, 145, 181.
Juan Bautista (precursor): 89, 98.
Juan (obispo de Sinada): 161, 171, 172.
judíos (hebreos, israelitas): 96, 99, 107, 138, 142-144, 156, 178, 179, 183; maldad de los judíos: 184; idolatría de los judíos: 179; incredulidad de los judíos: 142, 143.
juicio (retribución) final: 88, 146, 157.
Júpiter: 184.

ley (legislación) judía: 44, 54, 55, 62, 69, 102, 186, 195; justificación según la ley: 195; letra de la ley: 44, 45, 55.
liberación: 56, 64, 76, 110, 123, 157.
libertad cristiana: 182.
luz (gracia de la): 55, 116, 198; luz-tinieblas: 181, 183.

Malaquías: 192.
María: y la encarnación: 53, 59, 61, 75, 81-85, 89, 93, 100-101, 107, 114-115, 123, 133, 135, 141, 144, 149; y la alegría: 45, 46, 60, 81, 92, 95, 128, 133, 134; en la historia de la salvación: 44, 54, 59-61, 76, 81-85, 92, 106-109, 116, 117, 119, 122-124, 128, 130, 133; intercesión (mediación), asistencia de M.: 53, 54, 57, 63, 64, 74, 76, 84, 107, 110, 111, 116-119, 130, 139, 146, 153-157, 169; cuerpo (carne) de M.: 116-121, 130, 131, 135, 141-144, 149, 150, 152;

dormición (muerte, asunción al cielo, etc.): 113, 119-121, 128, 129, 130, 131, 132-133, 136, 137, 140-146; parientas de M.: 137; espíritu (alma) de M.: 118, 119, 135, 141.
milagros (en el NT): 202.
Miqueas: 105
misterios: cristianos: 43, 45, 165, 179, 181, 192, 197; judíos: 67-68; de los sarracenos: 180.
misterio cristiano (economía, plan divino, etc.): 49, 74, 85, 88, 101, 103, 106, 119, 187, 189.
mística: 180, 181.
Moisés: 80, 96, 108, 191.
mundo: corrupción, ruina del mundo: 134; gozo del mundo: 140; paz del mundo: 146.

Nacolia: 161-162, 170, 171.
Natán: 164.
Nazareno: 104.
Nazaret: 100.
Noé: 108.
novedad de vida: 148.
novedad en la Iglesia: 177.

obras buenas: 166, 168, 185.
Occidente: 61.
ofrenda (eucarística): 180.
Oriente: 46, 52, 61.
ortodoxia: 61.

Pablo apóstol: 140, 141-143, 165, 175, 181, 182, 184, 187, 191-196, 197, 201, 202.
pan (eucaristía): 46, 156, (ver también cuerpo, sangre de Cristo).
Páneas (Cesarea): 202.
pañales de Jesús: 149, 151, 152, 156.
Paraíso (reino celestial, etc.): 76, 110, 136, 139, 145, 148, 157.
paraíso terrestre: 52, 101, 136.
participación: 165, 181, 198.
pasiones: 108, 134; mortificación de las pasiones: 151; oscuridad de las pasiones: 57.
paz: 108, 114, 153.
pecado (prevaricación) y sus consecuencias: 46, 48, 53, 54, 57, 59, 75, 79, 107, 123, 136, 148, 153, 154, 155.
Pedro apóstol: 134, 141, 142, 143, 145, 201, 202.
Presentación (fiesta de la): 60, 62, 63, 74.
profeta/as: 50, 52, 53, 57, 60, 67-70, 72, 79, 81, 97, 98, 100, 102, 104, 166, 179, 180, 182, 183, 185, 192-196, 199.
progenitores: 51, 55, 59.
pueblo/os: bárbaros: 64; de Israel: 80; de las naciones: 95.
pueblo (grey, estirpe, etc.) cristiano (de Cristo): 119, 125, 127, 153, 154, 156, 177, 180, 188, 192, 194, 195, 198.
pueblo elegido de Dios: 68.
purificación (renovación, etc.): 148, 149, 151.

querubines: 47, 56, 58, 63, 88, 196.

reconciliación con Dios: 155.
reunión (festividad, celebración, etc.) cristiana: 43, 59, 66, 78, 79, 157, 197.
reyes (soberanos) cristianos: 64, 81, 170, 200.
romanos: 103.

sábana santa: 143, 144, 145.
sabiduría: 193, 194, 195.
sacrificio/os (rito/os): simbólicos: 179; incruento: 46, 181; pagano: 114, 184; a los demonios: 179.
salmos (libro de los): 197.
Salomón: 44, 51, 69, 129, 174, 193
salvación: de Dios: 168; a través de María: 141, 154, 169; (ver también intercesión de María); esperanza de: 197.
Santo de los santos: 59, 60, 62-63, 66, 68, 69, 72, 73, 80, 90, 99.
santos (mártires): 133, 162, 166, 167, 184, 190, 198; intercesores, etc.: 162, 170; glorificación de los santos: 170.
sarracenos: 179.
serafines: 63.
símbolo de fe: 180.
Simeón: 69.
Sinada, sinadense: 161, 171, 172.
sinagoga: 96.
sínodo: 170.
Sión (nueva, espirit.): 61, 80, 104, 148.
Sozópolis: 200.

tabernáculo inmaterial: 60.
Tabor: 135.
Tarasio: 161.
Tarsis: 107.
templo espiritual: 56.
templos (iglesias) en honor de María: 129, 148, 149, 152, 156.
tentaciones: 155.
Timoteo: 195.
tinieblas (sombras): 55, 60, 62, 76, 110, 116, 135, 156.
Tomás obispo: 175, 176.
tradición de la Iglesia (de apóstoles, etc.): 177, 186-189, 192.
Trinidad (y Unidad) de Dios: 48, 49, 109, 115, 117, 163, 164, 169, 173, 180, 192, 194, 198; dadora, vivificadora: 92, 163, 192; glorificación de la Tr.: 163, 194.

vaticinios (cumplimiento de los): 55.
veneración: de las criaturas: 164, 167, 172, 192, 193, 196, 197; de hombres vivos (soberanos, etc.): 164.
veneración (servicio, glorificación, etc.) cristiana: en espíritu (y verdad): 124, 168, 187, 194; de Dios (único, invisible, etc.): 162-163, 164, 180, 188, 192, 194,

197, 198; de Dios a través de los santos: 166, 167; de Jesucristo: 164, 194, 195, 197; de la Trinidad: 164, 180, 194, 195, 198; de los iconos: 165, 166; diferencia de veneración: 168, 169, 170.
verdad: 61, 153, 163, 167, 168, 179, 181, 184; Dios de la verdad: 194, 199, 203.
vida eterna (celestial): 108, 134, 148, 151, 153, 154, 157 (ver también paraíso).

Zacarías: 53, 55, 72, 75, 88, 94, 98.
Zacarías: profeta: 80, 193.

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN .....
La vida de Germán de Constantinopla 5
Los escritos de Germán 15
Las Homilías mariológicas de Germán y su referencia a los apócrifos 18
La teología y la espiritualidad de las Homilías mariológicas 26
Las Cartas de Germán sobre las imágenes cristianas 35

Germán de Constantinopla
HOMILÍAS MARIOLÓGICAS

HOMILÍA I
De nuestro padre san Germán, arzobispo de Constantinopla, sobre la entrada de la santísima Madre de Dios 43

HOMILÍA II
De nuestro padre san Germán, arzobispo de Constantinopla, panegírico en honor de la santa Madre de Dios, de cuando, a la edad de tres años, fue presentada en el templo por sus padres 66

HOMILÍA III
Del mismo san Germán de Constantinopla, en la fiesta de la Anunciación de la santísima Madre de Dios 78

HOMILÍA IV
De nuestro padre san Germán, arzobispo de Constantinopla, sermón primero sobre la venerabilísima Dormición de la santa Madre de Dios 112

HOMILÍA V
Del mismo san Germán, sermón segundo sobre la santa Dormición de la santísima Señora nuestra, Madre de Dios y siempre virgen María 122

HOMILÍA VI
De nuestro padre san Germán, arzobispo de Constantinopla, elogio de la santa y venerable Dormición de la gloriosísima Señora nuestra, Madre de Dios y siempre virgen María 132

HOMILÍA VII
Sermón de nuestro padre san Germán, arzobispo de Constantinopla, sobre la Dedicación del venerable templo de la santísima Señora nuestra y Madre de Dios y acerca de los santos pañales de nuestro Señor Jesucristo 147

Germán de Constantinopla
CARTAS ACERCA DE LAS SAGRADAS IMÁGENES

CARTA I
Del beatísimo Germán, que fue patriarca de Constantinopla, a Juan, obispo de Sinada 161

CARTA II
De nuestro padre san Germán a Constantino, obispo de Nacolia 171

CARTA III
De Germán, arzobispo de Constantinopla, a Tomás, obispo de Claudiópolis 174

ÍNDICE BÍBLICO 205

ÍNDICE DE NOMBRES Y MATERIAS 215

Editorial Ciudad Nueva

BIBLIOTECA DE PATRÍSTICA

1 - **Orígenes,** COMENTARIO AL CANTAR DE LOS CANTARES,
2.ª Ed., 326 págs.

2 - **Gregorio Nacianceno,** HOMILÍAS SOBRE LA NATIVIDAD,
2.ª Ed., 154 págs.

3 - **Juan Crisóstomo,** LAS CATEQUESIS BAUTISMALES,
2.ª Ed., 256 págs.

4 - **Gregorio Nacianceno,** LA PASIÓN DE CRISTO,
2.ª Ed., 208 págs.

5 - **Jerónimo,** COMENTARIO AL EVANGELIO DE SAN MARCOS,
2.ª Ed., 136 págs.

6 - **Atanasio,** LA ENCARNACIÓN DEL VERBO,
2.ª Ed., 160 págs.

7 - **Máximo el Confesor,** MEDITACIONES SOBRE LA AGONÍA DE JESÚS,
2.ª Ed., 136 págs.

8 - **Epifanio el Monje,** VIDA DE MARÍA,
2.ª Ed., 192 págs.

9 - **Gregorio de Nisa,** LA GRAN CATEQUESIS,
2.ª Ed., 172 págs.

10 - **Gregorio Taumaturgo,** ELOGIO DEL MAESTRO CRISTIANO,
2.ª Ed., 180 págs.

11 - **Cirilo de Jerusalén,** EL ESPÍRITU SANTO,
3.ª Ed., 112 págs.

12 - **Cipriano,** LA UNIDAD DE LA IGLESIA - EL PADRENUESTRO - A DONATO,
2.ª Ed., 160 págs.

13 - **Germán de Constantinopla,** HOMILÍAS MARIOLÓGICAS,
2.ª Ed., 232 págs.

14 - **Cirilo de Alejandría,** ¿POR QUÉ CRISTO ES UNO?,
2.ª Ed., 184 págs.

15 - **Juan Crisóstomo,** HOMILÍAS SOBRE EL EVANGELIO DE SAN JUAN,
354 págs.

16 - **Nicetas de Remesiana,** CATECUMENADO DE ADULTOS,
148 págs.

17 - **Orígenes,** HOMILÍAS SOBRE EL ÉXODO,
228 págs.

18 - **Gregorio de Nisa,** SOBRE LA VOCACIÓN CRISTIANA,
132 págs.

19 - **Atanasio,** CONTRA LOS PAGANOS,
128 págs.

20 - **Hilario de Poitiers,** TRATADO DE LOS MISTERIOS,
122 págs.

21 - **Ambrosio,** LA PENITENCIA,
2.ª Ed., 152 págs.

22 - **Gregorio Magno,** LA REGLA PASTORAL,
420 págs.

23 - **Gregorio de Nisa,** SOBRE LA VIDA DE MOISÉS,
252 págs.

24 - **Nilo de Ancira,** TRATADO ASCÉTICO,
252 págs.

25 - **Jerónimo,** LA PERPETUA VIRGINIDAD DE MARÍA,
104 págs.

26 - **Cesáreo de Arlés,** COMENTARIO AL APOCALIPSIS,
190 págs.

27 - **Atanasio,** VIDA DE ANTONIO,
148 págs.

28 - **Evagrio Póntico,** OBRAS ESPIRITUALES,
296 págs.

29 - **Andrés de Creta,** HOMILÍAS MARIANAS
192 págs.

30 - **Gregorio Nacianceno,** LOS CINCO DISCURSOS TEOLÓGICOS,
288 págs.

31 - **Gregorio de Nisa,** VIDA DE MACRINA - ELOGIO DE BASILIO,
176 págs.

32 - **Basilio de Cesarea,** EL ESPÍRITU SANTO,
280 págs.

33 - **Juan Damasceno,** HOMILÍAS CRISTOLÓGICAS Y MARIANAS,
232 págs.

34 - **Juan Crisóstomo,** COMENTARIO A LA CARTA A LOS GÁLATAS,
200 págs.

35 - **Gregorio Nacianceno,** FUGA Y AUTOBIOGRAFÍA,
272 págs.

36 - **Dídimo el Ciego,** TRATADO SOBRE EL ESPÍRITU SANTO,
208 págs.

37 - **Máximo el Confesor,** TRATADOS ESPIRITUALES,
256 págs.

38 - **Tertuliano,** EL APOLOGÉTICO,
256 págs.

39 - **Juan Crisóstomo,** SOBRE LA VANAGLORIA, LA EDUCACIÓN DE LOS HIJOS Y EL MATRIMONIO,
268 págs.

40 - **Juan Crisóstomo,** LA VERDADERA CONVERSIÓN,
232 págs.

41 - **Ambrosio de Milán,** EL ESPÍRITU SANTO,
280 págs.

42 - **Gregorio Magno,** LIBROS MORALES /1,
408 págs.

43 - **Casiodoro,** INICIACIÓN A LAS SAGRADAS ESCRITURAS,
240 págs.

44 - **Pedro Crisólogo,** HOMILÍAS ESCOGIDAS,
256 págs.

45 - **Jerónimo,** COMENTARIO AL EVANGELIO DE MATEO,
352 págs.

46 - **León Magno,** CARTAS CRISTOLÓGICAS,
288 págs.

47 - **Diadoco de Fótice,** OBRAS COMPLETAS,
208 págs.

48 - **Orígenes,** HOMILÍAS SOBRE EL GÉNESIS,
368 págs.

49 - **Gregorio de Nisa,** LA VIRGINIDAD,
192 págs.

50 - PADRES APOSTÓLICOS
640 págs.

51 - **Orígenes,** HOMILÍAS SOBRE EL CANTAR DE LOS CANTARES,
128 págs.

52 - **Minucio Félix,** OCTAVIO,
176 págs.

Próximos volúmenes:*

— **Juan Crisóstomo,** HOMILÍAS SOBRE EL EVANGELIO DE SAN JUAN/2

— **Juan Damasceno,** LA FE ORTODOXA

— **Juan Crisóstomo,** SOBRE EL MATRIMONIO ÚNICO

— **Juan Crisóstomo,** COMENTARIO A LOS SALMOS

— **Gregorio Magno,** LIBROS MORALES/2

— **Rufino,** COMENTARIO AL SÍMBOLO

* El presente orden no prejuzga el orden real de aparición ni el título definitivo de las obras.

Biblioteca de Patrística

Los Padres siguen constituyendo hoy en día un punto de referencia indispensable para la vida cristiana.

Testigos profundos y autorizados de la más inmediata tradición apostólica, partícipes directos de la vida de las comunidades cristianas, se destaca en ellos una riquísima temática pastoral, un desarrollo del dogma iluminado por un carisma especial, una comprensión de las Escrituras que tiene como guía al Espíritu. La penetración del mensaje cristiano en el ambiente sociocultural de su época, al imponer el examen de varios problemas a cual más delicado, lleva a los Padres a indicar soluciones que se revelan extraordinariamente actuales para nosotros.

De aquí el «retorno a los Padres» mediante una iniciativa editorial que trata de detectar las exigencias más vivas y a veces también más dolorosas en las que se debate la comunidad cristiana de nuestro tiempo, para esclarecerla a la luz de los enfoques y de las soluciones que los Padres proporcionan a sus comunidades. Esto puede ser además una garantía de certezas en un momento en que formas de pluralismo mal entendido pueden ocasionar dudas e incertidumbres a la hora de afrontar problemas vitales.

La colección cuenta con el asesoramiento de importantes patrólogos españoles, y las obras son preparadas por profesores competentes y especializados, que traducen en prosa llana y moderna la espontaneidad con que escribían los Padres.